



Sacerdos

Revista de comunión sacerdotal, caridad pastoral y formación permanente.

• ENERO, FEBRERO, MARZO | 2021

#140

“La Sabiduría como regalo de Dios”

† Mons. José Rafael Palma Capetillo

“Pandemia y post-pandemia que aún no llega: tiempo de renovación de la fe y de la misión”

† Mons. Eduardo Muñoz Ochoa.

“Renovación del párroco, renovación de la parroquia”

P. Antonio Rivero, L.C.

“De dignitate sacerdotali. Introducción al texto”

P. Florián Rodero, L.C.

EDITORIAL



P. Alfonso López Muñoz, L.C.
Director Editorial Revista
SACERDOS

El Centro Sacerdotal Logos y todos cuantos colaboramos en él les saludamos, esperando que hayan tenido una muy Feliz Navidad 2020. Ciertamente en medio de una situación por demás especial y llena de lo inesperado e imprevisible, de complicaciones y retos, además del dolor, y tristemente también de muerte a causa de la pandemia que hoy día padece prácticamente el mundo entero. Sin embargo, todo ello no ha empañado ni podrá jamás obnubilar la alegría y la esperanza que nos trae la celebración del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, Único Salvador del mundo, Quien precisamente ya ha redimido todo, incluido nuestros sufrimientos y nuestras penas, y de manera especial ha vencido a la muerte misma –la cual era “el último enemigo a vencer”, como enseña san Pablo- con Su Muerte en la Cruz. Para ello, en definitiva, el Verbo Eterno vino a este nuestro mundo. Y es por eso que en este número de nuestra revista les presentamos varios artículos que tienen que ver con estas nuestras circunstancias actuales en el mundo, en nuestro país, y en nuestra vida diaria como sacerdotes.

En un primer momento, en lo que se refiere a la dimensión humana de nuestro ser y de nuestra formación, presentamos dos artículos. De entrada una reflexión sobre la voluntad, el carácter y los sentimientos, pues no cabe duda de que este tiempo difícil que vivimos, este año que acabamos de dejar atrás y este que apenas hemos estrenado ha exigido y exigirá de nosotros precisamente el ser hombres de voluntad y reciedumbre, personas con carácter y entereza, lo cual implica un sano control y dominio sobre nuestros sentimientos, al mismo tiempo que sepamos incorporarlos a nuestra vida real y concreta, así como a nuestra visión de lo que ocurre a nuestro alrededor; mas siempre según una correcta jerarquía en nuestras facultades, la cual coloca a la inteligencia y a la voluntad como las primeras, las virtudes-timón de nuestras vidas. Luego también se presenta otro artículo que esto lo aterriza, por así decirlo, en las circunstancias concretas para México de cara a este año que apenas inicia, aunque es válido para la realidad que enfrentan hoy, no sin ciertas variantes, las iglesias locales en general. En cuanto al aspecto comunitario de nuestra vida de presbíteros, otro escrito comenta lo que para el Beato Antonio Rosmini eran “las cinco llagas de la Iglesia”, haciendo hincapié precisamente en la unidad como virtud indispensable en los presbiterios: unidad tanto de los sacerdotes con su Obispo como de los sacerdotes entre sí.

En el apartado de lo netamente espiritual se ofrecen varios trabajos. Uno de ellos presenta la verdadera sabiduría como don de Dios que es, es decir como “regalo” sobrenatural. Otros dos abordan el tema de la actual pandemia: uno de ellos la presenta como un “signo de los tiempos”, mientras que el otro la afronta como “una nueva oportunidad” para volver a ser lo que hemos de ser en nuestra identidad sacerdotal, y para volver a hacer lo que hemos de hacer en nuestra misión sacerdotal. Y dos escritos más versan sobre la Santísima Virgen María: uno sobre la relación con Nuestra Madre por medio del rezo del Rosario, y que además presenta lo que muchos santos decían sobre el mismo; el otro contempla a María como Madre de Dios en algunos textos espirituales y en algunas obras de arte.

En la dimensión intelectual se cuentan tres artículos: la primera parte de una

EDITORIAL

introducción a un texto antiguo sobre “la dignidad sacerdotal”, que nos puede ayudar a valorar lo que somos como sacerdotes; otro que estudia los orígenes de la “sabiduría cristiana” en relación al origen de las universidades católicas; y finalmente, otro sobre san Juan Pablo II y su defensa permanente, audaz y valiente de la vida, del matrimonio y de la familia, en lo cual, hoy más que nunca antes, hemos de imitarlo.

En el campo pastoral presentamos un artículo que presenta algunas líneas de acción para una verdadera renovación, en la práctica, de la misión del párroco y de la parroquia en cuanto tal, y otro sobre cómo revisar y planear la pastoral a la luz del Espíritu Santo.

Aprovechamos para felicitar y asegurar nuestras oraciones a Mons. Eduardo Muñoz Ochoa, quien no hace mucho ha recibido la consagración episcopal y nombrado como Obispo auxiliar de Guadalajara; como artículo de actualidad presentamos precisamente un escrito suyo sobre “la pandemia y la post-pandemia” como “tiempo de renovación de la fe y de la misión”.

Finalmente, como de costumbre, cerramos con un testimonio. En esta ocasión se trata del ejemplo sacerdotal del Padre Cremonesi, “misionero y mártir”. Creemos que mucho nos puede motivar su lección de entrega total a Cristo y a las almas en estos tiempos en que vivimos, los cuales exigen de cada uno de nosotros ser misioneros y mártires del amor de Cristo a las almas, testimoniados con nuestras propias vidas y en nuestra misión sacerdotal concreta entre las almas que la Providencia Divina nos ha encomendado.

Cuenten siempre con las oraciones de todo el Equipo del Centro Sacerdotal Logos. Que Dios les bendiga y María Santísima les sostenga y les proteja.

Un abrazo en el Señor,

ÍNDICE



DIMENSIÓN HUMANA

"Reflexión sobre la voluntad, el carácter y los sentimientos" 10

P. Luis Alfonso Orozco, L.C.

"Los sacerdotes mexicanos en el umbral 2021" 14

P. Marcelino Monroy



ASPECTO COMUNITARIO

"De la llaga del costado abierto de la Santa Iglesia a la reconstrucción de la unidad" 17

P. Benjamín Andrade Ortiz



DIMENSIÓN ESPIRITUAL

"La sabiduría como regalo de Dios" 22

† Mons. José Rafael Palma Capetillo

"Pandemia 2020: signo de los tiempos a inicios del siglo XXI" 25

P. Jaime Rivas Aldama

"Una nueva oportunidad" 32

Mons. Silvio Ruedas

"María y el Santo Rosario" 35

P. Antonio Rivero, L.C.

"Santa María, Madre de Dios" 46

P. Luis Laureán, L.C.



DIMENSIÓN INTELECTUAL

"De dignitate sacerdotali. Introducción al texto" (primera parte) 49

P. Florián Roderó, L.C.

"Sapientia christiana: el ideal sapiencial y el origen y sentido de las universidades católicas" 65

Manuel Alejandro Rodríguez de la Peña

*Utiliza nuestro Índice interactivo para navegar dentro de la revista.

ÍNDICE

- "El futuro de la humanidad pasa a través de la familia': San Juan Pablo II y su defensa permanente, audaz y valiente de lo esencial: la sacralidad de la vida humana, la santidad del matrimonio y la irrenunciabilidad a la única familia".** 86
P. Alfonso López Muñoz, L.C.



DIMENSIÓN PASTORAL

- "Renovación del párroco, renovación de la parroquia"** 97
P. Antonio Rivero, L.C.

- "Revisar y planear la pastoral a la luz del Espíritu Santo"** 102
P. Antonio Larios Suárez



ACTUALIDAD

- "Pandemia y post-pandemia que aún no llega: tiempo de renovación de la fe y de la misión"** 106
† Mons. Eduardo Muñoz Ochoa



TESTIMONIO

- P. Alfredo Cremonesi: misionero y mártir** 111
P. Fernando Pascual, L.C.

**Utiliza nuestro Índice interactivo para navegar dentro de la revista.*

Director responsable: P. Alfonso López Muñoz, L.C.

Consejo editorial: †S.E. Mons. Rogelio Cabrera López./ Arzobispo de Mty. / Presidente de la Conferencia del Episcopado Mexicano, †S.E. Mons. Jaime Calderón Calderón / Obispo de Tapachula, †S.E. Mons. José Rafael Palma Capetillo/ Obispo Auxiliar de Xalapa, S.E.R. Mons. Carlos Enrique Samaniego López, Obispo Auxiliar de la Arquidiócesis de México P. Ignacio Andereggen, P. Salvador Valadez Fuentes, P. Jaime Rivas, P. Octavio Pérez Ramírez, P. Eduardo Muñoz, P. Marcelino Monroy, P. Javier Jaramillo, P. Eduardo Godínez, PP. Fernando Pascual, Antonio Rivero y Alex Yeoung, LL.CC.

Coordinación gráfica: Lic. Hugo Toro Monjaraz

Coordinación Editorial: En *Sacerdos* velamos porque todo cuanto se escribe en nuestra revista refleje en todo momento la doctrina de la Iglesia Católica sobre cada uno de los temas tratados; sin embargo, la responsabilidad del pensamiento y de las ideas en concreto de cada artículo competen a su respectivo autor.



Si lo que buscas es un espacio de silencio, oración y reflexión, estos son tus:

Ejercicios Espirituales

Para sacerdotes



1

"Nuevos Adoradores en Espíritu y Verdad"

FECHA: 3-7 de mayo 2021

2

"Sacerdote: Imita lo que tratas"

FECHA: 11-15 de octubre 2021

Impartidos por: P. Roberto González, L.C., Centro de Retiro Santa María de la Cascada en Amecameca

Costo: \$3,500.00 en habitación individual. Registro: 13:00 hrs. del lunes

Llevar Estola, Alba, Liturgia de las horas y Biblia. Los Ejercicios concluyen hasta después de la comida del viernes

PROGRAMAS NACIONALES
www.centrologos.org



P. Roberto González, L.C.

• Nacido el 24 de Agosto de 1940 en Guadalajara

• Licenciado en Filosofía y en Teología por la Universidad Gregoriana de Roma

• Doctor en Teología Moral y Bioética por la Universidad Reina de los Apóstoles de Roma

• Profesor de Teología Moral General y Especial y de Bioética en la Facultad de Teología y de Bioética de la Universidad Reina de los Apóstoles de Roma

• Profesor de Bioética por 4 años en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas de Nepi en Viterbo, Italia



• Párroco de la Iglesia de Sta. María Goretti y de San Francisco de Asís en la Diócesis suburbicaria de Porto Santa Rufina por 14 años

• Responsable del Archivo del Dicasterio de los Obispos en la Ciudad del Vaticano por 16 años bajo la Prefectura de los Cardenales Gaetano Confalonieri, Sebastiano Baggio y Bernardin Gantin

CONTACTO:

Gabriela Sordo | Asistente General y Coordinadora de Programas Nacionales

logos@caesc.com | Tels. 55 55 20 54 11/5585

Celular 5517298670

Síguenos:
Centro Sacerdotal Logos

Acueducto Río Hondo 218,
Lomas de Virreyes C.P. 11000, CdMx.
www.centrologos.org



FECHA

Por definir con motivo de la pandemia, entre mayo y junio

Curso de Exorcismo y Oración de Liberación

El curso quiere ser una ayuda para profundizar en la realidad del ministro del exorcismo en sus implicaciones teóricas y prácticas, así como también una ayuda para los Obispos en la preparación de los sacerdotes que serán llamados a este ministerio, y así como los laicos que los asisten.

Contacto:

Adriana Bellon

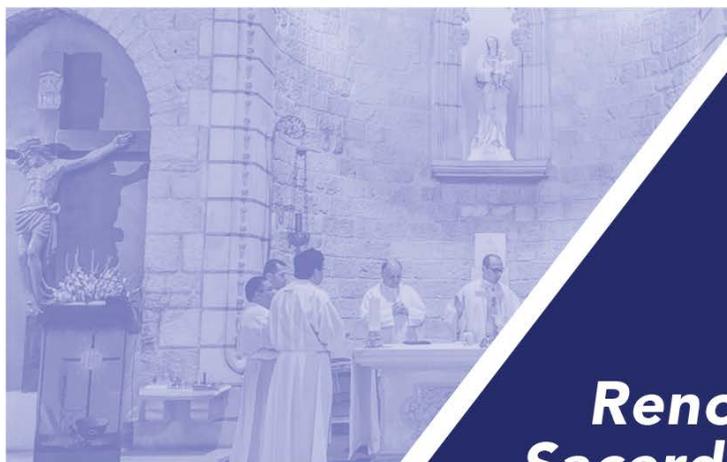
Coordinadora Programas Internacionales Centro Sacerdotal Logos
Tel: (55)55.20.54.11 (55)55.20.55.85 **Mail:** logosinter@redmision.org

www.centrologos.org

Síguenos:

Centro Sacerdotal Logos

Acueducto Río Hondo 218, Lomas de Virreyes C.P. 11000, Ciudad de México



Verano 2021:
Del 12 al 31 de
Julio 2021.

Renovación Sacerdotal en Jerusalén

COSTO: 2500€

CONTACTO:

Adriana Bellon | *Coordinadora de Programas Internacionales*

logosinter@redmision.org | Tels. 55 55 20 54 11/5585
Celular 5528605693

• PROGRAMAS
INTERNACIONALES
www.centrologos.org



Síguenos:
f Centro Sacerdotal Logos

Acueducto Río Hondo 218,
Lomas de Virreyes C.P. 11000, CdMx.



FECHA:

MAYO



Dimensión
Episcopal
del Clero

Asamblea nacional del clero 2021

*“La reconfiguración de la
Formación permanente
ante los retos de la nueva
evangelización”*

“Hoy más que nunca la formación permanente de los presbíteros no debe ser interrumpida e inaplazable, por el contrario, requiere estar dinamizada y reactualizada, es una necesidad imprescindible e ineludible (Cf. RF, 56). Los fieles, azorados por esta tormenta global, necesitan pastores maduros, bien formados, reavivados, animados. Con una esperanza sólida y eficaz, más que un mero deseo subliminal y difuso o estático, limitado a esperar inmóvilmente”

La Dimensión Episcopal del Clero presidida por S.E. Mons. Roberto Domínguez Couttolenc, invita a los equipos de formación permanente a replantearse los esquemas de atención pastoral presbiteral durante la Asamblea nacional del clero 2021 programada para el mes de mayo con la presencia de S.E. Mons. Jorge Patrón Wong, Arzobispo Secretario de la Congregación para el Clero.



Reflexión sobre la voluntad, el carácter y los sentimientos



P. Luis Alfonso Orozco, LC.
Licenciado en filosofía,
Doctor en Teología

A modo de sentencias y reflexiones breves haremos un repaso sobre cada uno de estos elementos esenciales de la formación humana y de la personalidad, que todo sacerdote debe manejar correctamente.

I. Reforzar mi voluntad para que esté bien motivada

Porque con una voluntad fuerte sí se pueden poner en práctica los buenos propósitos. Sin voluntad fuerte me convierto en juguete de cualquier tentación. Sin voluntad fuerte no puedo formar hábitos sólidos, quitar vicios, ser santo. Sin voluntad fuerte los buenos consejos de otros no valen para nada, porque no los tomaré en cuenta. Con una voluntad fuerte no seré marioneta de mis caprichos y sentimientos, formaré hábitos y virtudes.

Las cualidades de la voluntad deben ser: robusta, firme y recia, tenaz, abnegada, fiel, recta y luchadora. La educación de la voluntad no acaba, porque la formación del individuo no termina sino con la muerte.

Los enemigos de la voluntad son: la inconstancia, el desaliento, la debilidad del carácter, la comodidad, los deseos vagos, el desorden personal, el actuar por impulsos y no con orden y disciplina...

Algunos medios para reforzar mi voluntad son: primero en la mente tener claros los motivos, ideas y convicciones que me permitan buscar libremente lo difícil y costoso

para ejercitarme, por ejemplo, en el vencimiento en las cosas pequeñas. Fijarme metas concretas y alcanzarlas; dedicarme seria y serenamente al deber de lo que me toca en cada momento, descubrir los valores positivos de cada actividad, vencer las dificultades. Trabajar en alguna virtud que más necesite.

La sabiduría del Evangelio: La parábola de la casa edificada sobre roca y la casa edificada sobre arena: Mt 8,24-27 y Lc 6,47-49.

Cuestionario y análisis personal

1. ¿He dado hasta ahora alguna importancia a la formación de mi voluntad, le he dado poca importancia o ninguna? ¿Por qué?
2. ¿Dominan en mí los sentimientos, los estados de ánimo, sobre la razón y el deber? ¿Cuál es mi defecto o pasión dominante y dónde se manifiesta en mis acciones?
3. Si me doy cuenta de que necesito hábitos buenos para ser hombre de voluntad, ¿qué medios voy a poner para mejorar mi carácter, debilitar mis vicios?
4. ¿Qué pienso hacer en concreto de ahora en adelante para formar mejor mi voluntad? ¿Cuál(es) virtud(es) me propongo conquistar o reforzar?
5. ¿Soy ordenado en mis cosas, programas; sigo un



DIMENSIÓN HUMANA



horario exigente; cuido mi salud?

Reflexión

Nunca es tarde para insistir en la importancia de la formación del carácter y de la propia voluntad. Sin ellas la persona estará en riesgo, pues será una veleta a merced del viento, fluctuando entre la inmadurez del sentimiento, la fragilidad de los deseos y los caprichos del momento; en la impotencia de los propósitos hechos y no cumplidos. Este punto es clave para el progreso de la vida espiritual y para el éxito del apostolado. Muchas veces nos quejamos amargamente de algo que creemos fruto de nuestra "mala suerte" e impotencia, cuando lo que falla es la aplicación de la voluntad.

II. El lío entre el temperamento y el carácter

Como sabemos, el temperamento y el carácter no son lo mismo. El primero es la base natural, la herencia genética con que nacemos, mientras que el carácter es el resultado de trabajar esa base y forjar la propia personalidad. El carácter es cimiento de una personalidad firme, coraza contra los embates del mal y de las tentaciones, fuerza para enfrentarme a los problemas y conseguir las metas en la vida.

Soy hombre de carácter si mi vida no se guía por

sentimientos cambiantes, como el capricho momentáneo o los estados de ánimo, sino por principios: deseo de cumplir la voluntad de Dios, deseo de salvar las almas, llegar a ser un hombre sacerdote íntegro y santo, deseo de dar siempre buen testimonio a los demás.

Medios para formar un carácter adecuado: debo tener bien presente la necesidad de ejercitarme todos los días, no sólo algunos. Cada momento me ofrecerá oportunidades para ser hombre de principios, de carácter y voluntad orientados hacia el querer de Dios y la extensión de su reino. Conviene no perder de vista los obstáculos que se atraviesan para ser hombre de carácter, como el respeto humano, la pereza, el desorden del horario y de la alimentación o del sueño, el sentimentalismo, el miedo al sacrificio, el desaliento y la inconstancia.

La sabiduría del Evangelio: Las tentaciones de Cristo: Lc 4,1-13 o Mt 4,1-11. Fíjate especialmente en Cristo como hombre de carácter firme. Varios pasajes del evangelio sobre Juan el Bautista: Mt 3,1-12; Mt 11,7-15; Mt 14,1-12. En estos pasajes contempla a Juan como hombre de carácter firme.

Cuestionario y análisis personal

1. ¿Me he descuidado hasta el presente en reformar mi carácter? ¿Uso la trillada excusa de que "¡yo soy así, que se aguanten los demás"!?
2. ¿Qué aspectos de la formación de mi carácter sé que puedo mejorar: en el trato, en la disciplina personal, en mis horarios?
3. ¿En qué momentos o trabajos del día necesito ser más hombre de carácter?
4. ¿Qué enemigos u obstáculos tengo yo en mi carácter? ¿Me creo autosuficiente?
5. ¿Qué voy a hacer para mejorar en estos campos?



Reflexión

Descubre el secreto del CAS: conócete – acéptate – supérate. Para mejorar mi carácter primero debo conocerme: cuál es mi temperamento, mis cualidades y defectos o vicios que debo combatir; segundo aceptarme con sano realismo, que no significa *resignarme*, sino luchar con inteligencia; y lo tercero es superarme, con constancia para eliminar poco a poco los defectos de mi temperamento y cultivar las cualidades y talentos que tengo. Adquirir virtudes que la gracia de Dios eleva y purifica.

III. Los sentimientos, pero ¡si no soy un sentimental!

No se trata de afirmar que soy varón por eso no soy un sentimental, como si esta faceta de la personalidad fuera cosa sólo de mujeres o de niños. Todo ser humano tiene sentimientos buenos y malos, pero lo importante es aprovecharlos y encauzarlos, si son positivos, y desterrarlos en caso de ser negativos. Algo que caracteriza a los sentimientos y a las emociones es su inconsistencia, porque son algo temporal y no permanentes, como sí lo es el carácter.

Los sentimientos dependen de muchos factores, a veces internos pero también externos a nuestra voluntad. El hecho es que existen y pueden ser estados de ánimo –“humores”, como antiguamente se decía- nobles



o innobles, estimulantes o depresivos, positivos o negativos. No hay que alimentar sentimientos negativos como la tristeza, la ira o el rencor, que carcomen el alma y hacen mucho daño.

Esto sí depende de nuestra voluntad. Para formar mis sentimientos debo: conocerme, educarme y superarme. Por eso he de huir de las ocasiones que fomenten en mí sentimientos o emociones negativos, lo que depende de las imágenes, ideas y conversaciones o lecturas que alimentan mi mente.

Algunos medios para formar los sentimientos son: tener un gran Ideal por quien luchar, el amor por ese Ideal, que para mí es Jesucristo. Contrarrestar pacientemente todo sentimiento negativo con su contrario positivo. Forjar una voluntad recia, viril. Orar y hacer mi deber diario movido por la voluntad y no por el estado de ánimo. Mantener un clima de optimismo, esperar los momentos de calma. La esperanza teologal también es un medio formidable, pues al fin de cuentas sé que es Dios quien tiene el control.

La sabiduría del Evangelio:

La parábola de los dos hijos: Mt 21,28-32. Ver este pasaje teniendo en cuenta lo dicho sobre los sentimientos. Un pasaje sobre Pilato: Mt 27,11-26. Captar los aspectos que muestran a Pilato como un hombre que se deja guiar por sus sentimientos.

Cuestionario y análisis personal

1. ¿He dado hasta ahora poca importancia a la formación de mis sentimientos y emociones? ¿Por qué a veces me dejo llevar por ellos sin resistir?
2. ¿Puedo detectar los sentimientos malos que más lata me dan: egoísmo, tristeza, miedo, angustia, rencor, venganza, desprecio, desconfianza, rebeldía, pesimismo, timidez, cobardía, insinceridad, enojo, sentimentalismo, cavilosa y complicación, desgana, desesperación?



3. Subraya los *sentimientos positivos* que tienes con más frecuencia: gratitud, sencillez, apertura, donación, generosidad, alegría, optimismo, confianza, ilusión, valentía, lealtad, serenidad. Para cultivarlos y agradecerlos a Dios.

4. ¿Qué virtudes morales, cristianas y humanas tengo que poner en práctica para forjar y encauzar mis sentimientos?

Reflexión

Nos toca movernos en un mundo que exalta los sentimientos y las emociones, mucho más que la razón y los valores. Esto lo constatamos de manera especial entre los jóvenes. Tampoco somos ajenos al resentimiento de nuestras pasiones o del amor propio herido. Necesitamos por lo mismo, anclarnos firmemente en el mundo interior de la gracia y las virtudes, donde la soberbia, la lujuria y la pereza no encuentran cabida y son superadas por la oración fervorosa y por una fe y un amor muy profundo a Jesucristo.

Nuestro vivir sacerdotal por el Reino de Cristo es una lucha constante que debemos librar todos los días, sin pesimismo ni desalientos. Es necesario saber claramente lo que queremos y aquello en que creemos, para después arrimar el hombro al plan de Dios sin mezquindades, sin egoísmos y olvidados de nosotros mismos.





Los sacerdotes mexicanos en el umbral 2021



P. Marcelino Monroy Tolentino
Licenciado en Derecho Canónico
Secretario ejecutivo
Dimensión Episcopal del Clero.
México.

En el umbral del año 2021, los presbíteros mexicanos nos encontramos en altamar con una realidad que no imaginamos. Cuando el virus que nos aqueja se percibió en Wuhan como una “epidemia” que afectaría sólo a China y países vecinos; y los latinos lo veíamos lejano y casi inofensivo. Sin embargo, rápidamente se propagó amenazando la salud de la población mundial, siendo así que el 30 de enero la OMS reconoció el nuevo coronavirus como “emergencia global”, y el 11 de febrero se protocolizó formalmente como “COVID-19”. Para el 11 de marzo, fue calificado como “pandemia global”, lo que marcó un antes y un después para el mundo, incluyendo a la Iglesia y singularmente también para nosotros los consagrados.

El 27 de marzo el Papa Francisco, da un mensaje en un MOMENTO EXTRAORDINARIO DE ORACIÓN EN TIEMPOS DE PANDEMIA en el atrio de la Basílica de san Pedro, en el que nos expresa su sentir: “Parece que todo se ha oscurecido. Densas tinieblas han cubierto nuestras plazas, calles y ciudades; se fueron adueñando de nuestras vidas, llenando todo de un silencio que ensordece y un vacío desolador que paraliza todo a su paso; se siente en los gestos, lo dicen las miradas. Nos encontramos asustados y perdidos”.

Quizá muchos de nosotros no alcanzamos a dimensionar los alcances de esta desolación que el Papa

manifiesta en nuestra vida, ministerio y labor pastoral; en efecto, muchos llegaron a desestimar los efectos contrastantes de la pandemia.

Mons. Rogelio Cabrera López, presidente de la CEM, en la Jornada nacional de oración por los sacerdotes mexicanos (19/07/2020), define como un “hecho inusitado que nos ha cambiado la vida a todos”; es decir que nos ha llevado a vivir de manera nueva nuestro ministerio sacerdotal. Su Excelencia ve en la tempestad pandémica lo que significa la misión de la Iglesia, que a lo largo de dos siglos ha sabido lo difícil que es surcar este océano. La Iglesia conoce de persecuciones, conoce de situaciones difíciles, de sometimiento; conoce de historias fallidas, pero también





DIMENSIÓN HUMANA



sabe de éxitos evangelizadores: Por tanto, esto que nos ocurre a nosotros tampoco es algo nuevo en la historia de la Iglesia, pues ella ha pasado por muchos momentos de pestes que han diezmando la población. ¡Cuántos sacerdotes han muerto en tiempos difíciles!, y hoy no es la excepción. En este momento de pandemia a nivel mundial algunos sacerdotes han dado la vida, lo cual ha sido “des-estructurante”, es decir ha roto nuestros esquemas, nuestras estructuras mentales, e incluso ha tocado las estructuras de nuestra pastoral y de nuestro ministerio.

La Organización Panamericana de la Salud considera que México se encuentra en una situación “extremadamente compleja” ante un escenario mundial por la pandemia de COVID-19. Por su parte, la misma Organización Mundial de la Salud instó a México a “tomar en serio” la pandemia, advirtiendo que el país se encuentra en una situación grave.

Estos pronunciamientos de las autoridades de la salud no los debemos pasar por alto, ya que atañen nuestra vida y ministerio, peculiarmente para nuestra labor pastoral.

Nuestra vocación, que acontece en una barca en medio del mar, ya ha atravesado casi un año en medio de esta tempestad. Muchos obispos, presbíteros, religiosos, religiosas y seminaristas en el mundo se han infectado.

Particularmente en México muchos sacerdotes han perdido la vida a causa de la pandemia, así como papás, mamás, familiares fieles de nuestras comunidades, que también han sido víctimas de este sufrimiento.

El confinamiento ha traído consigo efectos colaterales en nuestra vocación, en nuestra vida espiritual, humana y pastoral, ha puesto en crisis nuestros proyectos, calendarios, agendas, prioridades, porque la muerte y la enfermedad rompen todo calendario y cálculo humano, aleccionándonos para que todos nuestros programas, agendas, calendarios, proyecciones sean sometidos a la voluntad divina. La crisis se ha presentado en nuestros calendarios y eso nos ha desconcertado, ha roto la rutina ordinaria, la monotonía y comodidad sacerdotal confiada en lo establecido, en lo programado o en lo acostumbrado, en lo que caminaba sobre ruedas y en muchos casos viento en popa; ha desnudado la falta de previsión pastoral, administrativa y económica, anclada en una estructura caduca o conformista (Cf. S.E. Mons. Rogelio CABRERA LÓPEZ..., discurso cit.).

Toda esta realidad que vivimos hoy como sacerdotes reafirma lo dicho por el Papa Francisco, es decir nos ha demostrado “nuestra vulnerabilidad”, nuestra fragilidad. No podemos presumir que tenemos todo resuelto, pues fácilmente podemos ser heridos física, mental, espiritual y apostólicamente. El Señor nos ha llevado a olvidar nuestras seguridades falsas, autosuficientes y superfluas.

Las palabras del Proyecto Global de Pastoral (70) con las que, con gratitud a Dios, se valora la persona y el trabajo de los presbíteros, “en la riqueza ministerial de toda la comunidad cristiana”, han colaborado fielmente junto a sus obispos en este curso pandémico, dando testimonio de la entereza de los sacerdotes, quienes con firme esperanza, creatividad, empeño y responsabilidad pastoral, desde Baja California a Yucatán y desde Tamaulipas hasta Chiapas, han afrontado luminosamente esta oscuridad.



DIMENSIÓN HUMANA

Mons. Rogelio Cabrera nos invita a que, en el “umbral de 2021,” los presbíteros mexicanos afiancemos o retomemos los hilos conductores de nuestra vocación y de nuestra misión, como un desafío nuevo en el que tenemos que estructurar, después de esta desestructuración, nuestra vida personal, ministerial y pastoral según nos enseña la Iglesia, “que sabe qué le da consistencia a la vida sacerdotal, los elementos fundantes de la vida de un discípulo de Jesús: **La Palabra, el Pan, y los Pobres**”.

Quiero animar a los equipos diocesanos de la Pastoral presbiteral/ Formación Permanente de la Iglesia en México a no soltar el timón de la barca. La formación permanente no debe ser interrumpida e inaplazable; hoy más que nunca requiere estar dinamizada y reactualizada, es una necesidad imprescindible e ineludible (Cf. *RF*, 56). Los fieles, azorados por esta tormenta global, necesitan pastores maduros, bien formados, reavivados, animados, acompañados y fortalecidos (Cf. *RF*, 82). Con una esperanza sólida y eficaz, más que un mero deseo subliminal y difuso o estático, limitado a esperar inmóvilmente.

Reavivemos en cada presbiterio esta virtud motora, esa energía interior que, despertando los legítimos deseos humanos, sitúa también al sacerdote en un estado de inquietud, de sano inconformismo y de

anhelo, hasta lograr lanzarlo a la acción (Cf. San Juan Pablo II, Cruzando el umbral de la esperanza). Sin duda una luz especial y muy práctica nos viene, a los sacerdotes, del ejemplo del Buen samaritano, el cual se presenta precisamente como “un icono iluminador capaz de poner de manifiesto la opción de fondo que necesitamos tomar para reconstruir este mundo que nos duele”, al mismo tiempo que el pasaje nos muestra con qué iniciativas se puede rehacer una comunidad, al mismo tiempo que nos advierte de ciertas actitudes de personas que sólo se miran a sí mismas y no se hacen cargo de las exigencias ineludibles de la realidad humana.

Dado que el ser humano está hecho de tal manera que no se realiza, no se desarrolla ni logra su plenitud “si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás”, el presbítero por su condición y formación es un hombre de comunidad por excelencia, unción y misión intrínsecamente recibidos el día de su Ordenación”. (Cf. *Fratelli tutti*, 67, 87). Quien haya optado por ser sacerdote para llevar una vida fácil se equivoca; estamos llamados a vivir el ministerio en medio de las complejidades en tiempos de crisis, que hacen aun más difícil el ejercicio sacerdotal, y particularmente en esta pandemia, lo que exige un cambio en todos nosotros; por ello la formación permanente habrá de ponerse al día y no en retroceso (Cf. Mons. Jorge PATRÓN WONG, Arzobispo, secretario para los Seminarios, de la Sagrada Congregación para el Clero, vidanuevadigital.com/14/12/2020).

Que Santa María de Guadalupe, nos acompañe en este camino de reconfiguración sacerdotal para ser viva imagen y testimonio de su Hijo Sumo y eterno Sacerdote.





De la llaga del costado abierto de la santa iglesia a la reconstrucción de la unidad



Pbro. Benjamín Andrade Ortiz
Licenciado en Teología Dogmática
Prefecto general de seminaristas UPM

Este tiempo que nos está tocando vivir como sacerdotes nos ha puesto a prueba, haciéndonos redescubrir y repensar nuestro ser sacerdotal en medio de un mundo herido y sufriente, en un mundo que se gozaba de tenerlo todo al alcance de su mano, y finalmente sumido en una situación de frustración que le ha hecho verse limitado e incapaz de resolver sus problemáticas.

También nosotros experimentamos la limitación, la flaqueza y la frustración sintiéndonos inútiles y rebasados ante el confinamiento, el miedo al contagio, la preocupación por cuidar la salud de los demás y con ello la implementación de medidas sanitarias; la preocupación por los bienes que ya no alcanzan para hacer frente a todas las demandas económicas. En algunos casos, la experiencia de enfermedad y de soledad. Ante ello, parece que hemos perdido la chamba. ¿Acaso hemos perdido al sacerdote?

Las cinco llagas de la santa Iglesia

El beato Antonio Rosmini Serbati (1797-1855), sacerdote de la Diócesis de Trento, escribió una serie de

meditaciones sobre la situación que estaba viviendo la Iglesia en su época; inspirándose en el discurso inaugural que el Papa Inocencio IV dirigió el 23 de junio de 1245 en el Concilio de Lyon, en el cual, asemejaba la Iglesia a Cristo en la cruz, demostraba cómo ella, en su tiempo, estuviera también sufriendo por cinco llagas¹.

Considero que podemos hacer un esfuerzo por ver cuáles son los dolores de nuestra Iglesia hoy. Cuáles son las causas de sus sufrimientos y que este tiempo de gracia de la pandemia nos ha hecho descubrir. Así lo manifiesta el Papa Francisco: «La pandemia ha puesto de relieve lo vulnerables e interconectados que estamos todos. Si no cuidamos el uno del otro, empezando por los últimos, por los que están más afectados, incluso de la creación, no podemos sanar el mundo»; y continúa: «El coronavirus no es la única enfermedad que hay que combatir, sino que la pandemia ha sacado a la luz patologías sociales más amplias» (Papa Francisco, Audiencia general del 12/08/2020).

La descripción de las cinco llagas que hace el beato Antonio Rosmini viene hecha en el contexto histórico, político, eclesial y reformador de su época. Inserto en

¹A. Rosmini, *Delle cinque piaghe della santa Chiesa, Città Nuova, 1999.*



la época romántica, con el ideal de renovación por las formas clásicas, la Iglesia no quedó fuera de este movimiento; en lo político, la revolución francesa abre la puerta a la búsqueda de libertad y de justicia, así como la creación del Estado moderno, en donde la Iglesia tiene que enfrentar la pérdida de los estados pontificios y con ello un replanteamiento de la figura papal y episcopal. Ante este contexto, Rosmini busca una mirada realista, pero llena de fe sobre el rumbo que debe tomar la Iglesia en este tiempo, categorizando las cinco llagas de Jesús con cada uno de los aspectos que la Iglesia sufre en ese contexto histórico. Meditación escrita principalmente para el clero católico.

En este modo, Rosmini expresa con respecto a la primera llaga: la llaga de la mano izquierda de la santa Iglesia es la división del pueblo y del clero en el culto público; la segunda: la llaga de la mano derecha de la santa Iglesia es la insuficiente educación del clero; la tercera: la llaga del costado abierto de la santa Iglesia es la desunión de los Obispos; la cuarta: la llaga del pie derecho de la santa Iglesia es la nominación de los obispos abandonada al poder secular; y la quinta: la llaga del pie izquierdo es la servidumbre de los bienes eclesiásticos.

En el fondo, el cuerpo de Cristo está desarticulado, sufre, porque sus miembros no buscan la comunión. Bien sabemos que la gran petición sacerdotal del Señor Jesús al Padre Eterno es la de la unión: *«Que todos sean uno, como tú Padre, estás en mí y yo en ti; que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste. Yo les di la gloria que tú me diste para que sean uno como lo somos nosotros. Yo en ellos y tú en mí, para que sean plenamente uno; para que el mundo conozca que tú me enviaste y los amaste como me amaste a mí»* (Jn 17,20-23).

El fundamento de la unidad

Por eso, al contemplar la tercera llaga de la santa Iglesia, la del costado abierto, que es la desunión de los Obispos, no nos referimos solo al hecho de que entre obispos haya diferencias, sino que las Iglesias que ellos

presiden viven como si estuvieran incomunicadas unas de otras, incluso al interior de ellas mismas; por ejemplo, el sacerdote que abre su templo sin reparo alguno y el otro que cierra, a pesar de las indicaciones dadas en las circunstancias actuales.

Es aquí donde quiero detenerme en mi reflexión. El costado es el signo de la plenitud del hombre, que se encuentra incompleto, solo en el mundo, sin tener una referencia concreta que le haga descubrirse a sí mismo (Cfr. Gn. 2,4b-25); vive en una soledad con respecto al mundo creado, pues no hay un ser semejante a él. Se encuentra solo, debido a la superioridad que guarda con respecto a toda la creación, aunque ha sido formado del mismo barro, pero tiene el soplo de la vida que lo ha constituido señor, poniéndolo en una relación vital con Dios. Por otro lado, se encuentra solo, en razón de la apertura a los demás, apertura hacia su semejante, la cual constituye una relación esencial en el hombre llamado a realizar la comunión de personas. ¡Qué bien lo ha mostrado el Papa Francisco!: «La pandemia ha puesto de relieve lo vulnerables e interconectados que estamos todos»; una interconexión que abarca todas las dimensiones de lo humano.

En este sentido, la creación de la mujer con relación al varón por parte de Dios nos muestra a la humanidad como realidad relacional. Y el que Dios la haya sacado de la costilla de Adán, de su costado abierto, acentúa la comunidad entre el varón y la mujer. La común naturaleza





de la que gozan y del llamado a la comunión de personas en una sola carne; podríamos decir comunión encarnada de personas.

Esta verdad de nuestra fe se ve llevada a plenitud en Cristo, en su misterio de Encarnación, pasión, muerte y Resurrección, dando origen a la Iglesia como comunidad encarnada en Cristo, con un proyecto y destino común; de ahí la exhortación de san Pablo a los Efesios: «Esfuércense por mantener la unidad del espíritu con el vínculo de la paz. Uno es el cuerpo, uno el Espíritu, como una es la esperanza a la que han sido llamados, un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, Uno es Dios, Padre de todos, que está sobre todos, entre todos, en todos» (Ef. 4,4-6).

Así, la Iglesia, nacida del costado abierto de Jesucristo, participa de su gloria, en donde todos los hombres están llamados a la comunión con Él y entre los hermanos, viniendo a ser ello el fundamento de la unidad. Se ha establecido no solo el medio o vehículo de la unidad, sino que Cristo y la Iglesia son una única realidad, inseparablemente unidos por voluntad del Padre, unidad consumada por Cristo con su sacrificio en la cruz y sellada con la acción del Espíritu Santo. De ahí que la Iglesia no es solamente un instrumento, sino que ya es el misterio de comunión entre Dios y los hombres.

Todo lo dicho no es para acumular datos, sino para tomar conciencia de nuestro ser y quehacer sacerdotal en la

Iglesia. Este misterio de unidad lo vivieron los Apóstoles en su doble vertiente, unidad interior en comunión fiel a Jesucristo, custodiando el depósito de la fe y en el compartir una única gracia en bien de sí mismos en la edificación de la Iglesia; y en unidad exterior manifestada en la jerarquía y en los carismas que surgían en cada comunidad al servicio de toda la Iglesia.

La conciencia de esta perfecta unidad fue Transmitida a los sucesores de los Apóstoles y así sucesivamente, de manera que se sentían unidos unos a otros en Cristo, sirviendo con un solo corazón y con una sola alma bajo la acción del Espíritu Santo. Por ello, no escatimaban en unirse en una sola doctrina, en compartir un estilo común de vida; parece que la santidad se contagia entre los grandes pastores, por ejemplo: san Juan Apóstol y san Policarpo, o san Melesio en Antioquía fue instituido por san Juan Crisóstomo, o la amistad de éste con san Basilio, etc., buscando edificarse unos a otros en la confesión de una misma fe, en el cuidado de una sana educación, en el encuentro entre ellos o de manera epistolar, pero siempre manteniendo comunicación; en síntesis, vivían unidos en el hecho de conocerse personalmente aprovechando los medios que tenían a su alcance.

En los momentos de dificultad y de reto pastoral de la Iglesia, los concilios provinciales y los ecuménicos ofrecieron el medio para discernir comunitariamente y así mantener un solo corazón y Espíritu. En los casos más locales, el servicio del Metropolitano, y sobre todo de la autoridad del sumo Pontífice, que nos preside en la caridad.

Hasta aquí todo parece lógico y bien articulado, pues el diseño divino de la Iglesia es así. Sin embargo, la Iglesia tiene el componente netamente humano que ha sido tocado por el pecado, de donde viene la desunión.

La llaga del costado abierto de la santa Iglesia

Aquí es donde tiene pleno lugar la llaga del costado



abierto de la santa Iglesia. La desunión de sus miembros viene del pecado; de los hombres y mujeres que retrayéndose al diseño divino destruyen al menos exteriormente la unidad; pero su dinamismo es complejo, pues por un lado hay destrucción y desunión, y por otro viene la recomposición y la unidad, ambos movimientos contemporáneamente.

En este aspecto es donde tenemos que hacer una revisión como presbíteros de la Iglesia. En el aspecto interno de unidad deberíamos preguntarnos si este tiempo de pandemia lo miramos solamente como catastrófico o como tiempo de gracia en el que el Señor nos llama a un crecimiento en la fe, en la esperanza y en la caridad, así como lo hizo con las siete comunidades de la provincia de Asia que nos presenta el Apocalipsis (Cfr. Ap. 2-3).

«Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas» (Mt. 26,31); pero aquí, en la pandemia, se hiere tanto a las ovejas como al pastor y quisiéramos correr al grito de «¡Sálvese quien pueda!». ¿Me cuido movido por el miedo o por sensatez? No podemos dejar que nos mueva la visión distorsionada de la persona que ignora su dignidad y su carácter relacional. El pastor es instrumento de comunión, une a las ovejas en un solo redil; por ello, estamos llamados siempre, pero en estos momentos estamos llamados a tener una visión profunda de fe sobre la historia que estamos viviendo, de manera que la adversidad no nos aparte del Señor Jesús y de los hermanos. Tenemos como Iglesia la necesidad de escuchar constantemente lo que debemos creer, las razones que tenemos para esperar, el mandamiento nuevo del amor (Cfr. Pp. Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi*, 15).

Señor, ¡Duermes! (Cfr. Sal. 44,23). Parece que la providencia divina nos ha olvidado a nuestra suerte y la esperanza se viene abajo; ¿Cómo hacer frente a tantas demandas que se nos presentan, tanto en los bienes materiales, como en la atención de las personas? La unión hace la fuerza. Somos hermanos en el sacramento del Orden, y si ponemos lo que somos y tenemos en común descubriremos que nuestros cinco panes y dos pescados se multiplicarán y saciarán a la multitud (Cfr. Jn 6, 9ss). Para ello debemos encontrarnos y unirnos.



En la Antigüedad de la Iglesia compartían palabras de ánimo, de exhortación, de consuelo por medio de cartas, además de compartir sus bienes para que nadie careciera de lo necesario. Aprendamos con nuestros medios actuales a encontrarnos y a compartir nuestros bienes. Debemos encontrar una versión moderna y eficaz del púlpito: «El empleo de los medios de comunicación social en la evangelización supone casi un desafío: el mensaje evangélico deberá, sí, llegar, a través de ellos, a las muchedumbres, pero con capacidad para penetrar en las conciencias, para posarse en el corazón de cada hombre en particular, con todo lo que éste tiene de singular y personal, y con capacidad para suscitar en favor suyo una adhesión y un compromiso verdaderamente personal» (Papa Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi*, 45).

Considero que pasará tiempo para que cambie la situación que vivimos, pero no podemos quedarnos con los brazos cruzados. Nuestro pueblo está herido, necesita nuestro consuelo en el nombre del Señor Jesús; necesita ser congregado en la unidad para que, visualizando cielos nuevos, y tierra nueva, pueda dar gloria a Dios.

Reconstruir la unidad

Ahora es cuando necesitamos al sacerdote, al constructor de unidad, al que vive bajo el aliento del Espíritu Santo en la fuerza del cuerpo presbiteral. La unidad de los



discípulos es prueba de que creemos en Él; esto implica una acentuada vigilancia de nuestra vida, de nuestra conducta, para comunicar la Verdad con generosidad y sin miedos, ya que podrán salvarse los hombres que no han escuchado el Evangelio; pero ¿podremos salvarnos nosotros si no anunciamos el Evangelio? (Cfr. Papa Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, 80).

Buscar y trabajar la unidad en la Iglesia nos pide obediencia, espíritu de colaboración, humildad y respeto, para poder caminar juntos, no por el consenso al que podemos llegar, sino movidos por la verdad que nos muestra Jesucristo en su Palabra y el asentimiento a la potestad de nuestros legítimos pastores; solo así podremos despertar en nosotros un renovado dinamismo evangelizador en este tiempo de pandemias.

Reconstruir la unidad, mediante nuestra fidelidad a Cristo en los compromisos sacerdotales de ser hombres orantes, ministros de la Eucaristía y dispensadores de los sacramentos, proclamadores del Evangelio; hombres que viven de la gracia y en la gracia de Dios.

Reconstruir la unidad en la vivencia plena de la obediencia sacerdotal a nuestros legítimos superiores, como expresión del espíritu de cooperación que se funda en la participación misma del ministerio episcopal comunicada por el sacramento del orden y la misión canónica (Cfr. PO 7). Este espíritu de cooperación nos hace ver que obedecemos en razón del anuncio del Evangelio, no en

el sentido de cooperar con una empresa trasnacional que busca eficacia en sus empleados. Nos une un único llamado para estar con Él y ser enviados a predicar (Cfr. Mc. 3,14).

Reconstruir la unidad en el encuentro fraterno, con los hermanos de la propia diócesis, donde los vínculos sacramentales se estrechan en la cooperación de proyectos pastorales, en la oración y el estudio común, en el afecto entre hermanos que se animan mutuamente a dar una respuesta cada vez más generosa al Señor. (Cfr. PO 8).

Reconstruir la unidad con el propio obispo, quien tiene la grave responsabilidad de la santidad de sus sacerdotes, por lo que requiere de nosotros solicitud, abnegación y responsabilidad en el ministerio encomendado y espíritu filial de caridad y obediencia para con él.

Reconstruir la unidad con nuestro pueblo, mediante la cercanía con ellos, aunque ahora sea por medios digitales o a distancia. Acompañándolo en este momento de sufrimiento con nuestra oración constante y nuestra plegaria en la Eucaristía para que el Señor se compadezca de su pueblo.

Reconstruir la unidad, mediante la creatividad que nos exige este tiempo que nos impide el encuentro, pero no nos puede impedir la comunión, sabiendo transmitir nuestra propia experiencia de fe. Aquí es donde descubrimos la ayuda del Amigo, que está siempre cercano, del sacerdote hermano que tiende la mano y al mismo tiempo se deja acompañar por el pueblo de Dios que es su Iglesia.





La sabiduría como regalo de Dios



† José Rafael Palma Capetillo
Obispo Auxiliar de Xalapa

1) Sabiduría y humildad

Dice el refrán: “*De sabios es el errar*”, lo cual significa que la sabiduría auténtica va acompañada de la humildad, de modo que todo ser humano que se deja guiar por el Espíritu Santo aceptará sus errores en vistas a ser mejor y más santo. Ordinariamente imaginamos que las personas estudiosas, o las que leen asiduamente o que ya tienen la experiencia de los años, son consideradas como las más sabias por excelencia; sin embargo, el don del Espíritu Santo, es más interior y trascendente, porque significa una actitud, un modo de llevar la vida, y sobre todo una disponibilidad para ser ‘instrumentos de Dios’ en todo momento.

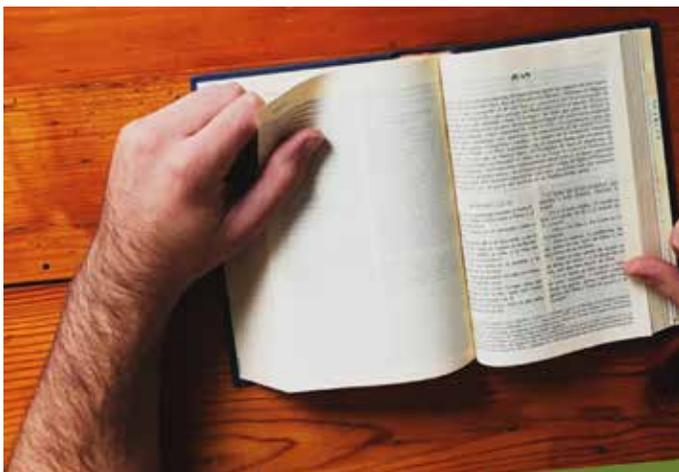
En la Biblia, al enunciar los siete dones del Santo Espíritu (cf Is 11,2), se menciona en primer lugar la sabiduría, lo cual nos da a entender una especial importancia de este valioso regalo divino. Al respecto dice el Papa Francisco que “el primer don del Espíritu

Santo es *la sabiduría*. No se trata propiamente de la sabiduría humana, que es fruto del conocimiento y de la experiencia. En la Biblia aparece que **Salomón**, en el momento de su coronación como rey de Israel, pide a Dios el don de la sabiduría (cf 1Re 3,9). Y la sabiduría es precisamente la gracia de poder *ver cada cosa con los ojos de Dios*. Algunas veces vemos las cosas según nuestro gusto o según la situación de nuestro corazón, con amor o con odio, con envidia. No, esto no es el ojo de Dios. La sabiduría es lo que obra el Espíritu Santo en nosotros a fin de que veamos todas las cosas con los ojos de Dios” (*Audiencia general*, 9 abril 2014). La sabiduría siempre tiene un sentido práctico, porque significa saber hacer. Salomón, por ejemplo, pide sabiduría para gobernar y ser justo.

“La sabiduría consiste en ver las cosas más allá de sus apariencias. El famoso filósofo griego **Sócrates**, al afirmar ‘*Sólo sé que no sé nada*’, estaba ofreciendo las pruebas de su inmensa sabiduría. Nuestras limitaciones no nos permiten saber todo, pero la sabiduría hace reconocer las fronteras de nuestros conocimientos” (José Carlos PEREIRA, *Los siete dones del Espíritu*, Ediciones Paulinas, México 2014, 9-21).

2) El sabio ‘sabe’ de Dios

“Sabio en general, es aquel que conoce las cosas por sus últimas y más altas causas. El conocimiento que proporciona a la persona el don de la sabiduría es incomparablemente superior al de todas las ciencias. Por eso la sabiduría se da incluso en una persona sencilla e ‘ignorante’, y, sin embargo, puede poseer





un conocimiento profundo de las cosas divinas, como ocurrió con santa Teresita del Niño Jesús. El sabio juzga todas las cosas por sus causas más altas, más divinas, por las razones supremas, 'a la manera de Dios' " (Antonio ROYO MARÍN, *El gran desconocido*, BAC Minor, Madrid 2010, 193-198).

En efecto el Espíritu Santo hace 'sabio' al discípulo de Cristo. Por eso nos advierte el Papa Francisco que "el sabio no tiene una respuesta para cada cosa, ni lo sabe todo, sino 'sabe' de Dios, sabe cómo actúa Dios, conoce cuándo una cosa es de Dios y cuándo no es de Dios; tiene esta sabiduría que Dios da a nuestro corazón cuando mostramos apertura y docilidad. En el sabio, todo en él habla de Dios y se convierte en un signo hermoso y vivo de su presencia y de su amor. Es un don que Dios da a quienes son dóciles al Espíritu Santo. Dentro de nosotros, en nuestro corazón, tenemos al Espíritu Santo; podemos escucharlo, podemos no escucharlo. Si escuchamos al Espíritu Santo, él nos enseña esta senda de la sabiduría, nos regala la sabiduría que consiste en ver con los ojos de Dios, escuchar con los oídos de Dios, amar con el corazón de Dios, juzgar las cosas con el juicio de Dios. Ésta es la sabiduría que nos regala el Espíritu Santo y todos nosotros podemos poseerla. Sólo tenemos que pedirla al Espíritu Santo" (*Audiencia general*, 9 abril 2014). Para señalar el influjo del Divino Espíritu, el apóstol Pablo dice que: "El Espíritu todo lo escudriña, hasta las profundidades de Dios" (1Cor 2,10).

3) Sabiduría práctica: Saber hacer

Los que reciben el don de la sabiduría "todo lo ven desde las alturas, desde el punto de vista de Dios, tanto los pequeños episodios de la vida diaria, como los grandes acontecimientos. Nunca se fijan en las causas segundas inmediatas; pasan por ellas, sin detenerse un instante, hasta llegar a la causa primera, que lo rige y gobierna todo desde arriba. Un insulto, una bofetada, una calumnia que se lance contra ellos, etcétera, en el acto se remontan hasta Dios, que lo quiere o lo permite para ejercitarles en la paciencia y aumentar su gloria. No llaman *desgracia* a lo que los seres humanos suelen llamarle así (enfermedad, persecución, muerte), sino únicamente a lo que es en realidad una desdicha, por

serlo delante de Dios (el pecado, la tibieza, la infidelidad a la gracia)" (Antonio ROYO MARÍN, *El gran desconocido*, 197).

El don de sabiduría nos hace pasar con sencillez y habilidad de la teoría a la práctica. No es lo mismo saber muchas cosas, que saber hacerlas, aplicarlas oportunamente, resolver la parte que nos toca. Como don del Espíritu, la sabiduría reafirma en el corazón de cada ser humano la firme voluntad de hacer el bien y, con la fuerza que viene de Dios, logra realizarlo.

Por lo tanto, "la sabiduría no es la suma de conocimientos adquiridos, sino de cómo procedemos para adquirir más conocimientos. Un modo de aprender a aprender, no sólo algo que esté a la vista" (J. C. PEREIRA, *Los siete dones del Espíritu*, 22). Acumular conocimientos que no se practican es común en algunos, pero no alcanzan a vivir la sabiduría, porque se estancan en la teoría; de este modo no facilitan la acción del Espíritu Santo que siempre impulsa a poner en práctica todo lo que aprendemos para hacer el bien y servir. Ante la palabra de Dios, la sabiduría lleva el firme propósito de ponerla en práctica (cf Lc 6,47-49), como María (cf Lc 8,19-21).

Aplicaciones

Ser sabio no se aprende sólo en los libros, en los talleres o con el paso de los años, sino que –como insiste el Papa Francisco– "es un regalo del Espíritu Santo. Así, con esta sabiduría, sigamos adelante, construyamos la





familia (la comunidad), edifiquemos la Iglesia, y todos nos santificaremos. Pidamos hoy la gracia de la sabiduría; pidámosla a la Virgen, quien es la 'Sede de la sabiduría'. Que ella nos alcance esta gracia" (*Audiencia general*, 9 abril 2014). La imagen de María invocada como 'trono de la sabiduría' está representada junto con el Niño Jesús, y en efecto sus brazos maternales representan el asiento para Cristo, que es la Sabiduría en persona. Nos encomendamos a la Virgen Santísima para que como ella mostremos la apertura a la acción del Espíritu Santo, que nos conduce a Jesús y nos llena de sabiduría para "ver con los ojos de Dios" (CATECISMO de la IGLESIA CATÓLICA, 2518-2519).

La sabiduría es totalmente opuesta a la astucia meramente humana, ya que esta última es una habilidad, que podría ser usada ocasionalmente para el bien (para no dejarse engañar), pero que mayormente se compara con la perfidia, que mayormente es fruto de la insidia de Satanás. La astucia generalmente nace de la carne, inspirada por las entrañas (o pasiones) o por otros intereses. Algunos traducen acertadamente el término astucia como 'pasarse de vivo', es decir, abusar. En cambio, la sabiduría nace del corazón. La sabiduría que viene de Dios es habilidad para hacer el bien, siempre el bien, solamente el bien. Cuando Jesús dice: "Miren que yo los envío a ustedes como ovejas en medio de lobos. Sean, pues, astutos como las serpientes, y sencillos como las palomas" (Mt 10,16), en realidad señala el equilibrio auténtico que debe haber para la verdadera prudencia inspirada por el Divino Espíritu.





Pandemia 2020: Signo de los tiempos a inicios del Siglo XXI



Pbro. Jaime Rivas Aldama
 Doctor en Teología Espiritual
 Director espiritual Residencia de alumnos UPM

Tiempo y eternidad

A lo largo de la Historia de la Salvación, descubrimos que Dios busca la manera de comunicarse con el hombre, se adapta a su lenguaje, compuesto de signos. Nuestro Dios y Señor ha querido transmitirnos un mensaje, llamándonos al amor, lo ha hecho a través de signos prodigiosos acontecidos en el transcurso de la historia de su Pueblo. Los signos de los tiempos, por tanto, constituyen un lenguaje divino. Dios eterno se ha hecho tiempo para abrazar a su creatura y marchar con el hombre. En efecto, Él camina en medio de la humanidad, recorriendo la historia. Creando Dios al hombre, a su imagen y semejanza, sabe de su capacidad para leer e interpretar los signos y descubrir su voz precisamente ahí, en la dimensión muy humana de la historia. Los signos de los tiempos son pues, un lenguaje dentro de la historia y del tiempo, hablándonos hoy, de eternidad.

Por lo anteriormente dicho, el tiempo es importante para la vida concreta del cristiano. No sólo el tiempo ceñido a las coordenadas de las horas y los días (*Kronos*), sino el tiempo como *Kairós*, es decir tiempo de Dios, de oportunidades salvíficas. Los signos de los tiempos, en este sentido, hacen referencia más bien a los *signos del tiempo de Dios*, del *Kairós*. Se caracterizan por indicar la acción de Dios en el mundo, en la dimensión temporal, terrena y finita. Señalan la presencia de Dios en la vida de los creyentes. Ahora, en las actuales circunstancias, descubrimos que marcan también la ausencia de Dios, como acción suya inesperada; por eso

llaman fuertemente la atención de los piadosos para ir en su búsqueda. Los signos del tiempo presente están indicando una realidad: *"Dios brilla por su ausencia"*. No porque se haya alejado de nosotros o nos ignore, sino porque no lo vemos, porque no responde con la prontitud que deseáramos. La experiencia de su ausencia se vive dolorosamente y, a la vez, brilla ante nuestra extenuada mirada. Sentir tan hondamente su distancia, nos lleva hacerlo más presente en el interior, alma, mente y corazón.

Recordemos que Él es el esposo que se esconde para incitar el deseo de su cercanía, de sus caricias, de su amor eterno. Dios se esconde como el esposo del Cantar de los cantares; la esposa, fiel amante lo busca sin descanso hasta encontrarlo (Cantar 1,7; 3,1-4; 5,1-8); ese es precisamente nuestro deber.

En el evangelio, Jesús mismo ha advertido: *"llegará un tiempo en que ustedes desearán disfrutar siquiera un solo día de la presencia del Hijo del Hombre y no podrán"* (Lc 17,22). Por ello, volver la mirada a lo eterno y a la búsqueda de la gracia se convierte hoy un asunto urgente, que no admite demoras. De este modo, tiempo y eternidad aparecen haciendo campo propicio para el acontecer del cristianismo. El horizonte de lo eterno nos abre a la valoración del tiempo.

Signos de los tiempos, voz de Dios en el presente inmediato



En medio de la Pandemia ¿qué signos descubrimos?

Tengo la impresión de que hemos repetido hasta el cansancio: *"cuando todo esto pase, volveremos abrazarnos"*, frase que traduce una esperanza, quizás efímera, pero expresa un deseo de volver a vivir sin miedo, fortaleciendo lo más humano que hay en nosotros, para no dejar de existir. Pero olvidamos que mientras ese tiempo se haga realidad, acariciamos delante una excelente oportunidad. Lo que nos ha dejado la pandemia, la cuarentena, el confinamiento y la soledad, no es sólo la angustia, sino mejor aún, el suspiro por el cielo, por la vida eterna que los cristianos esperamos después de la muerte. Este suspiro denota la ausencia de plenitud y sosiego, ocasión para mirar sin tapujos, que construimos sobre arena, en el aparente dominio del suelo; excelente coyuntura para vencer el mal, librándonos de la mentira establecida como verdad desde hace bastante tiempo.

La Covid-19 vino a demostrarnos a buena hora que nada del poder que creímos, tenemos. Entonces se hizo más traslúcido nuestro deseo de infinito, de cielo, junto a Dios, donde no habrá dolor, sufrimiento, tristeza ni miedo a la muerte. Eso es para vivirse ahora, adorando a Dios, día y noche, no cuando todo esto pase, cuando pase y ya no esté, seguiremos anhelando lo eterno, según lo aprendido. Cristo Jesús, Hijo de Dios Vivo, por su resurrección, nos ha abierto las puertas de la eternidad; el vencedor de la muerte nos ha dado la vida y nos ha traído la salvación (Cf. Catecismo de la Iglesia Católica 638-640). Confiamos.

Signo de los tiempos: cuestionarnos qué necesitamos ser salvados: de nosotros mismos, de nuestro egoísmo que nos hizo no respetar la salud de los otros, que nos ha hecho etiquetar a los enfermos y alejarnos de ellos. Necesitamos ser salvados de nuestras vanas ilusiones (como considerar el poder vivir sin Dios), de los propios engaños (la autosuficiencia, la *"post-verdad"* creíble por el gran número de *"me gusta"* en Twitter, Facebook, etc) que hicimos verdad; precisamos ser salvados de la muerte, fruto del pecado, personal y social; requerimos salvación de la condenación eterna. Esta notable miseria se ha vuelto hoy tangible, y revelada por la pandemia.



"Yo pensaba muy seguro: no vacilaré jamás... Pero escondiste tu rostro y quedé desconcertado" (Sal 30).

Es quizá un sentimiento compartido, un sentimiento que todavía, a pesar de las circunstancias, no nos atrevemos a manifestar como un sentimiento eclesial, porque lo vivimos cada uno en lo particular, en el interior de la casa, sin adivinar que lo sienten muchos cristianos más, se trata entonces de compartir, de hacer comunión, *sentire cum ecclesiae*, como acertadamente señala San Ignacio de Loyola.

La Iglesia camina desconcertada, sólo constatando la difícil realidad, con retos casi insuperables. Es tiempo de declarar: la pandemia no lo es todo, es una parte que agudizó la situación que ya veníamos resistiendo y, en efecto, hizo más notable el descarte de Dios en el mundo. Caminábamos muy seguros; el año 2020 nos hizo reconocer nuestra desidia, pobreza y flaqueza. Es verdad, muchos de nuestros Jerarcas nos invitan a salir, a no encerrarnos, a no temer a lo adverso del escenario; hay que hacerlo, pero no de manera retadora, sino sólo desde la fe, alentados y sostenidos por la fe en Cristo Resucitado, vencedor del pecado y de la muerte, adheridos plenamente al Dios Altísimo, de lo contrario señalaría un deseo irreverente de alejarse otra vez para reinventar la realidad omnipotentemente.

San Pablo nos había dicho: *"considérense muertos al pecado, pero vivos para Dios en unión con Cristo Jesús"* (Rom 6,11). Es necesario morir con Cristo, para resucitar con él. Ahí la clave para salir tranquilos,



volver a abrazarnos, para amar sin miedo, ni siquiera como antes de la pandemia sino de modo evangélico, precisamente porque hoy *"el amor camina herido..., porque el árbol de la vida se apaga"*¹. Alejarnos del pecado y del mal, muertos para el mundo y vivos para Dios, unidos a Él, recobrando el esfuerzo premiado de no separarnos nunca más del amor de nuestras vidas, por el que decidimos ser Cristianos y Sacerdotes.

La pandemia, después de tantos otros problemas, parece habernos desestructurado; nos lanza a una vivencia de crisis de identidad, de esencia y existencia. No podemos limitarnos a tratar el asunto del miedo generalizado al futuro debido a la crisis económica, política y social, pues cometeríamos un grave error; también es indispensable enfrentar la crisis de la existencia, especialmente de la identidad. Así, quien piense que la pandemia nos está haciendo descubrir nuestro verdadero yo, tendría razón, pero sólo en el sentido de revelar la condición humana finita y frágil. La pandemia nos hace *"otra vez"* débiles, endebles; nos permite vislumbrar que no somos lo que pensábamos, eso cambia nuestra manera de vivir. Los paradigmas que en algún momento de nuestro *"antiguo"* presente estábamos dispuestos a superar, a romper para reparar nuestro entorno y lograr alcances de evangelización inimaginables, se han quebraron por sí mismos, no ha sido necesario nuestro ardor. En consecuencia, quedamos colocados ante nuevas realidades, totalmente diferentes y quizá en algo, desconocidas, que no planeamos. Es un signo de los tiempos donde aparece Dios, tres veces Santo, silencioso, escondido, indicando el camino a seguir.

Junto al cambio paradigmático, constatamos un cambio epistemológico, donde ya no funciona lo que creíamos del ser humano, no solo lo que es, sino también quién es. La pandemia ha revelado los pasos perversos y confusos sobre los que andábamos, y que ahora se derrumban. Pero algo debe sostenernos para no caer en el vacío existencial.

Podríamos pensar en el futuro como algo poco alentador y amenazante, diseñado a nivel social, económico, político, incluso religioso, fundado en datos

estadísticos. Eso podría quedarse en apreciaciones paranoides, basadas en pensamientos racionales, buscando lógica y justificación a la vivencia presente. No es suficiente.

La fe nos motiva a esperar un futuro distinto, el futuro cierto de la eternidad. He escuchado voces decir: *"este no es el fin, no es aún el apocalipsis"*, por más que veamos los signos apocalípticos presentarse repetidamente. Aunque fuese verdad, conviene mejor, decir: *"pues no lo sabemos"*. La esperanza cristiana basada en la fe nos mueve a mirar el futuro como promesa de nuestro Salvador Jesucristo, *siempre fiel*, quien no cumple nuestros deseos sino sus promesas, porque el presente es devastador, parece no sostenerse más. El modo de relacionarnos y de encontrarnos definitivamente ha cambiado y no volverá el anterior. Sin embargo, la lógica de la Revelación divina nos hace entender que *no contamos con la inmortalidad sino con la eternidad*. Signo de los tiempos alentador y oportuno para vivir el presente en clave de eternidad.

La anhelada renovación pastoral

Alcanzar el cielo, entrar a la vida eterna, ¿cómo? Es indiscutible: debemos superar la pandemia aceptándola; es cierto, nos obligamos a dar su lugar a la soledad, al confinamiento, no para aislarnos y evitar



¹Mons. Juan Manuel Mancilla Sánchez, *Homilía* pronunciada el 14 de noviembre de 2020, en la Basílica de Guadalupe.



riesgos, sino para salir adelante, pero ahora ya en otra dirección: la eternidad, la participación plena, consciente y deseada de la vida divina.

“La deificación, la de las criaturas, se realizará en su plenitud en el siglo futuro, después de la resurrección de los muertos. Sin embargo, desde aquí abajo, es preciso que esa unión deificante se efectúe cada vez más, cambiando la naturaleza corruptible y corrupta y adaptándola a la vida eterna. Si bien Dios nos ha dado en la Iglesia todas las condiciones objetivas, todos los medios para alcanzar ese fin es necesario que produzcamos, por nuestra parte, las condiciones subjetivas necesarias, pues la unión se realiza en una synergeia, en una cooperación del hombre con Dios. Este lado subjetivo de la unión con Dios constituye la vía de la unión que es la vida cristiana”²

Encontramos en este texto tan interesante la clave del signo del tiempo presente. Durante la pandemia, tocamos nuestra naturaleza caída, débil, corruptible y corrupta, pero luego, no hemos de quedarnos ahí; levantemos la mirada hacia la vida

eterna, deseando alcanzar la vida de la gracia plena, la deificación, adaptándonos a ella a través de los protocolos ya establecidos desde hace siglos por la fe cristiana, por el pueblo peregrino de Dios, que es la Iglesia: los sacramentos, de manera especial, la Eucaristía y la Reconciliación, así como otras mediaciones, a saber: la liturgia, la oración, la dirección espiritual, el acompañamiento, la vida común, etc.

La vía de la unión con Dios, urgente a seguir y muy actual, que lleva en sí la gracia divina, es la vida cristiana en el tiempo, con Jesucristo ayer, hoy y siempre. La vida cristiana de fe, de celebración de la fe, la práctica de la fe, la moral, la ética cristiana, es el efecto transparente e ineludible de la pandemia, corona de todos los males hasta hoy vivenciados.

Qué mejor que hacer resurgir cristianos realmente espirituales, hoy. En este sentido conviene recordar una expresión del Papa Benedicto XVI:

*«Lo que necesitamos sobre todo en este momento de la historia son hombres que, a través de una fe iluminada y vivida, hagan creíble a Dios en este mundo... Necesitamos hombres que mantengan la mirada fija en Dios, aprendiendo de allí la verdadera humanidad. Necesitamos hombres cuyo intelecto esté iluminado por la luz de Dios y a los que Dios abra el corazón, de modo que su intelecto pueda hablar al intelecto de los demás y su corazón pueda abrir los corazones de los demás. **Sólo a través de hombres tocados por Dios, puede Dios volver a los hombres**»³.*

Hombres de la Escritura, de la Palabra de Dios; hombres que, manteniendo la mirada fija en Dios, lo hagan volver a los hombres, porque, como ya hemos dicho, Dios escondido se da a desear. Se trata de una necesidad imperante: hombres contemplativos. ¿Es que los sacerdotes, religiosos o diocesanos, no podemos, responder a ese llamado? ¿o no queremos? ¡aun cuando hemos sido llamados precisamente a eso ayer, hoy y

² Vladimir Lossky, *la Vía de la Unión*.

³ Benedicto XVI, *Europa en las crisis de las culturas*, Subiaco, 1 de abril de 2005.



siempre! Para eso fuimos formados en el seminario; es cierto tal vez con muchas carencias, pero ése es el núcleo de nuestro llamado.

Sacerdotes iluminados por Dios, atraídos por el brillo de su mirada enamorada, recuperemos la sacralidad de la vida y de nuestras acciones cristianas para no enfermar de indiferencia ante Dios Bueno y Santo, y morir en el abandono. Esforcémonos motivados por el verdadero amor cristiano, por amor de Dios.

Ahora, hoy es el tiempo, de vivir tres cosas sobresalientes, eminentemente cristianas, para salir de la pandemia y de la deshumanizante cuarentena. San Cipriano nos aconseja: *el ayuno, las vigiliyas, y la oración*. Éstas son nuestras armas celestiales, que nos harán mantener firmes y perseverantes; éstas son nuestras defensas espirituales que nos protegen⁴. Es probable que se piense que son cosas demasiado espirituales. Diremos que sí, no hay duda de ello, pero las cosas espirituales son las más cristianas para el tiempo actual. Vivamos, queridos hermanos, como verdaderos cristianos, ahora, ya, sin aplazar: vivamos orando constantemente, ayunando, rechazemos las tentaciones tanto numerosas, cuanto livianas, danzantes en la cotidianidad, en las que quizá hemos caído *tanto* sin temor. Vivamos en vigilia.

¿Cuántas noches sin poder dormir desde marzo de 2020? Una invitación del amor dulce: velar esperando el retorno glorioso de nuestro Salvador Jesucristo. Es un poco de lo que podemos vivir en este tiempo de la Covid-19 como signo de los tiempos, como oportunidad de gracia del tiempo y de Dios. Porque descuidamos esa parte, ese horizonte de la auténtica experiencia de fe cristiana, Dios nos pide orar, ayunar, velar. Así lo expresa el Qohélet: *"hay un tiempo para cada cosa...un tiempo para abrazarse otro para separarse"* (3, 1-8). Así también: *"hay un tiempo para ayunar, otro para saciarse"*.

Démosle el sentido al tiempo. El tiempo de la pandemia es un tiempo para orar, vigilar, y ayunar. Dejar de abrazarse y construir, porque muchas veces en el pasado comíamos y bebíamos, bailábamos, nos alegrábamos y nos abrazábamos; nos desvelábamos por un plan diocesano de renovación pastoral. Hoy la



anhelada renovación pastoral ha de ser reaprender a estar con Dios, en oración, y enseñar a otros en esa dirección; para esperarlo, disponer la espera con el ayuno, como con una lámpara encendida, porque el novio realmente no está, vendrá cuando menos lo esperemos; lo hemos alejado, hemos retardado su llegada con nuestros excesos de confianza, habiendo ignorado el temor de Dios.

Aprender y enseñar a los fieles a orar y ayunar. ¿Por qué ya no ayunamos? Porque lo tenemos ya todo. Los primeros años del Siglo XXI llegaron a decirnos que no es así. Es ahora la ocasión de establecer el sentido del ayuno disponiendo el cuerpo al encuentro del alma con Dios. ¿Por qué ya no vigilamos? Porque tenemos noticias hasta la saciedad absurda. Vigilar es nuestro deber de cristianos expectantes, velar es el protocolo indispensable en la actualidad. Estar alerta nos mantiene en el ejercicio constante del discernimiento espiritual. Debemos dejar todas las noticias engañosas, separarnos de las mentiras consumistas y cegadoras que adormecen la conciencia.

Ciertamente las vigiliyas, los ayunos, la oración no son fin en sí mismos, son sólo los medios que la pandemia como signo de los tiempos ha puesto de relieve. Conviene, por tanto, preguntarnos nuevamente, sobre el fin último de la vida cristiana: la adquisición de la gracia. Dirá Serafín de Sarov que la adquisición del Espíritu Santo nos lleva por el camino de la deificación,

⁴ De las cartas de SAN CIPRIANO, obispo y mártir. Carta 60.



de la plenitud de la vida espiritual, de la santidad. Ésta es nuestra finalidad, que se creía extinta y, por ello, olvidada. La misión de la Iglesia va más allá de lo humano que nos hace pensar en que lo importante es no menguar. La verdadera misión es alcanzar el fin último, utilizando los medios necesarios, practicándolos con amor, con un amor auténtico, fiel, manifiesto y creciente a Nuestro Señor Jesucristo.

Planteamos, en efecto, una pastoral de la vida espiritual intensa, llena de oración y de ayuno, por la ausencia del novio. *“Llegará el día en que les quiten al novio, entonces sí ayunarán”* (Mt 9,15). En medio de la tiniebla propiciada por el miedo a la propagación del virus Sars Cov2, por la angustia generalizada, nos parece que nos han quitado al novio. Por tanto, debemos ayunar de lo que nos oprime y prohíbe vivir según Dios: de comida, de ruido excesivo e imágenes estrambóticas

En plena pandemia, somos los sacerdotes quienes debemos ayunar, orar continuamente y hacer vigiliyas. Una pastoral también de las vigiliyas para ser iluminados por la luz de Jesucristo, en espera de su retorno glorioso.

Estemos atentos, con las lámparas encendidas, considerando que *“el bien autónomo no debe existir para un cristiano: una obra es buena en la medida en que sirve para la unión con Dios y nos apropia la gracia”*⁵. El ayuno, la oración y las vigiliyas del sacerdote, son una obra



buenas, nos conducen a Dios y ciertamente nos unen a él. No perdamos la perspectiva, es nuestra oportunidad para hacer que Dios nos deje ver su rostro y no nos lo esconda. *“No me arrojes lejos de tu rostro, no me quites tu santo espíritu”* (sal 50).

El nivel de nuestra espiritualidad en el tiempo de la pandemia

Es muy interesante subrayar el tema de los asintomáticos, contagiados de la enfermedad Covid-19, causada por el Coronavirus Sars-Cov-2; ello nos ayudará a comprender el nivel de vida espiritual que hemos alcanzado. Se nos dijo que había muchas personas contagiadas de Covid-19 pero que no manifestaban síntomas; se les llamó asintomáticos, “peligrosos” porque eran desconocidos y podían con tanta facilidad contagiar a otros, que posteriormente sí tendrían síntomas y posiblemente encontrarían la muerte. Desde ese momento se propagó también la sospecha sobre los amenazantes asintomáticos, el problema era que ni ellos mismos lo sabrían, quedaban en el anonimato, sin pruebas de laboratorio. De aquí que empezamos a distanciarnos, a huir del otro que viene hacia mí, a no ir hacia él; comenzamos a escondernos, las relaciones interpersonales se complicaron aún más de lo que ya estaban.

Esto nos ha hecho pensar en los asintomáticos de la fe cristiana, que no se transmite de cualquier modo; detectamos también un gran riesgo porque no sabemos quiénes son cristianos o no. Ni siquiera ellos lo dudan, van corrompiendo su ambiente, contagiándose de paganismo puro, secularidad, incredulidad, desacralización y pragmatismo, tan políticamente correcto en nuestros días. Es preciso detectar a los verdaderos cristianos, católicos, pero no se podrá de otra manera que mostrando síntomas, y estos son las virtudes cristianas.

Las virtudes son el medio o, más bien, los síntomas, las manifestaciones exteriores de la vida

⁵ Vladimir Lossky, *la Vía de la Unión*.



cristiana. Ha llegado la hora de evidenciar quiénes son cristianos en lo exterior, no sólo en el mundo interno, repleto de ilusiones y buenas intenciones. El cristiano hoy tiene que notarse, transparentarse, en su estilo de vida y de respuesta. No puede quedarse ya en la duda. El cristiano, en la actualidad, no puede ser sino aquel que muestra su calidad de vida diseñada por Jesucristo y por ello es distinto. El sacerdote, que es un cristiano, tiene que ser percibido claramente como un discípulo de Cristo, por su entrega vital sintomática, reflejo de la de Cristo Buen Pastor. Los sacerdotes no tenemos ya tiempo para exponernos sin las huellas propiamente sacerdotales.

Virtudes cristianas como la fe, esperanza y caridad, que se manifiestan a través de las obras de misericordia, así como por las vigiliyas, ayunos y oraciones prolongadas, son acciones propiamente sacerdotales y que habíamos olvidado, por andar a las carreras queriendo mostrar no sé exactamente qué, pero ciertamente no síntomas de la vitalidad cristiana. Nosotros, sacerdotes, pastores, guías transitábamos todo el tiempo cansados, luchando por sostener las estructuras, pero olvidando los signos vitales. La pandemia nos ha hecho pensar en ello y a poner remedio. Vayamos a practicar las virtudes, humanas y cristianas, para adquirir la gracia, fortalecer la disciplina cristiana y sostener la fe.

La mística cristiana en tiempos de la Covid-19

Es necesario no embrollar la espiritualidad; no se trata de elaborar una alta escuela de espiritualidad, ante la nueva realidad y el cambio de paradigmas que exige. No es tiempo para una espiritualidad complicada, sino más bien de concretar una mistagogía en la experiencia espiritual que facilite aquello que dice San Ignacio al que da los *ejercicios espirituales*: “Deje inmediatamente obrar al Criador con la criatura y a la criatura con su Criador y Señor” (No.39).

Se trata, en esta espiritualidad, de retornar lo esencial, hacer silencio, para transformarnos en verdaderos místicos. Místicos del futuro que ya nos alcanzó, de lo que ya había hablado Karl Rahner. El silencio nos conduce inexorablemente a la esencia del misterio, a la mística cristiana. La situación de la espiritualidad contemporánea es sustancialmente la escucha, la búsqueda amorosa del Amor Encarnado, porque se encuentra enmarcada dentro de un tiempo donde Dios se esconde, donde su voz nítida es el silencio.

Termino, transcribiendo este texto, por no encontrar mejor expresión para indicar lo que hoy se hace urgente y necesario decir:

“Rahner describe la situación espiritual contemporánea como **un tiempo de silencio de Dios**, de la negación de Dios y de las falsas interpretaciones de lo humano; un tiempo de triunfo de la comprensión científica y técnica de la realidad donde no es el hombre ni su mundo el que tiene que ser justificado, sino Dios. Ante esto, piensa Rahner que no podremos seguir siendo cristianos por herencia o por la mediación del contexto social. Sino que **debemos acoger esta nueva forma de revelación de Dios en el silencio que además nos acerca a la esencia de su verdadero misterio que es la incomprendibilidad**. A esto es lo que Rahner llama mística.”⁶

⁶ Ángel Cordovilla Pérez, *La mística en la teología del siglo XX: estudios eclesiológicos*, vol. 93, núm. 364 (2018). 3-27; Karl Rahner, *“Espiritualidad antigua y actual”*: Escritos de teología, Madrid, Taurus 1969.13-34



Una nueva oportunidad.



Mons. Silvio Ruedas

Licenciado en Teología Dogmática
Párroco de Santa Ana, Chinandega
Canónigo
Diócesis de León en Nicaragua

Iniciamos un nuevo año, damos paso a nuevos días que queremos indudablemente sean mejores que los vividos el año pasado. Pero la mejoría o no de esos días tiene en nuestra actitud una ayuda determinante.

El comienzo de cada año se presenta como una ocasión propicia para hacer un balance y hacer proyecciones o propósitos. Buena oportunidad para pedir perdón por lo que no hicimos, por el amor que faltó; buena ocasión para dar gracias por todos los beneficios del Señor.

Una verdad inherente a nuestra existencia terrena es nuestra condición de peregrinos. La vida en sí misma la entendemos, desde la fe, como una peregrinación. Peregrinación al enrumbarnos, encaminarnos hacia nuestra meta: la vida en Dios y con Dios. Peregrinos porque nos encontramos "*in statu viae*", como señala el Catecismo de la Iglesia.

El camino de la vida es un camino lleno de tribulaciones y de «consuelos de Dios», de alegrías y tristezas, de luces y de sombras. Nuestra existencia se desarrolla en el tiempo, en el que nos encontramos ahora, pero también está el más allá del tiempo, la eternidad, hacia la cual se dirige nuestra peregrinación. El tiempo de cada uno es una parte importante de la herencia recibida de Dios; es la distancia que nos separa de ese momento en el que nos presentaremos ante nuestro Señor con las manos llenas o vacías. No es únicamente la sucesión de acontecimientos, es la vida desarrollada en

provecho o no. Solo ahora, aquí, en esta vida, podemos merecer para la otra. En realidad, cada día nuestro es «un tiempo» que Dios nos regala para llenarlo de amor a Él, de caridad con quienes nos rodean, de trabajo bien hecho, de ejercitar las virtudes..., de obras agradables a los ojos de Dios. Ahora es el momento de hacer el «tesoro que no envejece». Este es, para cada uno, el tiempo propicio, este es el día de la salvación, como enseña san Pablo (2Co 6, 2). Pasado este tiempo, ya no habrá otro.

De ahí que, llegados a este punto de comienzos de año, como situados en la cumbre de una montaña, vale nos examinemos de tal manera que, con mirada retrospectiva, evaluemos lo vivido, pero también, con mirada hacia el futuro, nos lancemos con ilusión y compromiso.

El tiempo parece que discurre imparable como el curso de un río. Hace pocos días, por las fiestas del nacimiento de Nuestro Señor y el fin y comienzo de año nos deseamos todo lo mejor. Queremos cambiar nuestros hábitos, forma de ser, restablecer amistades perdidas, entrar con buen pie -en definitiva- en esta oportunidad que Dios nos da con abundancia de días en el año nuevo. Porque un año nuevo es siempre, como leí hace tiempo, 365 oportunidades concedidas por el Señor. Queremos que el nuevo año sea un tiempo de Dios, con Dios. Hermosa es la lectura del día primero que nos recuerda la bendición de Dios¹.

¹Cfr. Nm 6, 22 – 27.



La bendición divina no es una cuestión de magia; Dios nos bendice, su voluntad es de bendición, pero respeta nuestra libertad, hace falta nuestra colaboración. Por eso, invocar la bendición es también tomar conciencia de la parte que cada uno debe poner. Es, como reza el refrán popular: "A Dios rogando, y con el mazo dando". O dicho de una manera más teológica en palabras de san Agustín de Hipona: "Dios, que te creó sin ti, no te salvará sin ti". Cada uno debe hacer algo. No es lo mismo ir deshojando el calendario dependiendo de nosotros mismos que, el hacerlo, teniendo como compañero de camino al Señor.

Personalmente me llama la atención que cuando los evangelistas nos narran las parábolas de los talentos, señalan que da a cada uno según su capacidad. El tiempo del que cada uno de nosotros dispone es corto, pero suficiente para testimoniar el amor a Dios, y también para llevar a buen término aquello que Dios mismo nos encomendó hacer en la existencia. Nuestra vida tiene un sentido, que lo alcanzaremos si cumplimos lo que tenemos que hacer (cfr Mc 13, 34).

Hay una sensación bastante generalizada de que el tiempo es breve, corto, se va rápido. Lo cierto es que el tiempo es una llamada continua a sacarle la mayor utilidad de cara a Dios. Haciendo ese examen, esa evaluación podemos preguntarnos si Dios está contento con la forma en que hemos vivido el año que ha pasado. Si ha sido bien aprovechado o, por el contrario, ha sido un año de ocasiones perdidas en el trabajo, en el apostolado, en la vida de familia; si hemos abandonado con frecuencia la Cruz, porque nos hemos quejado con

facilidad al encontrarnos con la contradicción y con lo inesperado.

Es cierto que el pasado año ha sido un año bastante particular. Nos ha correspondido vivir una pandemia cuyos efectos aún se hacen sentir. Pienso sin embargo que también ha sido una oportunidad preciosa para hacer un alto, ¡y vaya alto! Detenernos para salvar la vida, no solo evitando el contagio, salvarla de la avalancha que la arrastraba causada por la cultura hedonista, materialista. Una oportunidad para replantearnos la existencia – o clarificar las opciones – respecto a lo que es esencial.

La pandemia nos ha dado la oportunidad de examinarnos. De replantear el rumbo de esta humanidad. Al hacer un examen es fácil que encontremos, en el año que terminó, faltas a la caridad, insuficiente laboriosidad en el trabajo profesional (desde el cual estamos llamados a santificarnos y santificar a los demás, no solo a producir dinero), mediocridad espiritual aceptada y que muchas veces se convierte en el placebo que no nos cura pero sí nos detiene. Una vida cristiana demasiado cómoda, acostumbrada a las prácticas que se quedan en lo externo sin bajar a lo profundo. Una vida de apariencias, pero no de compromisos. Una vida que es, como dice el cantante, "el atajo que lleva al atasco".

Podría decirse que son muchas las cosas por las que pedir perdón, pero también desde ellas lanzarnos con ilusión al futuro, sabiendo que requerimos de un mayor compromiso. Dar giro a la existencia, proyectar el futuro mirando reflexivamente al pasado para superarlo.

Este lanzarnos al futuro nos pide comprometernos más. Como dice santa Teresa de Ávila: «Es menester sacar fuerzas de nuevo para servir y procurar no ser ingratos, porque con esa condición las da el Señor; que si no usamos bien del tesoro y del gran estado en que nos pone, nos lo tornará a tomar y nos quedaremos muy más pobres, y dará Su Majestad las joyas a quien luzca y aproveche con ellas a sí y a los otros. Pues, ¿cómo aprovechará y gastará con largueza el que no entiende que está rico? Es imposible, conforme a nuestra naturaleza, a mi parecer, tener ánimo para cosas grandes quien no entiende estar favorecido de Dios, porque somos tan miserables y tan inclinados a cosas de tierra, que mal podrá aborrecer todo lo de acá de hecho



con gran desasimiento, quien no entiende tiene alguna prenda de lo de allá»².

Cada año que pasa es una llamada para santificar nuestra vida ordinaria. Es ser y hacer santos desde las cosas de cada día. ¿Cómo? Aprovechando la existencia. Teniendo en cuenta que cada día que pasa es también un aviso de que estamos un poco más cerca del momento definitivo con Dios.

Recordemos y retomemos, asumamos las palabras del apóstol san Pablo: *“No nos cansemos de hacer el bien, que a su tiempo cosecharemos, si no desfallecemos. Por consiguiente, mientras hay tiempo hagamos el bien a todos”*³.

²Santa Teresa, VIDA 10, 3.

³Ga 6, 9 -10.



María y el santo rosario



P. Antonio Rivero, L.C.
Doctor en Teología Espiritual

Eficacia del rosario. Tres motivos por los cuales Dios no atiende a nuestras peticiones en el santo rosario: (1) no pedimos bien, (2) pedimos cosas caprichosas y que nos gustan, (3) no entendemos a Dios, cuando le pedimos y no nos da. Por eso necesitamos de la mano y la intercesión de María para que nos introduzca en los misterios de Jesús y así pedir lo que más conviene para nuestra santificación, la santificación de la Iglesia y la conversión de los pecadores.

MISTERIOS GOZOSOS DEL SACERDOTE

Nuestra vida sacerdotal está llena de gozos santos y profundos

1. El gozo de ser yo mediador para encarnar a Cristo en el alma de tantas personas.
2. El gozo de portar a Cristo a tantos hogares como María a su prima Isabel, para que salten de gozo por la presencia de Cristo que les llevo.
3. El gozo de hacer nacer y crecer a Cristo en el alma al dar la Comunión en cada misa.
4. El gozo de ofrecerme a Dios todos los días en cuerpo y alma en el templo de la oración.
5. El gozo de ayudar a los hombres a recuperar a Cristo que lo perdieron por culpa del pecado.

Meditemos con frecuencia en los misterios gozosos

1. Para no perder el frescor de nuestro sacerdocio.



2. Para transmitir un cristianismo de gozo y no de tristeza, como tantos nos quieren hacer creer. Así comienza la historia del Cristianismo: "Alégrate, María".
3. Para alentar a la Iglesia en su continuo sufrir persecuciones sin cuento.

Lugares donde Dios nos hace ya partícipes de su gozo

1. En ese niño que bautizo y que comienza a ser hijo de Dios.
2. En esa alma que confieso y que sale del confesonario con el gozo de Dios en su conciencia.
3. En ese niño o niña a quien todos los años le doy la primera Comunión, y cuyo rostro me recuerda al niño Jesús en Belén.
4. En esa fraternidad sacerdotal que es fuente de



alegría y renovación de nuestro sacerdocio.

5. En esos matrimonios que se unen en el Señor y en esas familias que saben perdonarse y vuelven a comenzar.

Corremos el riesgo de perder nuestro gozo

1. Cuando miramos de reojo los gozes del mundo.
2. Cuando nos dejamos abatir por las dificultades propias de nuestro ministerio, por olvidarnos que Cristo está a nuestro lado.
3. Cuando no damos prioridad a nuestra oración, *Lectio Divina*, nuestro Breviario, aunque sea por estar haciendo otras cosas buenas y santas.
4. Cuando desgraciadamente pecamos.

Con gozo afrontaremos los desafíos del siglo XXI

1. Los tiempos actuales exigen de nosotros que seamos sacerdotes de una fe muy viva y un amor apasionado a Cristo.
2. Si la escuela no enseña religión y la familia no educa, será nuestra parroquia quien suplirá esta gran carencia.
3. Viviré el celibato con Cristo y como Cristo, sin escuchar la voz de las sirenas que hoy están

chillando pidiendo curas casados.

4. Defenderé por todos los medios la comunión presbiteral.
5. No haré caso a esos aires de falsa democracia que me invitan a discutir las órdenes de mi obispo.

Conclusión

1. La Encarnación de Cristo será motivo de profundo gozo que cantaré con mi boca y mi testimonio de fervor.
2. Sabré imitar a María en llevar a los hombres la presencia de Cristo para que salten todos de gozo en el Señor, como el niño de Isabel.
3. Prepararé el nacimiento de Cristo en Navidad con un adviento consciente y bien preparado, con un retiro de preparación para mis fieles.
4. Ofreceré cada año a Cristo, después de un serio discernimiento y acompañamiento, a algún chico de la parroquia para el sacerdocio y a alguna chica para la vida religiosa, como María ofreció a su Hijo.
5. Estaré disponible en la confesión cada día para que puedan muchos recuperar al Cristo perdido.

Preguntas

1. **¿En qué o en quién pongo mi gozo y alegría?**
2. **¿Cuáles son los gozos y alegrías de muchos hombres?**
3. **¿Soy consciente de que mi sacerdocio es motivo de gozo profundo para tantas personas? ¿Por qué?**
4. **¿Presento una Iglesia de gozo o una Iglesia sólo de preceptos?**
5. **¿Qué gozos experimento más en mi vida personal y sacerdotal?**





6. **¿Qué gozos experimentan más mis parroquianos?**
7. **¿Sé valorar el gozo de la amistad con Cristo y no la vendo por un plato de lentejas?**
8. **¿Qué hago cuando he perdido el gozo de la amistad con Cristo y el gozo de mi sacerdocio?**

APLICACIÓN PARA NUESTRA VIDA

Mi alegría debe estar fundamentada en estas realidades: He sido llamado, consagrado y enviado. Mi identidad sacerdotal debe ser una fuente continua de gozo. Mis hermanos presbíteros deberían ser también fuente de alegría sincera. Mi pueblo santo al que sirvo también renueva mi alegría sacerdotal.

MISTERIOS LUMINOSOS DEL SACERDOTE

1. ¿Qué zonas de nuestra vida necesitan más la luz de Dios: nuestra inteligencia, nuestro corazón, nuestra conciencia, nuestras pasiones y afectos?
2. ¿Qué zonas de nuestra sociedad necesitan más de la luz de Cristo donde el sacerdote debe ser proyector de esa luz: campo político, social, cultural, religioso, económico, comunicacional...?

NECESITAMOS LA LUZ DE DIOS

- Para ver la mano de Dios en los momentos de oscuridad, de decepción, de prueba, de enfermedad, de soledad, de posible eclipse. La luz de la fe.
- Para aconsejar a nuestras almas cuando se acercan a nosotros. La luz de la discreción y tino.
- Para preparar nuestras predicaciones. La luz de la claridad y convicción.
- Para tomar las decisiones importantes en nuestro ministerio y en nuestra parroquia. La luz de la prudencia.

LUGARES DONDE DIOS NOS PARTICIPA SU LUZ

1. En el Tabor de la oración y meditación de la Palabra de Dios: una oración humilde, auténtica, universal, gratuita, contemplativa, exigente, de corazón a corazón.
2. En la intimidad de la confesión: frecuente, confiada, sincera, arrepentida.
3. En el Gólgota de la santa Misa: vivida sin prisa, con unción y fervor. Ahí el cielo se abre y derrama su luz, como dijo san Juan Pablo II en *Ecclesia de Eucaristia*, sobre las nubes o nubarrones de nuestro mundo y sobre nuestra existencia gris.
4. En los oasis de los retiros y ejercicios espirituales anuales, que por nada me perderé.
5. En los descansos de las convivencias sacerdotales, a las que siempre acudiré.
6. En los mil acontecimientos adversos y prósperos de nuestro día a día. Las sorpresas de Dios nos espabilan dándonos una luz especial de Dios.

LUGARES DONDE PROYECTAMOS LA LUZ DE DIOS

- En la fraternidad sacerdotal, con mi ejemplo de alegría y entusiasmo, fe y confianza en el Señor.
- En mi parroquia, transmitiendo mi bondad y



mansedumbre a todos.

- En los bautizos que realizo.
- En los casamientos que bendigo.
- En la predicación donde llamo a la conversión de las almas; en las casas que visito, en los lugares que frecuento.
- En los montes Tabor de los retiros que organizo y a los que invito a mis almas y les enseño el arte de la oración.
- En cada cenáculo donde celebro la santa Eucaristía: la luz de Dios para entender su Palabra y traspasar los accidentes del pan y del vino para “ver” y “saborear” el cuerpo y la sangre de Cristo.
- En cada visita al Santísimo Sacramento delante de mis parroquianos.

NUESTRA LUZ INTERIOR PUEDE ESTAR AMENAZADA

1. Cuidar los lugares que frecuento, especialmente en mis vacaciones. ¡Soy sacerdote!
2. Vigilar las compañías que me visitan. Nunca esconder debajo del celemín la luz que hay en mí, por vergüenza o respeto humano.
3. Estar atentos a los libros que leo, a los programas de TV que veo y las páginas de internet que



consulto.

CUANDO FALTA LA LUZ DE DIOS...

1. **Sacerdotes miopes:** con vista cansada y ya cerrada a lo trascendente y sobrenatural, por mirar más lo terreno, por dejarse llevar por las ambiciones humanas y las tontas vanidades. La miopía nos hace ver borrosos los objetos alejados (sobrenaturales).
2. **Sacerdotes daltónicos:** que confunden los colores de la existencia humana con el peligro de ideologizar su sacerdocio y perder el sabor y el color propio del sacerdocio.
3. **Sacerdotes astigmáticos:** que ven todo disperso, sin los perfiles y contornos bien definidos y claros, conformándose con la dulce mediocridad.
4. **Sacerdotes con hipermetropía:** cuando hay un defecto de convergencia del cristalino, y por lo mismo no se afrontan los problemas con la “parresía” (audacia) propia de los primeros apóstoles.

CUANDO TENEMOS LA LUZ DE DIOS, SOMOS SACERDOTES ÁGUILAS

- Que volamos hasta el zenit de Dios, donde está el Sol que alumbra nuestra vida y sacerdocio.
- Que miramos y juzgamos todo desde Dios y al estilo de Dios.
- Que enseñamos a nuestras “crías” a volar alto y a mirar el Sol divino de frente y a dejarse quemar por sus rayos.

CONCLUSIÓN

1. Cristo es la Luz; nosotros los espejos que reflejamos esa luz.



2. Cristo es la Luz; nosotros los cables por donde pasa esa luz.
3. Cristo es la Luz; nosotros hemos sido revestidos de su luz. Seamos hombres de luz, con nuestro testimonio fiel y coherente.
4. Por donde vayamos, dejemos el rastro de la luz de Cristo.

PREGUNTAS

1. **¿En qué momentos sentimos más la luz de Dios en nuestra vida sacerdotal y ministerial? ¿Por qué?**
2. **¿En qué momentos experimentamos el eclipse de sol o de luna en nuestro sacerdocio? ¿Por qué?**
3. **¿En qué campos de nuestro mundo necesitamos llevar la luz de Cristo con más urgencia?**



3. Para madurar como personas.
4. Para acompañar a Cristo Redentor en su obra de salvación de la humanidad.
5. Para ser sacerdote fecundo, pues el dolor es moneda que compra muchas almas.

MISTERIOS DOLOROSOS

MISTERIOS DOLOROSOS DE NUESTRA VIDA SACERDOTAL

1. **¿Qué dolores estás experimentando al presente: dolores físicos, dolores morales, dolores espirituales?**
2. **¿Qué dolores te conmueven más de la humanidad?**
3. **¿Qué experimentas ante el dolor?**
4. **¿Cómo reaccionas ante tu dolor y el dolor de los demás?**
5. **¿Por qué el dolor? ¿Por qué a mí?**

Necesitamos el dolor y la cruz

1. Para demostrar que somos cristianos, seguidores de Cristo.
2. Para reparar nuestros pecados.

“Pati et contemni pro Te”. Padecer y ser menospreciado por amor a Ti.

(San Juan de la Cruz)

El valor del dolor

1. Es un don que Dios ofrece a quienes más ama. Ejemplo de santa Teresa.
2. Dios, no habiendo experimentado el dolor en su propia vida, tomó carne para experimentarlo y dar al dolor un sentido profundo, enaltecido y divino.
3. Sólo a la luz del Misterio Pascual se comprende el valor del dolor y el sufrimiento.

Lugares donde Dios nos hace sobre todo partícipes de su cruz

1. En la vivencia de nuestro celibato.



2. En el momento de la enfermedad.
3. En las pruebas morales que Dios permite: soledad, incomprensión, calumnias...
4. En las pruebas espirituales que Dios permite: noche oscura, falta de fe y esperanza.
5. En los diversos destinos desagradables a nuestra naturaleza a los que nuestro obispo nos manda.
6. En los aparentes fracasos en nuestro ministerio para probar nuestras virtudes teologales.

Lugares donde se exhala el perfume de nuestro dolor y sufrimiento ofrecido por amor

1. En la mansedumbre de nuestro trato con las personas y hermanos sacerdotes.
2. En la obediencia motivada y alegre a nuestro obispo.
3. En la caridad llena de detalles, de bondad y desprendimiento y sincero reconocimiento de los éxitos de mis hermanos sacerdotes.
4. En la paciencia ante el sufrimiento, sin quejas ni enfados.

Corremos el riesgo de aminorar nuestros dolores

1. Buscando sólo y siempre la comodidad, la vida



regalada y facilitona.

2. Poniendo cojines a cuanto nos disgusta y nos mortifica.
3. Buscando la ley del mínimo esfuerzo.
4. Huyendo de las cruces.

Cuando falta el dolor en nuestra vida

1. **Sacerdotes pigmeos:** subdesarrollados e inmaduros. El sufrimiento hace crecer.
2. **Sacerdotes quejumbrosos, protestones y rebeldes:** el dolor nos hace hombres recios, templados, fuertes, dóciles y humildes.
3. **Sacerdotes vanidosos y ridículos:** el dolor nos hace buscar sólo la gloria de Dios y el bien de las almas. ¡Cuántos sacerdotes famosos en televisión y conferencias... dejaron el sacerdocio porque se buscaron a sí mismo y cayeron en las redes de algún amorío!
4. **Sacerdotes estériles:** el sufrimiento nos hace fecundos. *"Sine sanguinis effusione non fit remissio"* (Hebr 9,22), sin efusión de sangre no hay redención, ni éxito apostólico, ni santidad. Pura fachada.
5. **Sacerdotes expuestos a todos los virus y bacterias,** siempre enfermos espiritualmente: el dolor es vacuna que nos inyecta anticuerpos.

Cuando el dolor ha tocado nuestra vida somos Cristos transfigurados:

- Plenamente felices.
- Totalmente realizados.
- Inmensamente humildes.
- Envidiablemente serenos.
- Cuajados de frutos de virtudes, de santidad personal y de fecundidad apostólica.



CONCLUSIÓN

1. Nuestros Getsemaníes deben convertirse en prenda de madurez espiritual y humana a lo largo de nuestro ministerio sacerdotal.
2. La flagelación que el mundo nos propina será ocasión para perdonar y devolver bien por mal.
3. La coronación de espinas me recordará que no debo buscar nunca coronas de laureles de éxito y reconocimiento, destinadas a secarse y pudrirse.
4. El cargar la cruz y subir el camino del Calvario me identificará místicamente con Cristo Redentor, mi objetivo primordial como sacerdote.
5. Y la muerte en la cruz de Cristo será mi mayor título de gloria, como lo fue para san Pablo.

PREGUNTAS

1. **¿Cómo solemos reaccionar frente a las cruces físicas**, enfermedades, molestias en la salud? ¿Por qué?
2. **¿Cómo solemos reaccionar frente a las cruces morales**, malos entendidos con el obispo, el párroco, el vicario; soledad, olvido, desconsideración, calumnias, desprecios de la gente de la parroquia?
3. **¿Cómo solemos reaccionar frente a las cruces espirituales**, sensación de abandono de Dios, noche oscura del alma, desaliento, falta de fe desesperación?
4. ¿Completo en mi carne lo que falta los padecimientos de Cristo Jesús (Col 1, 24)?

MISTERIOS GLORIOSOS

1. ¿Medito con frecuencia en la eternidad?
2. ¿El meditar en el cielo me dilata el corazón y me hace más llevadera mi cruz?



3. ¿Experimento cada domingo en mi alma la resurrección de Cristo, la ascensión al cielo y la venida del Espíritu Santo sobre mí y mi parroquia?
4. ¿La presencia de María en el cielo me llena de ternura, consciente que Ella intercede por mí delante de su Hijo?

SIN LOS MISTERIOS GLORIOSOS EN EL HORIZONTE DE NUESTRA VIDA...

1. Cruel sería nuestra cruz.
2. Inhumano y "castrador" nuestro celibato.
3. Humillante nuestra obediencia.
4. Inútiles nuestros esfuerzos por trabajar en las virtudes.
5. Paranoicos nuestros desprendimientos.
6. Masoquista nuestra ascesis.
7. Palabrería tonta nuestra predicación.
8. atentado a la salud nuestro desgaste apostólico.

CON LOS MISTERIOS GLORIOSOS EN FRENTE...

1. La cruz es bendición y victoria: *"In hoc signo vinces"*.



2. El celibato es un anticipo del cielo.
3. Las virtudes serán las perlas de la corona celestial que Dios me colocará sobre la cabeza.
4. La predicación se hace una urgencia y un deber: "¡Ay de mí si no evangelizare!".
5. La vida, una peregrinación hacia la patria celestial.
6. La oración es el oxígeno en este caminar hacia Dios.
7. La ascesis es el medio de purificación para entrar en ese cielo con el mejor vestido de fiesta.

LUGARES DONDE DIOS NOS HACE YA PARTÍCIPIES DE SU GLORIA

1. En la oración diaria, donde Cristo se transfigura y nos da un atisbo y un sorbo de su gloria en el cielo.
2. En la santa misa diaria, vivida con ese afán de inmolarme con Cristo, para con mi muerte dar la vida eterna a tantas almas a mí encomendadas.
3. En el rezo de nuestro Breviario, donde uno mi voz a la alabanza de los ángeles y santos ofrecida a Cristo, esposo de la Iglesia.

LUGARES DONDE MANIFIESTO EL RESPLANDOR DE LA GLORIA ETERNA

1. En el continuo fervor con que vivo mi sacerdocio, que se refleja en mis ojos, mis gestos, mis palabras. Estoy gritando que soy ciudadano del infinito.
2. En la vivencia alegre y contagiante de mi celibato por el Reino de los cielos. El célibe ya adelanta la vida que tendremos en el cielo en presencia de Dios.
3. En ese continuo hacerme pan fresco para los demás, que se parte, se comparte y se reparte sin dejar nada para sí mismo. En ese hombre hay

destellos de eternidad.

CORREMOS EL RIESGO DE NO MIRAR PARA EL CIELO

1. Cuando nuestra vida es mediocre, tibia, rutinaria, sin mordiente apostólico y sin proyección de eternidad.
2. Cuando estamos sumergidos tanto en lo material, que olvidamos lo eterno.
3. Cuando la ambición nos aprisiona el corazón y le impide volar libre al cielo. Ejemplo de san Carlos Borromeo y Felipe Neri.

CUANDO OLVIDAMOS LA ETERNIDAD SEREMOS

1. **Sacerdotes chatos:** sin horizontes, sin programa para su propia santidad y la santidad de su parroquia.
2. **Sacerdotes cansados y aburridos:** que pasan las horas del reloj sin pena ni gloria. ¡Mira al cielo! Se consuelan con su celular.
3. **Sacerdotes tristes y desalentados:** ante los tragos amargos de la vida. ¿Por qué olvidas el cielo?
4. **Sacerdotes expuestos a las candilejas del mundo:** que brillan siempre en el proscenio del





escenario de su vida terrena y humana. ¿Y el cielo?

CONCLUSIÓN

1. La resurrección de Cristo me hace levantarme cada mañana con alegría y entusiasmo.
2. La ascensión de Cristo al cielo me dilata el corazón y me hace añorar esa patria.
3. La venida del Espíritu me impulsa, como a los apóstoles, a recorrer este mundo para que todos se salven y lleguen al cielo.
4. La ascensión de María a los cielos me llena de consuelo y ternura, al saber que me espera en la puerta del cielo.
5. La coronación de María como Reina de cielo y tierra me llena de satisfacción al saberme su hijo.

PREGUNTAS

1. ¿Pienso con frecuencia en el cielo?
2. ¿Qué hago para ganarme el cielo y ganarlo para las almas que Dios me ha encomendado?
3. ¿Me preocupa que haya hombres y mujeres que se desinteresen del cielo?

4. ¿Me llena de gozo el saberme que en el cielo seguiré siendo sacerdote?

FRASES DE SANTOS SOBRE EL SANTO ROSARIO

Una noche la Virgen se le apareció a santo Domingo de Guzmán, fundador de los dominicos en el siglo XIII, y le dijo que el arma de la que se sirvió la Santísima Trinidad para reformar al mundo, fue el saludo del Ángel, que es fundamento del Nuevo Testamento. Por tanto, para ganar para Dios a tantos corazones endurecidos el arma fundamental era el rezo del rosario. Santo Domingo puso manos a la obra y difundió tanto como pudo la devoción al rosario de la Virgen. A mediados del siglo XII, el Papa Urbano IV, modificó al Avemaría, agregando al final de la fórmula, el nombre de **Jesús**.

Desde que se empezó a propagar la devoción al Santo Rosario, por pedido de la Virgen María, muchos santos y beatos a lo largo de los tiempos han tenido una profunda devoción a esta oración mariana y ayudado a su difusión. Aquí tenemos unas frases de aquellos que crecieron en santidad con el rezo del Rosario:

1. San Pío X: *“Si quieren que la paz reine en sus familias y en su patria, recen todos los días el Rosario con todos los suyos”.*

2. San Francisco de Sales: *“Rezar mi Rosario es mi más dulce ocupación y una verdadera alegría, porque sé que mientras lo rezo estoy hablando con la más amable y generosa de las madres”.*

3. San José de Calasanz: *“Hacer saber a todos que sean devotos del Santísimo Rosario, en el que se contiene la vida, pasión y muerte de nuestro Redentor”.*

4. San Luis María Grignon de Montfort: *“La práctica del Santo Rosario es grande, sublime y divina. El Cielo nos la ha dado para convertir a los pecadores más endurecidos y a los herejes más obstinados”.*



5. San Alfonso María de Ligorio: *“Si queremos aliviar a las benditas almas del Purgatorio, procuremos rogar por ellas a la Santísima Virgen, aplicando por ellas de modo especial el Santo Rosario que les servirá de gran alivio”.*

6. San Antonio María Claret: *“Las mejores conquistas de almas que he logrado, las he conseguido por medio del rezo devoto del Santo Rosario”.*

7. San Juan María Vianney (Santo Cura de Ars): *“Con esta arma le he quitado muchas almas al diablo”.*

8. San Juan Bosco: *“Sobre la devoción de la Virgen y el rezo del Rosario se basa toda mi obra educativa. Preferiría renunciar a cualquier otra cosa, antes que al Rosario”.*

9. Santa Teresita del Niño Jesús (Teresita de Lisieux): *“Con el Rosario se puede alcanzar todo. Según una graciosa comparación, es una larga cadena que une el Cielo y la tierra, uno de cuyos extremos está en nuestras manos y el otro en las de la Santísima Virgen. Mientras el Rosario sea rezado, Dios no puede abandonar al mundo, pues esta oración es muy poderosa sobre su Corazón”.*

10. San Pablo VI: *“El rezo del Rosario exige un ritmo tranquilo y un reflexivo remanso que favorezcan en quien ora la meditación de los misterios de la vida del Señor,*

vistos a través del Corazón de Aquella que estuvo más cerca del Señor”.

11. San Josemaría Escrivá: *“Ojalá sepas y quieras tú sembrar en todo el mundo la paz y la alegría, con esta admirable devoción mariana”.*

12. San Juan XXIII: *“El Rosario es una muy excelente forma de oración meditada, compuesta a modo de mística corona”.*

13. San Juan Pablo II: *“El Rosario me ha acompañado en los momentos de alegría y en los de tribulación. A él he confiado tantas preocupaciones y en él siempre he encontrado consuelo”.*

14. Santa Teresa de Calcuta: *“Aférrate al Rosario como las hojas de la hiedra se aferran al árbol; porque sin nuestra Señora no podemos permanecer”.*

15. San Pío de Pietrelcina: *“¡Amen a la Virgen y háganla amar; reciten siempre el Rosario!”.*

16. San Juan Berchmans: *“Denme mis armas: la cruz, la corona del Rosario de la Santísima Virgen y las reglas de la Compañía. Estas son mis tres prendas más amadas; con ellas moriré contento”.*

17. San Miguel Febres (Santo Hermano Miguel): *“Un cristiano sin Rosario es un soldado sin armas”.*

18. Beato Álvaro del Portillo: *“Al desgranar el Rosario, suplicad a la Reina del Mundo por la santidad de la familia”.*

19. Beato Bartolomé Longo: *“Como dos amigos, frecuentándose, suelen parecerse también en las costumbres, así nosotros, conversando familiarmente con Jesús y la Virgen, al meditar los Misterios del Rosario, y formando juntos una misma vida de comunión, podemos*





llegar a ser, en la medida de nuestra pequeñez, parecidos a ellos, y aprender de estos eminentes ejemplos el vivir humilde, pobre, escondido, paciente y perfecto”.

20. Santo Domingo de Guzmán: *“Estás viendo el fruto que he conseguido con la predicación del Santo Rosario; haz lo mismo, tú y todos los que aman a María, para de ese modo atraer todos los pueblos al pleno conocimiento de las virtudes”.*

21. San Luis María Grignon de Monfort: *“No encuentro otro medio más poderoso para atraer sobre nosotros el Reino de Dios, la Sabiduría eterna, que unir a la oración vocal la oración mental, rezando el Santo Rosario y meditando sus misterios”.*

22. La Virgen de Fátima, primera aparición del 13 de mayo de 1917 a los tres pastorcitos: *“Rezad el Rosario todos los días para alcanzar la paz del mundo y el fin de la guerra”.*

23. Hermana Lucía, Coimbra-Portugal, 26 de Diciembre de 1957: *“La Santísima Virgen María, ha dado en estos últimos tiempos en los que estamos viviendo una nueva eficacia al rezo del Rosario, de tal manera que ahora no hay problema, por más difícil que sea, sea temporal o sobre todo espiritual, sea que se refiera a la vida personal de cada uno de nosotros o a la vida de nuestras familias, del mundo o comunidades religiosas o a la vida de los pueblos o naciones, no hay problema, repito, por más difícil que sea, que no podamos resolver con el rezo del Santo Rosario”. “La Santísima Virgen nos dijo, tanto a mis primos como a mí, que dos eran los últimos remedios que Dios daba al mundo: el Santo Rosario y el Inmaculado Corazón de María...”.*

24. Papa Pio XII: *«El santo Rosario es el remedio más conveniente y eficaz para obtener la ayuda materna de la Virgen».*

25. San Juan Pablo II: *«El Rosario, en su sencillez y*



profundidad, es un verdadero compendio del Evangelio y conduce al corazón mismo del mensaje cristiano».

26. Hermana Lucía: *“El Rosario es el arma de combate de las batallas espirituales de los últimos tiempos”.*

27. Papa emérito Benedicto XVI: *“El Santo Rosario no es una práctica piadosa del pasado, una oración de otros tiempos en los que podría pensarse con nostalgia. Muy por el contrario, el Rosario está experimentando una primavera”.*

28. San Juan Pablo II: *“Recorrer con María las decenas del Rosario, es como ir a la escuela de María para leer a Cristo, para penetrar sus secretos, para entender sus mensajes”.*

29. Dicho popular: *“Lo que no puedas resolver hablando, hazlo orando. Lo que no puedas resolver de pie, hazlo de rodillas, pues en el rezo del Santo Rosario María Santísima hará por ti lo que tu solo no puedes hacer”.*



Santa María, Madre de Dios”



P. Luis Laureán, L.C.
Licenciado en filosofía

“Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley”¹. La Anunciación a María inaugura la plenitud de los tiempos, y el instante de esa plenitud de los tiempos es cuando María dice: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”². Y el Verbo Eterno se encarnó en su seno.

Escribe fray Luis de Granada: “Después que se cumplió el tiempo que la Divina Sabiduría tenía determinado para dar remedio al mundo, envió al ángel san Gabriel a una virgen llena de gracias, la más bella y la más pura y escogida de todas las criaturas del mundo. Porque tal convenía que fuese la que había de ser madre del salvador. Y después que este celestial embajador la saludó con tanta reverencia, y le propuso la embajada que de parte de Dios traía, y le declaró de la manera que se había de obrar aquel misterio, que no había de ser por obra de varón sino por Espíritu Santo, luego la virgen con humildes palabras y devota obediencia consintió a la embajada celestial. Y en ese punto el Verbo de Dios omnipotente descendió en sus entrañas virginales, y fue hecho hombre; para que de esa manera haciéndose Dios hombre, viniese el hombre a hacerse Dios. Después de esto, pon los ojos en las virtudes excelentes de esta virgen”³.

Entre los maravillosos cuadros de grandes maestros de la pintura destaca la Anunciación de Fra



Angelico en el Museo del Prado: maravilloso cuadro, recién restaurado, que además de ser obra maestra de la pintura es un tratado de mística y espiritualidad. Con frecuencia me deleito en la contemplación de pinturas sobre la Anunciación, el Nacimiento, la Adoración de los pastores, la Adoración de los Magos. Un buen día encontré un pequeño óleo sobre madera de Luis Sahagún Cortés, tondo de 25 centímetros de diámetro, firmado y fechado en 1962. En esta pintura vemos figuras esquemáticas sin rostros definidos. El ambiente es amplio y luminoso. María está arrodillada como quien se baja de la silla y se hinca en el petate que cubre una parte del enlozado de piezas de barro rojo. La silla, de alto respaldo, es rústica, de madera y mimbre. María viste un hermoso manto azul, una blusa blanca de mangas largas, una falda de un color entre rojo y naranja; ceñida con un cinturón de tela morada; tiene la cabeza inclinada y las

¹Gal 4,4-5.

²Lc 1,38.

³Fray Luis de Granada, Vita Christi. Versión digital, pag. 9.



manos juntas en oración que expresan, al mismo tiempo, la sorpresa y perplejidad de una persona sencilla e inocente al recibir semejantes palabras: *“Alégrate, llena de gracias, el Señor está contigo”*⁴. La cabeza de María está aureolada con luz dorada y rayas blancas; una línea curva podría ser el sol de un amanecer luminoso para el mundo entero o el poder del Altísimo que cubre a María con su sombra.

El ángel que trae a María el mensaje divino le presenta en una bandeja dorada un sobre blanco resplandeciente (al primer golpe de vista me pareció ver una paloma, como símbolo del Espíritu Santo). El ángel viste una túnica amarilla, ceñida con un cinturón azul. Ante su señora se arrodilla en el pretil del muro.

El fondo del paisaje es un jardín apenas insinuado, verde y boscoso. En la lejanía se contempla una montaña y en lo alto el cielo azul con manchas de nubes blancas muy luminosas por el sol naciente.

El pintor ha añadido una pesada rueca de madera para hilar sobre una tosca mesa también de

madera. En esta pequeña pintura el tiempo se ha detenido. María está a punto de responder a la voluntad de Dios. Hay una luz profusa del amanecer en el paisaje y en la distancia. No hay sombras. Todo es esperanza que anuncia, después de siglos, la plenitud de los tiempos. Y María responde: *“He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”*⁵.

*“Nazareth, una aldea, una casita, y allí María, una doncella desposada, no casada, sí prometida. Entre 14 y 16 años. Llega el arcángel san Gabriel y María se admira y se asusta. ¡Qué niña tan bella, tan madura! ¡Alégrate, hija de Sión! Tú la más hermosa de las mujeres, la más bonita, la más digna, la más noble; y mujer enteramente de Dios. ¡Qué ojos tan bellos, qué expresión tan candorosa, qué rubor en sus mejillas! Cómo palpita su corazón en su pecho virginal, de emoción y de sorpresa. Tal vez de angustia y temor de no saber qué ni cómo. María humilde y pobre, pero muy digna y muy noble. En un lugar apartado. Es la Inmaculada Concepción, pero ella no lo sabe. En una aldea muy apartada del mundanal ruido. ¿Cómo puede ser? “Mi alma se llena de júbilo en Dios mi salvador, porque ha puesto sus ojos en la humildad de su esclava. Dichosa me llamarán todas las generaciones”*⁶.

Y María responde: *He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.* Y se realiza la Encarnación del Hijo de Dios. Cristo comienza a ser un gameto, un óvulo que se divide una y otra vez en su vientre y se acurruca cómodamente, se alimenta y crece. Y a María, su madre, le produce mareos y antojos. La madre reza, como quien sabe guardar todo en su corazón; y le canta y le platica; y siente sus pies y sus volteretas. Es el gran misterio del Niño Dios en su seno. **EL VERBO SE HIZO CARNE Y HABITÓ ENTRE NOSOSTROS**⁷.

Cristo se hizo hombre en la virginidad de su

⁴Lc 1,28.

⁵Lc 1,38.

⁶Lc 1, 46-48.

⁷JN 1, 14.



Dios, menos que un átomo. Su grandeza está en la elección de Dios y en su respuesta: *he aquí la esclava del Señor*. El mundo era indigno de recibir a su hijo de manos del Padre, dice San Agustín. Entonces elige a María. Así Dios se vio aprisionado en el seno de María.

madre María. “Y su madre parió a su hijo primogénito y lo fajó con pañales y lo recostó en un pesebre”⁸. Qué bien aprende María a ser madre. Cómo lava a su hijo con agua tibia; cómo lo envuelve y lo faja con mimo y cariño. Las manos de María que lo toman, lo menean, lo levantan y lo visten. María, una mujer inmaculada, una jovencita palestina, una criatura frágil y al mismo tiempo fuerte; primero, en su embarazo, y, ya madre primeriza, que se deja guiar por su intuición y por su amor. Su instinto materno resuelve lo práctico, lo íntimo y personal. Su hijo es Cristo, el Ungido, el Mesías que ha nacido de sus entrañas virginales.

María vive el misterio que tiene entre sus manos con fe, no en la evidencia. Lo que abraza y alimenta es un niño igual a los demás, pequeño y frágil, que llora, y el corazón de María queda compungido. Pero es el Hijo de Dios. María, casi niña, es buena, humilde, prudente, muy hermosa. Guarda como en reserva su tesoro que es Jesús, su hijo e Hijo de Dios. Su corazón se llena de dicha y felicidad plena, de júbilo en Dios. Conserva todo en su corazón, y le da vueltas a su pensamiento, a su imaginación, como meditando. Vive en oración y contemplación. Adora a su hijo porque es el Hijo de Dios.

María, como creatura, es nada comparada con

⁸Lc 2,7.



De dignitate sacerdotali. Introducción al texto (I parte)



P. Florián Rodero, L.C.

Profesor emérito de mariología en el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum y Padre espiritual en el Pontificio Colegio Internacional Maria Mater Ecclesiae.

Introducción

El sacerdote ha desempeñado siempre un papel determinante y primordial en la configuración y desarrollo de la tarea evangelizadora de la Iglesia; y en la Edad media, cuando la Iglesia inició el camino de cristianización de toda Europa, se convirtió en el gran educador de Occidente.

El proverbio latino *qualis rex talis grex* ha tenido y tiene siempre vigencia. Conocer cómo era y cómo vivía el sacerdote, es adentrarse en la misma vida de la Iglesia. Pues un catalizador de su vida tanto para el bien como para el mal es el sacerdote. Benedicto VIII en el Concilio del Ticino (celebrado entre el 1014-1024)¹ atribuye los males de la Iglesia a los sacerdotes: «estos son ¡oh cielos! los que crean desórdenes en la Iglesia. No hay peores enemigos en la Iglesia que éstos»². Así como un sacerdote santo arrastra detrás de sí a las almas al cielo: *quo sanctiores sunt eo magis alliciunt*.

Creo, pues, que es una exigencia cristiana y sacerdotal conocer la concepción que del sacerdote han tenido los Padres, cuyo estudio «fomenta»³ y «recomienda encarecidamente»⁴ el Concilio, porque contienen «riquezas espirituales que levantan a todo el hombre a la contemplación de lo divino»⁵.

1. ¿De quién es la obra?⁶

El libelo *De dignitate sacerdotali* puede considerarse opúsculo, obra, denuncia, carta o alocución (se cree que fue pronunciada) y gozó de tanto prestigio que no se dudó en atribuirlo al Ambrosiaster, es decir, al falso san Ambrosio⁷. Así aparece catalogado este libelo entre las obras del obispo de Milán, aunque por la supuesta variedad de su contenido, se ha conjeturado que el opúsculo no es obra de un solo autor.

Esto ha dado lugar a que el escrito se denomine con distintos nombres, según los diversos códices:

¹Cf. MANSI 19, 356.

²Cf. MANSI 19, 344.

³VATICANO II, *Dei Verbum* n. 23.

⁴*Unitatis redintegratio* n. 15.

⁵*Ibid.*

⁶Todas las traducciones de las referencias al Migne y al Mansi son mías.

⁷El nombre de *Ambrosiaster* se asignó a un autor desconocido del siglo IV que comentó las cartas de san Pablo y cuyo comentario se atribuyó, durante toda la Edad media, a san Ambrosio.



DIMENSIÓN HUMANA



DIMENSIÓN INTELECTUAL



Libro pastoral, *Del cuidado de los obispos, De la vida y ordenación de los Obispos, De la ordenación de los Obispos por simonía, Discurso acerca de los sacerdotes y los obispos...* El Migne lo recoge, por una parte, en el apéndice a las obras de san Ambrosio⁸; pero, por otra, siguiendo el código Mabillonius, atribuye el título *Sermo de informatione episcoporum* y su paternidad a Gerberto. E igualmente el código de la iglesia de San Marcial (en Limoges), no difiriendo en su contenido, aunque sí en el nombre, atribuye la autoría a Gerberto y titula la obra: *Discurso de Gerberto filósofo, Papa de la ciudad de Roma, por sobrenombre Silvestre, acerca de la noción de los obispos*⁹. Los eruditos han puesto de relieve esta última hipótesis, fundamentados en las palabras que encontramos al final del primer capítulo y que aluden a la elevada posición que ocupaba el autor de la obra: la cátedra de Pedro. El obispo se dirige a sus obispos y a sus sacerdotes para hacerles ver la vocación tan sublime a la que han sido llamados y para corregirles de los desórdenes que se cometen en las ordenaciones conferidas simoníacamente. El Migne, de todas formas,

no impone el que se atribuya la autoría a uno o a otro autor. Por mi parte sigo la opinión que actualmente comparte la mayoría, es decir, que el autor es el Papa Gerberto. Después de haber leído las obras de Silvestre II, me confirmo más en esta opinión.

Se discute también si el nombre de opúsculo o libelo corresponde exactamente a la entidad de la obra; o si más bien se trata de un discurso, *sermo*. Muchas de las elocuciones que aparecen al inicio darían pie para defender la noción de discurso, sin embargo, las palabras que el mismo autor emplea al final de la obra: opúsculo o discurso, pueden dar pie para cualquiera de las interpretaciones.

2. Vida del autor

La vida de este «monje filósofo»¹⁰ de Aurillac (así lo denomina el Pseudosínodo de Reims del 991) fue muy ajetreada y suscitó, en ocasiones, no pocas polémicas.

Silvestre II nació hacia el 938 en las cercanías de Aurillac, donde recibió su primera educación. Estudió en Vich en el 967 con la protección de Borrell, conde de Barcelona. Este le puso como maestro de matemáticas, para las que estaba particularmente dotado, a un obispo llamado Aitone, a quien superó en poco tiempo. Estuvo en relación con los más grandes sabios de la época. Acompañó a Borrell a Roma y éste lo puso en contacto con Juan XIII (965-972). El Papa, admirado de su ciencia, le presentó a Otón II.

⁸PL 17, 567 580.

⁹Le *Dictionnaire de théologie catholique*, XIV, Paris 1939, col 2081, no lo atribuye a Silvestre. Aunque P. Mabillonius en su segundo tomo *Veterum Anelectorum* lo atribuye a él, Migne, refiriéndose a Mabillon (sobre el testimonio del manuscrito antiguo de San Marcial de Limoges) lo deja como si fuera de él... Parece ser que lo pronunció delante de una asamblea de obispos, ya sea en un concilio o en otro lugar. Las expresiones retóricas que en él se encuentran estarían dirigidas a un público que parece estar presente. Los que lo han atribuido a san Ambrosio elogian la calidad de la obra y del autor. El Cardenal Humberto (s. XI), que escribiría algunos años después un tratado contra los simoníacos, en el cap. XVI de su libro primero (PL 143, 1040) atribuye a san Ambrosio la obra porque cita las palabras de este opúsculo. Los que creen que Silvestre II es el autor, dicen que lo pronunció como arzobispo de Reims, de Ravena o como Papa. Fliche Martin lo atribuyen al Papa Gerberto: A. FLICHE V. MARTIN, *Historia de la Iglesia*, EDICEP, Valencia 1976, vol. VII, 503.

¹⁰Cf. MANSI 19, 104.



Fue director de la escuela de Reims y con su dirección, la escuela alcanzó gran esplendor y gozó de un elevado prestigio, estructurándola ya no según el *Trivium*, sino conforme al *Quadrivium*, dado que sus preferencias se inclinaban por la aritmética, la geometría, la astronomía y la música. Estaba, además, embebido de cultura clásica y era un grande experto en la dialéctica.

El emperador le nombró abad de Bobbio a raíz del torneo dialéctico que le enfrentó al famoso sabio de entonces, Otrico de Magdeburgo, dado que la fama del monje de Aurillac había llegado hasta dicha ciudad. Después de la polémica deposición del arzobispo de Reims, Arnulfo, en el concilio de SaintBaile (991) y en la que estuvo mezclado Gerberto, oponiéndose al parecer de Roma, fue denominado Gerberto como sucesor; pero por diversos problemas de índole política y por la oposición a Roma tuvo que abandonar Reims. Fue maestro de Otón III y de Roberto, rey de los francos. En compañía de Otón III, viajó a Italia. Por la amistad con el emperador Otón III, el Papa Juan XV no tomó represalias contra el arzobispo dado que era protegido del emperador, aunque había condenado a todos los que participaron en la deposición de Arnulfo. Después



de su viaje por Italia se retiró a Alemania, acompañando a Otón III, hasta que Gregorio V le nombró arzobispo de Ravena (998). Fue un grande promotor de la reforma eclesiástica en su diócesis.

El 2 de abril de 999 fue elegido Papa (primer francés que ocupó la sede de san Pedro), sucediendo a Gregorio V. Al escoger el nombre de Silvestre, pensaba en restaurar, juntamente con el emperador, como unos nuevos Silvestre y Constantino, la monarquía universal. Así, de ser el «primer protagonista del galicanismo eclesiástico»¹¹, pasó a gobernar la Iglesia universal. La aversión que existía en Roma contra el emperador le obligó a huir temporalmente de la ciudad, a donde volvió después de la muerte del emperador.

Luchó por restablecer la disciplina eclesiástica y contra la simonía¹²; de ahí que se le atribuya, aunque no con el consentimiento de todos, la obra *De dignitate sacerdotali* o *Sermo de informatione episcoporum*. El presente opúsculo sería la primera manifestación o, al menos, el primer esbozo de la reforma gregoriana. Fue un Papa que brilló no sólo por sus cualidades de pensador y escritor sino también como Papa. Y, paradójicamente, dados sus precedentes, se convirtió en un defensor firme de los derechos de la Sede Apostólica. Consecuente con este principio, repuso a Arnulfo en la sede de Reims.

Había aprendido en España la nigromancia y por sus conocimientos de astronomía y afición al estudio de los astros, se dice que tenía trato familiar con el demonio y que, siendo ya pontífice, le consultó sobre la duración de su vida, a lo que el demonio le respondió que no moriría sin antes haber celebrado una Misa en Jerusalén y otras tantas cosas absurdas. Así escribía de él Benno, un pseudocardenal¹³. Los historiadores han dado demasiada fe a los escritos de este cismático, pero sus

¹¹A. FLICHE V. MARTIN, *Historia de la Iglesia*, 68.

¹²En la profesión de fe pronunciada por el Sínodo que eligió a Gerberto como arzobispo de Reims, Gerberto acepta cuanto se ha dispuesto en el mismo Sínodo y entre las condiciones que el Sínodo imponía para que un obispo pudiera ser aceptado tenía que quedar claro que era incorrupto: *incorruptus, id est spe quaestus minime electus*, PL 139, 252.

¹³Benno fue un escritor alemán del siglo XI, nombrado cardenal por el antipapa Guiberto (Clemente III), elegido por el



coetáneos no hicieron caso de esto y elogiaron la vida sabia y la actividad apostólica del Papa Silvestre.

De él cuenta Dtimarus de Mersebourg que había nacido en *occiduis regionibus* y que desde niño ya se había alimentado en las artes liberales y con toda justicia fue elegido obispo de Reims. En su elección el rey de los francos Hugo elogió las siguientes cualidades que se recogen en el acta de elección de Gerberto para la diócesis de Reims: «elegimos como arzobispo a Gerberto, maduro en edad, prudente por naturaleza, dócil, afable, misericordioso [...] elegimos a Gerberto porque conocemos su vida y sus costumbres desde que era pequeño y somos conscientes de que es una persona versada en las cosas divinas y humanas [...] determinamos y subscribimos su elección después de haber pedido consejo a todos los hombres de buen criterio»¹⁴.

A este claro elogio siguió la profesión de fe de Gerberto¹⁵ que lo acredita en favor de una opinión más cierta y en contra de lo que de él dijo el pseudo cardenal Benno.

Es verdad que él mismo dio pie en alguna ocasión para que se le tuviera como una persona entregada a las artes mágicas. Era ingeniosísimo en el inventar relojes (entre otros el reloj de péndulo) y otra serie de máquinas. Se le tenía como un hombre afortunado porque desde



los más humildes orígenes había ascendido a la cátedra de san Pedro.

Se distinguió durante su pontificado por las limosnas y por su fidelidad, aunque no fue muy bien visto por los romanos, porque con él llegó también a Roma el emperador, que se estableció en la ciudad eterna. Su estancia disgustó mucho a los romanos.

Sergio IV, su sucesor, le compuso un bellissimo epitafio y entre los elogios más sobresalientes que de él se hicieron, fue éste: supo unir la virtud a la sabiduría¹⁶.

Si se lee la abundante correspondencia con los

emperador Enrique IV en el conciliábulo de Brixen. Escribió también sátiras contra Gregorio VII. Fue muy leído y elogiado por cismáticos y protestantes.

¹⁴PL 139, 252.

¹⁵PL 139, 253.

¹⁶El epitafio traducido dice así: «El cuerpo de Silvestre en este lugar del mundo / encontrará el Señor cuando venga al sonar de las trompetas. / A éste le hizo célebre Roma, virgen sapientísima, / cabeza del mundo y ciudad de las siete colinas. / Gerberto, en primer lugar, presidió la sede metropolitana de Reims; / de aquí mereció ser elevado a la sede de Ravena, como pastor noble y poderoso; / después de un año llegó a Roma para asumir, con el título de Papa y como pastor, el gobierno de todo el orbe. / Por la gran amistad y el mucho aprecio de que gozaba ante Otón tercero, éste le ofreció el pontificado por su fidelidad y ser solidario con sus proyectos. / Uno y otro ilustran su época con la fama de su sabiduría; / con él se alegra toda la cristiandad y temen todos los criminales. Era como el guardián de los cielos, porque tenía las llaves de Pedro del que había sido tres veces pastor (las tres sedes de Reims, Ravena y Roma tienen a Pedro por patrono). / Este, que hizo las veces de Pedro, en el espacio de un lustro, / abandonó este mundo. / El mundo se quedó rígido, perdida la paz. Vacila la Iglesia triunfante y se olvida de la tranquilidad. / Sergio sacerdote y su sucesor en el solio pontificio le dedicó este lugar movido de piedad y de amor. / Quienquiera que pase delante de este túmulo / diga: Señor omnipotente, ten misericordia de él».



diversos obispos, abades, monjes y otras personas de la nobleza, nos hacemos una idea más clara y favorable de su labor como arzobispo de Reims y como Papa. Por ejemplo, en la carta dirigida al Abad Rainero nos recuerda el principio fundamental de la pastoral de un sacerdote y obispo: «El arte de las artes para un pastor es la salvación de las almas»¹⁷.

Tenía una gran preocupación por todas las iglesias y por sus pastores. En la carta dirigida a Egberto, arzobispo de Tréveris, se manifiesta solidario en sus dificultades y hace suyos los sufrimientos del arzobispo¹⁸. «Le está matando» la situación de las iglesias del Señor porque el pueblo es presa de los enemigos, escribe a Geraldo, abad de su antiguo monasterio de Aurillac¹⁹. A un obispo le avisa para que viva y se comporte de tal manera que pueda ser agradable a los ojos de Dios²⁰. Se duele por la situación de la iglesia de Jerusalén, presa de los bárbaros²¹. Sabe amonestar fuertemente, movido por santo celo, cuando una determinada iglesia se comporta

«impíamente»²² y no teme llamar «lobo rapaz» a Diderigo, obispo de Metz, cuando su conducta es indigna²³.

Son suficientes estos testimonios para percatarnos de lo imbuido que estaba del amor a la Iglesia y de su oficio como pastor²⁴.

c. Obras

Entre sus obras más notables tenemos un tratado dogmático: *Sobre el Cuerpo y la sangre del Señor*; la obra que nos ocupa en estos momentos: *Sermo de informatione episcoporum*; en la esfera profana son de su autoría: libro de Geometría, de los números, sobre astrología y numerosas cartas, y una nutrida correspondencia epistolar dirigida a obispos, abades, monjes y personajes de corte.

3. Fuentes

El opúsculo tiene dos partes bien definidas. En la primera se hacen algunas reflexiones acerca de la dignidad del sacerdocio y de la responsabilidad de los sacerdotes; en la segunda se condena la simonía.

En este apartado me referiré solamente a las fuentes de la primera parte porque el estudio que hago



¹⁷PL 139, 219.

¹⁸PL 139, 204.

¹⁹PL 139, 205.

²⁰PL 139, 261.

²¹PL 139, 208.

²²PL 139, 221.

²³PL 139, 210. En esta carta encontramos expresiones como las que emplea en el *De dignitate sacerdotali* y una llamada de atención de parecida energía en la carta *ad Azelinum Laudunensem* (Soisson), siendo ya Papa. Cf. PL, 139, 277-278.

²⁴Su tumba se encuentra en la nave izquierda de la basílica de san Juan de Letrán. Abierta el año 1648, exhaló grande perfume y se encontró su cadáver en un arca de mármol bien conservado con las vestiduras episcopales, pero al contacto con el aire se deshizo en polvo y sólo quedó la cruz de plata y el anillo episcopal. Cf. C. F. HOCK, Gerberto osia Silvestro II ed il suo seculo, Milano 1846, 143.



de la simonía, es ya, en sí mismo, un análisis de las fuentes de la herejía simoníaca. Aunque en la primera parte del opúsculo no encontremos referencias a unas fuentes explícitas, sin embargo podemos constatar la afinidad de ideas que encierra este breve tratado con los comentarios que hasta entonces se conocían en la literatura patristica y teológica²⁵, especialmente la doctrina emanada de los Concilios y Sínodos.

De estas obras se alimentaba la doctrina y espiritualidad sacerdotal y a ellas, en su brevedad, hace referencia la obra del Papa Gerberto. Creo que, queriendo sintetizar la doctrina de los cuatro primeros

capítulos del opúsculo, pueden reducirse a las siguientes ideas:

10. Modestia y atrevimiento del Papa al hablar a sacerdotes y obispos. Su reflexión es un reclamo a considerar el sacerdocio como un don para los demás que entraña, asimismo, una exigente responsabilidad.

20. Honor y dignidad del sacerdocio.

30. Reflexiones de orden ascético y disciplinar sobre el modo de vivir de los sacerdotes, basado en la primera carta a Timoteo (3,17). Encontramos, aun en la brevedad del libelo, notables influencias de los tratados que hasta entonces se habían escrito acerca del sacerdocio y que ya venían ejerciendo su influjo en la milenaria tradición de la Iglesia.

El sacerdocio, ya desde las primeras reflexiones teológicas y espirituales, es una gracia que eleva al hombre a una dignidad superior a su misma naturaleza²⁶; por eso Silvestre II ya desde el primer capítulo expresa

²⁵Entre las obras más representativas que hasta ese momento formaban un núcleo sólido y ya difundido acerca del sacerdocio, puedo enumerar las siguientes: CLEMENTE ROMANO, *Cartas* (especialmente la II a Santiago, cf. MANSI 1, 125 130 y III; *De officio sacerdotis et clericorum*, cf. MANSI 1, 130 138). ORÍGENES, *In Leviticum Homiliae*, PG 12, 405 574 (especialmente la homilía VI, 466 475); SAN BASILIO, *Sermo ob sacerdotum instructionem*, PG 31, 1685 1687; SAN GREGORIO DE NACIANZO, *Oratio II*, PG 35, 407 514; SAN JUAN CRISÓSTOMO, *De sacerdotio libri VI*, PG 48, 623 693; SAN JERÓNIMO, *Epistula ad Nepotianum*, PL 22, 527 540; SAN AMBROSIO, *De officiis ministrorum*, PL 16, 23 187; SAN AGUSTÍN, *Diversas cartas*: 31, PL 33, 88 90; 130, PL 33, 493 507; Diversos sermones 46 In Ez., PL 38, 270 295; 339 y 340, PL 38, 1480 1484; SAN LEÓN MAGNO, *Sermones del 1 al 5*, PL 54, 1141 156; SAN GREGORIO MAGNO, *Homilía 17*, PL 76, 1138 1149; *Liber regulae pastoralis*, PL 77, 9 149; SAN ISIDORO, *De ecclesiasticis officiis*, PL 83, 737 826. Otras obras que se acercan más al momento histórico de Silvestre II: *Capitularia Dagoberti regis* (año 630) cf. MANSI 17B, especialmente desde la columna 95 a la 101; *Concilio de Aquisgrán* (año 836) cf. MANSI 14, 671 733; *Concilio de Mainz*, (año 888) cf. MANSI 17A 18B, 61 72; ATÓN DE VERCELLI, *Epistula I ad Timotheum*, PL 134, 663 686; *Epistula ad Titum*, PL 134, 699 720; *Epistulae VII XI*, PL 134, 112 124; *Cánones del Sínodo de Reims* (año 991) cf. MANSI 19, 107 168; *Leges presbyterorum Northumbrensiu* (año 978) cf. MANSI 19, 67 71; *Liber legum ecclesiasticarum* (año 994) cf. MANSI 19, 179 194. Además de las referencias que irán apareciendo a lo largo del comentario.

²⁶San Juan Crisóstomo en su tratado sobre el sacerdocio consideraba tan sublime el don que superaba cualquier otra dimensión humana: «Y es que el sacerdocio, si es cierto que se ejerce sobre la tierra, sin embargo pertenece al orden de las instituciones celestes, y con mucha razón. Porque no fue un hombre, ni un ángel o un arcángel, ni otra potestad alguna creada, sino el Paráclito mismo quien ordenó este ministerio e hizo que hombres vestidos de cuerpo y sangre pudieran ejercer oficio de ángeles. Debe ser, por tanto, tan puro el sacerdote como si se hallara en los cielos en medio de las potestades angélicas» (cf. *De Sacerdotio* III 4, PG 48, 642). Por ser tan sublime, san Juan Crisóstomo lo rechazó en un principio según lo demuestra a lo largo del diálogo con su amigo Basilio en esta obra.



su temor al hablar a los sacerdotes acerca de don tan sublime, que sobrepasa sus conocimientos propios y eran muchos y sobre todo implica unas exigencias de vida cristiana nada comunes.

Es de notar cómo refleja la misma actitud de san Gregorio Nacianceno cuando éste trata de justificar su huida a la montaña para alejarse y desentenderse de la responsabilidad que entrañaba la vida sacerdotal y el ministerio:

Estas cosas [se refiere a la sublimidad del don del sacerdocio] son las que me tenían cohibido y me volvían humilde. Hasta llegar a juzgar que me sería mejor ponerme a alabar serenamente a Dios, antes de mostrarme esclarecedor de las cosas que superan mis fuerzas: la majestad, la altura y la dignidad [...] del sacerdote²⁷.

E igualmente san Basilio: «Pero si la huida de Basilio fue digna de admiración, más digna de admiración fue su vuelta»²⁸. Y del mismo modo se expresa san Gregorio Magno en la introducción a su *Regla pastoral*:

Con benigno y humilde afecto desapuebas, hermano carísimo [la obra está dirigida a Juan, obispo de Ravena], el que yo hubiera querido rehuir, ocultándome, las cargas del gobierno pastoral, sobre la gravedad de las cuales expongo por escrito en este libro todo lo que pienso, para que no les parezcan ligeras a algunos; y así, quien de ellas esté libre no las apetezca imprudentemente, y quien incautamente las apeteció tema haberlas conseguido²⁹.

Sin embargo, este temor no inhibe a Silvestre II a hablar acerca del sacerdocio y de los abusos que se venían dando en la Iglesia. Como pastor de la Iglesia siente la responsabilidad de hablar, aunque en su interior cree que es una osadía. También san Cirilo de Alejandría, al dirigirse a los sacerdotes, sentía que entrañaba cierto atrevimiento³⁰.

Una vez justificado el saludo, el Papa invita a considerar la gracia del sacerdocio, no como si fuera algo estrictamente personal, porque esta concepción sería una falsa interpretación del don, o simplemente un puro narcisismo espiritual. Emplea casi las mismas palabras con las que san Gregorio Magno habla a los sacerdotes en sus homilías sobre los evangelios:

¡Oh pastores, qué hacemos nosotros (no lo digo sin dolor) qué hacemos los que recibimos la recompensa y sin embargo no somos trabajadores, recibimos los beneficios de la santa Iglesia como nuestro salario ordinario y no



²⁷PG 35, 483.

²⁸PG 29, 40.

²⁹PL 77, 13.

³⁰«Os he escrito en algunos pasajes con cierto atrevimiento, como para reavivar vuestros recuerdos en virtud de la gracia que me ha sido otorgada por Dios, de ser para los gentiles ministro de Cristo Jesús, ejerciendo el sagrado oficio del Evangelio de Dios». Cf. De recta fide ad reginas, PG 76, 1230.



nos empeñamos en la predicación por la Iglesia eterna! Pienso cuán digno de condena es el recibir nuestra paga de trabajo y no trabajar³¹.

De estas palabras parece hacerse eco el Papa Gerberto al inicio de su discurso:

Si alguno, hermanos, recuerda las palabras con las que el Señor amonestó al siervo, porque el dinero que había recibido para hacerlo fructificar y repartirlo lo guardó para sí mismo: pues, ¿por qué no colocaste el dinero en el banco? Y así, al volver yo, lo hubiera cobrado con los intereses (Lc 19,23), ya no se reservará esta gracia del ministerio divino conferida solamente a él mismo para su uso particular, sino que hará partícipes a todos de ella [...] Hemos recibido la misión de alimentar al rebaño de Cristo; por tanto no pensemos que podemos escaparnos sin un grande riesgo de este daño que podemos causar si no vivimos conforme a esta forma determinada de vida y si no la predicamos³².

Es una llamada a la responsabilidad, a la obligación de dar buen ejemplo que es la argumentación más convincente para el pueblo. Recordemos los sermones de san Agustín sobre los pastores, comentando al profeta Ezequiel.

Cinco siglos antes San Juan Crisóstomo, en sus seis libros sobre el sacerdocio, hace una reflexión muy seria al respecto, calibrando las consecuencias que se derivan de la vida de un sacerdote poco coherente con las obligaciones que este oficio encierra:



Así, pues, como la vida ejemplar de los sacerdotes aprovecha a muchos, exhortándoles vivamente a la imitación, así sus defectos favorecen la tibieza en la práctica de la virtud y nos hacen aflojar en el esfuerzo que exige la vida de perfección. Es necesario, pues, que por todas partes brille la belleza de su alma, para que pueda juntamente alegrar e iluminar las almas de los que los miran³³.

El ejemplo ha sido siempre uno de los motivos que los Padres han manejado más frecuentemente para estimular al sacerdote al cumplimiento fiel de sus deberes sacerdotales y ministeriales. El buen ejemplo era una de las primeras recomendaciones de san Gregorio en su *Regla pastoral*:

Hay también algunos que con hábil cuidado estudian las reglas del espíritu, pero conculcan con su vida lo que profundizan con la inteligencia: enseñan de corrido lo que aprendieron, no en la práctica sino en el estudio; y, claro, lo que predicán con la palabra lo contradicen con las costumbres; de donde resulta que, marchando el pastor por los despeñaderos, la grey sigue al precipicio³⁴.

³¹ PL 76, 1142.

³² Recordemos las palabras de san Gregorio Magno en sus homilias sobre Ezequiel cuando se compara con una atalaya: «¿Qué clase de atalaya soy, que no estoy situado, por mis obras, en lo alto de la montaña?» Cf. *Homilias sobre Ezequiel XI*, PL 76, 908.

³³ PG 48, 650.

³⁴ PL 77, 15.



Porque el pastor debe por su carácter y vida sobresalir sobre todo el pueblo:

El prelado debe ser siempre el primero en obrar, para que, con su ejemplo, manifieste a los súbditos el camino de la vida y para que la grey que sigue la voz y costumbres del pastor camine guiada por los ejemplos más bien que por las palabras³⁵.

Y todo esto, según Silvestre, debe hacerlo con desinterés, purificando constantemente sus acciones e intenciones. Precisamente una de las raíces de la simonía será la falta de pureza de intención al acercarse al orden, pues en ella prevalecían frecuentemente las preocupaciones temporales. Cuando los negocios mundanos invaden el campo de lo espiritual, éste queda privado de todo valor y a merced de los intereses más bastardos. Silvestre II prepara con ello su segunda parte. Y para eso se apoya en 1Cor 10,33. El sacerdocio adquiere así su pleno significado de carisma, de don que no puede guardarse bajo el celemín, porque es luz para los demás.

San Agustín en la homilía del aniversario de su consagración episcopal decía:

¿Qué es lo que me produce cierto temor en esta responsabilidad que desempeño? El hecho de que la dignidad episcopal pueda ser un motivo de vanidad y sin embargo todo mi gozo debería ser el trabajar por vuestra salvación³⁶.

Después de esta introducción, Silvestre se dispone a comentar el tema, no sin antes encomendarse a las oraciones de sus lectores. Nótese la afinidad de las palabras del opúsculo de Gerberto con las palabras de san Agustín en la homilía del aniversario de su consagración episcopal, anteriormente citada: «Ayudadme con vuestras oraciones para que el temor que me ha impuesto esta carga me ayuden a llevarla con la misericordia del Señor»³⁷.

La dignidad y el honor sacerdotales que tanto pondera eran las realidades vividas y predicadas por los grandes Padres de la Iglesia. Dice, por ejemplo, el Papa Gerberto:

El honor y la grandeza del episcopado no pueden compararse a nada. Está muy por debajo de esta dignidad el esplendor de los reyes o la corona de los príncipes; es igual que si tú comparas el brillo del oro al del plomo (cap. II).

El orden sagrado tiene su origen, según las



³⁵PL 77, 28. El mismo Gregorio dice: «Creo, queridos hermanos, que las mayores afrentas, que pueden hacerse al Señor, provienen de sus sacerdotes que, debiendo corregir a los demás, dan ejemplo de maldad; siendo así que, no debiendo cometer pecado, inducen al pecado». Cf. *Homilías sobre los evangelios* 17, PL 76, 1146.

³⁶PL 38, 1483.

³⁷PL 38, 1483.



palabras anteriormente citadas de san Juan Crisóstomo, en el cielo. El Pseudo Dionisio lo compara con los ángeles:

La teología nos enseña que el orden sacerdotal está a la altura de los ángeles y arcángeles y principados y potestades y tronos y dominaciones y es igual a la naturaleza de los que se encuentran constantemente en la presencia de Dios³⁸.

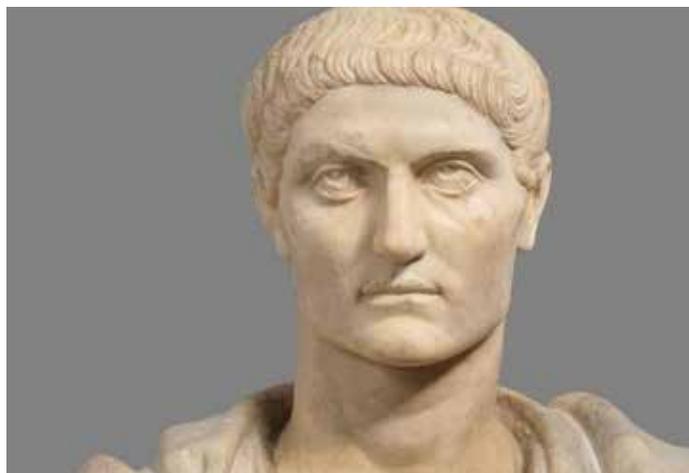
La misma forma de poner de relieve la dignidad del sacerdocio a través de comparaciones con las responsabilidades más elevadas y cotizadas en la sociedad era un modo normal de proceder³⁹. San Juan Crisóstomo había empleado frecuentemente esta manera y con los mismos ejemplos:

En efecto, si me hubiera ofrecido el mando de un ejército o sentarme en un trono real, y lo hubiera rechazado, se me podría, con razón, suponer que era un orgulloso [...] Ahora bien, habiéndome ofrecido el sacerdocio que está por encima de

todos los tronos cuanto el espíritu está sobre la carne ¿habrá quien se atreva a haberlo rehusado por soberbia?⁴⁰

San Gregorio de Nacianzo compara al sacerdote, para exaltar su dignidad, con el médico, en su famosa *Oratio II*. Encontramos en san Gregorio Magno la comparación del sacerdocio con el oro:

¡Cómo se ha oscurecido el oro del templo y mudado su color bellissimo! ¡Dispersas están las piedras del santuario por los ángulos de todas las plazas! (Lam 4,1). Porque ¿qué se significa por el oro, que sobrepuja a todos los metales, sino la excelencia de la santidad? (Se está dirigiendo a los sacerdotes) [...] ¿Qué por las piedras del santuario sino las personas consagradas por los sagrados órdenes? [...] Ahora bien, el oro se oscurece cuando la vida santa se mancha con los afectos terrenos, y se muda el color bellissimo cuando disminuye la estima que antes se tenía a algunos de quienes se juzgaba que vivían religiosamente⁴¹.



Cuando Silvestre dice: «tú mismo puedes ver cómo los reyes se someten a los sacerdotes, besan la mano y piensan que sus oraciones fortalecen sus vidas», posiblemente estaría recordando el famoso gesto, severo y lleno de dignidad, de san Ambrosio cuando exigió al emperador Teodosio I hacer penitencia pública y arrodillarse delante de él como obispo de Milán para suplicarle el perdón.

Las consideraciones de estas realidades de tal manera tenían cohibido a san Gregorio de Nacianzo que

³⁸PG 3, 371.

³⁹El capítulo XXXIV del libro segundo de las Constituciones apostólicas coloca la dignidad sacerdotal por encima del trono de los reyes y de los magistrados, porque «cuanto el alma es más excelente que el cuerpo, tanto es más excelente el sacerdocio que el reino terreno». Cf. MANSI 1, 335.

⁴⁰PG 48, 640 641.

⁴¹PL 77, 40



le impulsaron a huir del ministerio:

Sé de quién somos ministros. De dónde venimos y adónde vamos. Sé a qué altura está Dios y cuál es nuestra fragilidad humana, y lo que podemos hacer. ¿Quién de los que estamos postrados en el pecado se remontará hasta esta altura, metido en la oscuridad infernal de la carne, para contemplar con una mente íntegra aquella Mente clara y limpia, mezclando lo que se ve con estos ojos con lo que no se ve? [...] ¡Tan grande es lo que deseamos y lo que afanosamente queremos conseguir! Y tal debe ser, en consecuencia, el que acompaña a las almas en sus desposorios con Cristo, y las ama verdaderamente⁴².

Esta dignidad es un estímulo que debe espolear al sacerdote a llevar una vida conforme a tan alto don recibido y por tanto su vida debe ser un espejo de lo que es su esencia, para que no haya una dicotomía entre lo que se es y lo que se vive, entre las exigencias de la naturaleza del orden sagrado y la vida. El ejemplo en el sacerdote no es otra cosa que la manifestación de una vida coherente.

Me permito reproducir el párrafo tan denso y a la vez tan concreto que el Papa Silvestre expresa en su capítulo III:

Es mi deseo, pues, presentar a los obispos cuál es su dignidad para que sepamos quiénes somos en realidad y qué profesión desempeñamos y demos nuestra identidad más por las obras que por el solo nombre, pues el nombre debe corresponder a las obras, para que no sea el honor sublime y la vida deforme, la profesión



divina y las obras sin valor, religioso el vestido e irreligioso el fruto, la dignidad excelsa y vergonzoso nuestro comportamiento, para que no se siente en la cátedra de la Iglesia, sobresaliendo así por encima de los demás y a la vez tenga una conciencia hundida en la miseria, para que no engañemos con nuestras palabras sencillas como palomas y tengamos a la vez una mente canina, y para que no manifestemos una actitud de ovejas y tengamos la ferocidad de los lobos y no se nos achaque a nosotros lo que el Señor dijo por el profeta: ese pueblo se me ha allegado con su boca, y me ha honrado con sus labios, mientras que su corazón está lejos de mí (Is 29,13)⁴³.

Veamos lo que decía san Agustín en su sermón 339 al analizar precisamente este punto sobre la correspondencia entre lo que implica el orden sagrado y sus responsabilidades como pastor:

Hemos leído en Ezequiel cuál es la carga que debo llevar. Esta misma celebración del aniversario de mi consagración me obliga a

⁴²PG 35, 482 483.

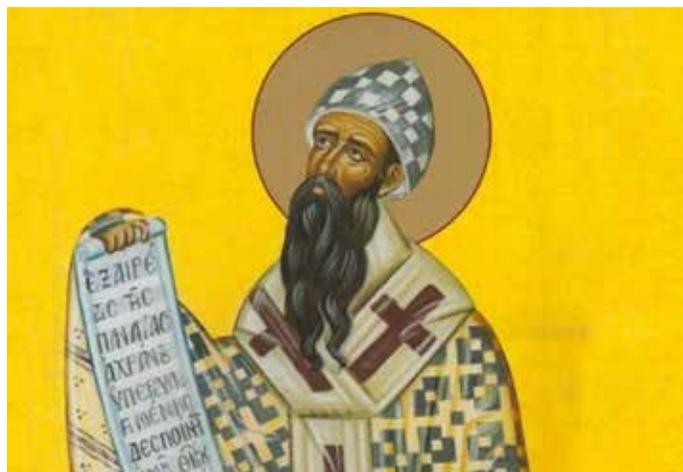
⁴³Veamos la coincidencia de las palabras acabadas de leer con las de dos santos Padres: «Episcopi vocamur, qui honoris nomen, non virtutem tenemus» (nos llaman obispos, pero lo somos solamente por el nombre y no por la virtud) cf. PL 76, 1146. «El sacerdote no debe serlo solamente por el nombre, sino por la virtud» (cf. PG 12, 474).



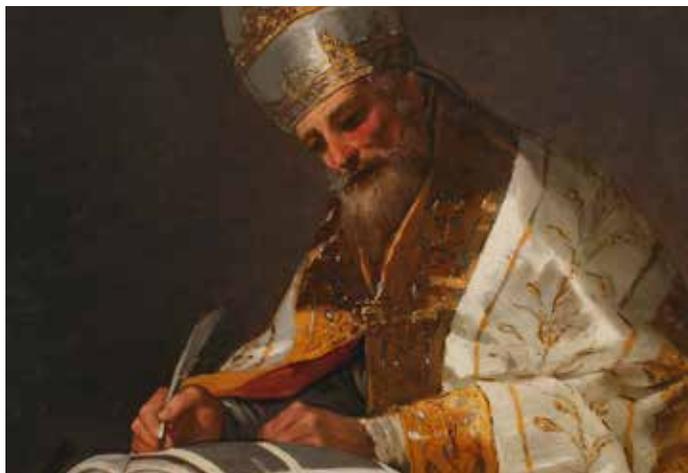
pensar en esta carga. Se han leído estas palabras que me han infundido gran temor para que medite en la responsabilidad que pesa sobre mis hombros y que de ninguna manera podría soportarla si no la llevara conmigo el mismo que me la ha impuesto. Hemos escuchado: Hijo de hombre, habla a los hijos de tu pueblo. Les dirás: Si yo hago venir la espada sobre un país, y la gente de ese país escoge a uno de los suyos y le ponen como centinela; y éste, al ver venir la espada sobre el país, toca el cuerno para advertir al pueblo: si resulta que alguien oye bien el sonido del cuerno, pero no hace caso, de suerte que la espada sobreviene y le mata, la sangre de este hombre recaerá sobre su propia cabeza. Ha oído el sonido del cuerno y no ha hecho caso: su sangre recaerá sobre él. En cambio, el que haya hecho caso, salvará su vida. Si, por el contrario, el centinela ve venir la espada y no toca el cuerno, de suerte que el pueblo no es advertido, y la espada sobreviene y mata a alguno de ellos, perecerá éste por su culpa, pero de su sangre yo pediré cuentas al centinela. A ti, también, hijo de hombre, te he hecho yo centinela de la casa de Israel (Ez 33,26) [...] Nosotros no tenemos excusa si somos negligentes en nuestro deber: «A ti te he puesto como centinela. Cuando oigas una palabra de mi boca, les advertirás de mi parte. Si yo digo al malvado: «Malvado, vas a morir sin remedio», y tú no le hablas para advertir al malvado que deje su conducta, él, el malvado, morirá por su culpa, pero de su sangre yo te pediré cuentas a ti. Si por el contrario adviertes al malvado que se convierta de su conducta, y él no se convierte, morirá él debido a su culpa, mientras que tú habrás salvado tu vida (Ez 33,89)⁴⁴.

San Cirilo de Alejandría hizo casi el mismo comentario:

El profeta Ezequiel así se dirige a los que han sido elegidos al orden sacerdotal: Hijo de hombre, habla a los hijos de tu pueblo. Les dirás: Si yo hago venir la espada sobre un país, y la gente de ese país escoge a uno de los suyos y le ponen como centinela; y éste, al ver venir la espada sobre el país, toca el cuerno para advertir al pueblo: si resulta que alguien oye bien el sonido del cuerno, pero no hace caso, de suerte que la espada sobreviene y le mata, la sangre de este hombre recaerá sobre su propia cabeza. Ha oído el sonido del cuerno y no ha hecho caso: su sangre recaerá sobre él. En cambio, el que haya hecho caso, salvará su vida. Si, por el contrario, el centinela ve venir la espada y no toca el cuerno, de suerte que el pueblo no es advertido, y la espada sobreviene y mata a alguno de ellos, perecerá éste por su culpa, pero de su sangre yo pediré cuentas al centinela (Ez 33,26). Por el valor que tienen no podemos dejar pasar la fuerza de estas palabras. Mucho nos ayudará si aclaramos el significado un tanto oscuro de esas palabras. Cuando se espera una invasión de los bárbaros, los que están al frente de la ciudad colocan en las montañas, en lugares estratégicos, a algunos para que puedan vigilar todo el campo constantemente para que, estando muy alertas, observen cuando aparezca el enemigo invasor. Si anuncian con



⁴⁴PL 38, 1481 1482.



tiempo a la ciudad las emboscadas del enemigo, son tenidos en no poca consideración; si, por el contrario, por su descuido el enemigo conquista la ciudad o tiene que sufrir [...], sobre las cabezas de estos centinelas caerán todos los castigos. Del mismo modo el sacerdote que ha sido escogido por Dios como centinela si advierte del mal que puede hacer daño a las almas que se le han encomendado, obtendrá un premio por su vigilancia. Pero si calla, hará caer sobre ellas todos los males que atraen la ira de Dios, porque con su silencio ha procurado grande daño a aquellos que había recibido para que los guiara por el recto camino con sus voces de alarma⁴⁵.

San Gregorio Magno en su homilía 17 sobre los evangelios empleó esta forma antitética de exponer la verdad del ser sacerdotal con la realidad de la vida:

No buscamos el bien de las almas, sino que todo el día nos dedicamos a nuestras cosas, anhelamos los bienes terrenos y con ansias vamos detrás de la gloria humana. Y como somos superiores a los demás y tenemos libertad para hacer lo que nos gusta, convertimos el ministerio sagrado en un

objeto de ambición y, abandonando los intereses de Dios, nos dedicamos a los negocios de la tierra. Ocupamos el puesto que nos corresponde por la santidad y después nos dejamos envolver por las preocupaciones de la vida terrena⁴⁶.

Silvestre condena esta actitud como una hipocresía: «Ese pueblo se me ha allegado con su boca y me ha honrado con sus labios, pero su corazón está lejos de mí» (cap. III). En sus palabras resuenan las de san Gregorio de Nacianzo:

Lo que me da miedo son los reproches a los fariseos y las amonestaciones dirigidas a los escribas. Debemos sobrepasarles largamente en virtud (Mt 5,20), como se nos ha prescrito, si vamos a la búsqueda del reino de los cielos: ¡qué vergüenza para nosotros si fuésemos peores que ellos, hasta el punto de oír cómo se nos trata de serpientes y de raza de víboras!⁴⁷.

El capítulo IV centra su atención en el comentario a 1 Tim 3,59, exponiendo particularmente las implicaciones que afectan a la vida del sacerdote.

En estas reflexiones se recogen muchos consejos espirituales y ascéticos que deben de inspirar y regir la vida de los presbíteros, consejos y medidas prácticas que frecuentemente hallamos en los sínodos locales y regionales. Algunas referencias a estos sínodos aparecen en la primera nota de este capítulo sobre las fuentes. El comentario de Atón de Vercelli a las cartas de san Pablo es casi contemporáneo a Silvestre II.

Me permito indicar aquí, aunque sea brevemente, algunas coincidencias y divergencias entre el capítulo

⁴⁵PG 76, 458.

⁴⁶PL 76, 1146.

⁴⁷PG 35, 479.



cuarto del libelo de Silvestre II y el comentario de Atón de Vercelli al mismo texto o a su correspondiente lugar paralelo en la carta a Tito.

Hay una disparidad de interpretación por ejemplo en el comentario a *casado una sola vez*. Dice, por ejemplo, el Papa Gerberto:

Casado sólo una vez: si nos fijamos solamente en el sentido literal, prohíbe que tenga dos mujeres⁴⁸, pero si atendemos a un sentido más noble, prohíbe que el obispo sirva a dos Iglesias; y si quieres escudriñar más profundamente estas palabras, advierte el apóstol que el obispo después de haber profesado el dogma católico no lo puede interpretar heréticamente y se adhiera a la fe ortodoxa y católica para que

pueda decirse que el obispo tiene una sola y católica Iglesia.

Esta interpretación es más simbólica. El comentario de Atón es más dogmático:

Aunque no esté prohibido que tenga una segunda mujer (se sobreentiende que válidamente), sin embargo por razón de la dignidad del obispo debe rechazar, por la misma sublimidad del orden sagrado, aun estas cosas lícitas, porque el que desea la cátedra de este orden sagrado debe ser mucho mejor que los demás⁴⁹.

Sin embargo, son muchas las coincidencias de palabra, y sobre todo de sentido. A la exhortación de san Pablo de que el sacerdote debe ser hospitalario, comenta Atón:

Ante todo, el futuro obispo debe ser hospitalario. Si todo cristiano tiene que escuchar las palabras del Evangelio: fui peregrino y me acogisteis (Mt 25,35), cuánto más el obispo cuya casa debe ser un albergue de hospitalidad. El laico cumple con su deber de ser hospitalario recibiendo en su casa a uno, dos o unos pocos; el obispo se comportará de un modo inhumano si no recibe a todos⁵⁰.

⁴⁸De suyo esta era una norma universal. Burchard en sus decretos afirma que los laicos que se han casado por segunda vez no pueden acceder al sacerdocio. Cf. PL 140,632. Las Constituciones apostólicas recomendaban esto mismo: Libro VI, cap. XVII, MANSI 1, 462.

⁴⁹PL 134, 670. Diferente también es la interpretación de: «es necesario que también tenga buena fama entre los de fuera». Atón dice lo siguiente: «Conviene que el testimonio que den los extraños de él sea bueno porque el que es fiel en lo poco lo es en lo mucho' (Lc 16,10) [...] El que en las cosas del mundo no se comporta con fidelidad en el cumplimiento de las normas cívicas, sin duda que no será idóneo para cumplir las responsabilidades divinas. Pero si es fiel a los hombres, mucho más será fiel a Dios», cf. PL 134, 671. La reflexión de Silvestre se hace más reductiva: «Es decir, entre los herejes y cismáticos que están fuera de la Iglesia católica y que presiden las reuniones profanas. A estos también se refiere el apóstol: hay que darles un buen testimonio de vida intachable y de un diálogo santo, no sea que tomen pie los enemigos para detractar al obispo y así difamen las enseñanzas de la Iglesia católica» (cap. IV).

⁵⁰PL 134, 706.



En la interpretación de Silvestre aparece la misma idea de que la casa del sacerdote debe estar abierta a todos⁵¹: «que tenga sentimientos de humana hospitalidad para el que no tenga alojamiento, y al que carece de casa ofrézcale la suya, porque no debe aprovecharse el sacerdote de las gracias que Cristo le ha dado por bondad; y así como Dios ama al que da con alegría, procure sin quejas distribuir sus bienes a los pobres».

Veamos cómo comentan ambos la palabra neófito. Atón:

Verdad es que los que son toscos en la fe, les vence la soberbia, especialmente si reciben el orden sagrado. Se hinchan con el poder y se juzgan más dignos que los demás. Viendo ya desde un inicio que se les ha conferido un grande honor, piensan que han sido llamados para ser de provecho a los demás más que para el suyo, como si el orden fuese un servicio que uno hace a la religión más que un beneficio que de él y de ella se reciben, y por ello caen en la trampa del diablo⁵².

El Papa Silvestre:

Es decir, que no haya sido convertido recientemente a la fe y no pase de un día a otro de la milicia del mundo al ministerio sacerdotal. No se acerquen éstos, pues, indistintamente al sacerdocio, no sea que por su envanecimiento caigan en los lazos del diablo.

Las razones que dan para que los sacerdotes no se den a la bebida son en el fondo casi idénticas. Dice Silvestre:

Parco no sólo en vino, sino también en vicios. No ceda a la bebida más de lo que conviene para que pueda mantenerse siempre en sus cinco sentidos. No tenga una tendencia desmesurada a beber y procure que de ninguna manera ni por apariencia se crea que el obispo es un bebedor y no suceda que después de una buena dosis de vino sucumba a los halagos de las mujeres.

Atón recomienda la moderación en el beber para que mantenga el sacerdote siempre el dominio de sí mismo:

El apóstol prohíbe al obispo ser bebedor, porque cuando bebe está poseído por los sentidos, se desborda de alegría y se ríe a carcajadas, lo cual va contra el decoro y la madurez de su cargo y, si en ese momento se acuerda de algún hecho triste, prorrumpe en sollozos y lágrimas por culpa de las demasiadas copas⁵³.

Véase también la coincidencia de las interpretaciones de Silvestre y la *Didascalia*



⁵¹ Esta era interpretación más común. «Procuren los sacerdotes atender a los peregrinos, especialmente a los más pobres y débiles y a los huérfanos y según sus posibilidades invíteles a comer y ofrézcales hospedaje» *Decretos de Burchard* CLXVI, PL 140, 653; y procuren que así se comporten los fieles, *ibíd.* CLXVIII; cf. *Francorum regum capitularia*, PL 138, 798.

⁵²Cf. PL 134, 671.

⁵³Cf. PL 134, 705.



apostolorum al versículo 4:

Pero se requiere que el obispo sea de esta manera: un hombre que ha tomado una esposa, que ha gobernado su casa con acierto. Y así que sea probado cuando reciba la imposición de las manos para que se sienta en el oficio episcopal: si él es casto, y si ha educado a sus hijos en el temor de Dios y les ha corregido y enseñado, y si su familia le teme y le reverencia, y todos le obedecen. Porque si sus familiares de sangre se le oponen y no le obedecen, ¿cómo llegarán a ser suyos y a sometérseles los que no son de su casa?⁵⁴

En un recorrido histórico sobre la vida del sacerdote a lo largo de los siglos VIII y X, pueden encontrarse abundantes referencias a las fuentes que alimentaban al papa Silvestre al tratar el problema de la simonía y al exponer sus reflexiones sobre la dignidad, la responsabilidad y la vida del sacerdote⁵⁵.

Palabras clave: Gerberto de Aurillac (Papa Silvestre II), Sacerdocio

Agradecemos a la revista Ecclesia y sus autores, el permitirnos publicar este artículo.

⁵⁴ *Didascalia apostolorum* 4; cf. SAN JUAN CRISÓSTOMO, *De Sacerdotio* III,9 10, PG 48, 646 647. Encontramos esta misma recomendación en las *Constituciones apostólicas*, Libro II, cap. II, MANSI 1, 287.

⁵⁵En otras obras del autor, por ejemplo en el tratado de *Corpore et sanguine Domini*, encontramos citados a san Hilario, san Ambrosio, san Jerónimo, san Agustín, san Cirilo, Fulgencio, Rábano Mauro, Pascasio Radberto...



Sapientia christiana: el ideal sapiencial y el origen y sentido de las universidades católicas



Manuel Alejandro Rodríguez de la Peña

Director del Instituto de Humanidades CEU Ángel Ayala.
Profesor Titular de Historia Medieval, Universidad CEU
San Pablo.

Introducción

El papel de los estudiantes y profesores de la Universidad de París en los decisivos acontecimientos de Mayo del 68, en los que un gigantesco retrato de Mao colgó de la fachada de la Sorbona, el edificio universitario más antiguo y venerable de Europa, inició una profunda reflexión sobre el origen y el sentido de la Universidad en la historiografía europea. En efecto, a partir de ese momento en Europa comienza una reflexión sobre el papel social de la Universidad,alzada en ese momento en el verdadero epicentro de la vida pública, y se constata que el estudio histórico de la institución universitaria es inseparable de las teorías sobre su identidad, su herencia, su misión y, sobre todo, su futuro¹.

De este modo, la historia de las Universidades ha renacido brillantemente en el mundo académico al compás de una nueva percepción de su utilidad social. De hecho, este retorno al estudio de los orígenes medievales de nuestra educación superior debería formar parte de una búsqueda de la auténtica esencia de la Universidad, lo que sucede por desgracia raramente

fuera de los departamentos de Humanidades.

En el actual contexto de crisis moral de Occidente al que ahora se ha sumado el ambiente casi apocalíptico de la terrible pandemia del coronavirus, llama la atención la carencia de sentido de la Universidad contemporánea,



¹DCf. P. TAMBURRI, «Treinta años de historiografía francesa sobre la cultura universitaria medieval (1968-1998)», *Cuadernos del Instituto Antonio de Nebrija* 3 (2000), 262. Entre estas obras cabe destacar dos estudios de J. VERGER (*Les Universités au Moyen Age*, Paris 1973 y *Les gens de savoir en Europe à la fin du Moyen Age*, Paris 1997) y uno de J. LE GOFF (*Les intellectuels au Moyen Age*, Editions Du Seuil, Paris 1957).



una institución que debería liderar la búsqueda de respuestas y que, en cambio, está tan desconcertada y desorientada como el que más. Cabe ahora más que nunca preguntarse por el auténtico origen y esencia de la Universidad, por sus raíces más profundas, de cara a comprender mejor qué es lo que echamos realmente de menos hoy en nuestros campus.

Hace ya más de ocho siglos nacieron las primeras universidades en el Occidente medieval, París, Salerno y Bolonia. Estamos hablando, por tanto, de una institución milenaria. En palabras de Sir Richard Southern, «a pesar del desprecio generalizado con que se la miró a partir del Renacimiento, debería reconocerse que la enseñanza de las universidades medievales ha influido poderosamente en el pensamiento y la conducta de la mayoría de los habitantes de Europa occidental hasta el siglo XX»².

Hay que recordar que actualmente en Europa existen 85 instituciones cuya existencia podemos rastrear en tiempos anteriores al Renacimiento. De ellas, nada menos que setenta son universidades. En sus aulas ya no encontramos solo clérigos, frailes y médicos como en el siglo XIII. Sus planes de estudio ya no se basan en el *Trivium* y el *Quadrivium* como sucedió hasta el siglo XVIII.

Sin embargo, más allá de los muchos cambios sufridos, y ciertamente no todos positivos, algunas de nuestras universidades son todavía perfectamente reconocibles como descendientes directas de aquellas que nacieron hace mil años. Pero solo algunas. Aquellas que han conservado ciertas características hoy en vías de extinción, tales como, por ejemplo, tener facultades de todas las grandes ramas del saber y ofrecer una formación humanística al conjunto de los estudiantes.

El éxito aparente de esta institución es de tal calibre y tiene tan pocos precedentes, que conviene



tenerlo siempre en cuenta cuando algún ignorante o malintencionado alude al oscurantismo de la Iglesia o a las tinieblas medievales. Posiblemente la mezcla de tres elementos de clara matriz evangélica en las primeras universidades sea la clave del triunfo rotundo de esta institución en la historia de Occidente: amor a la Verdad (*ego sum viam, veritas et vita*; Jn 14,6), difusión de esta Verdad (*euntes ergo docete omnes gentes*; Mt 28,19) y gratuidad de esta Verdad (*quod gratis accepistis gratis date*; Mt 10,8). De estos tres principios viene la yuxtaposición típica de tres ámbitos respectivos en la Universidad: investigación, docencia y obra social.

En efecto, las comunidades universitarias originarias, algo caóticas en ocasiones, pero siempre muy libres, no eran amalgamas de funcionarios del saber o de docentes-burócratas. Eran complejas comunidades espirituales basadas en la *sapientia* y la *caritas* donde, si bien había arribistas y giróvagos, el tono general lo marcaban sin duda los sabios y los santos.

Para entender bien la esencia y misión de la Universidad resulta imprescindible, a nuestro juicio, bucear en sus orígenes. Y sus orígenes solo pueden ser comprendidos desde dos momentos históricos: la Atenas de Sócrates y la Europa de las catedrales. El primer momento fue el inicio de una forma de entender

²R. SOUTHERN, *Scholastic Humanism and the Unification of Europe*, Blackwell, Oxford 2001, 1.



y vivir la educación. El segundo fue el nacimiento de la Universidad como institución única e irrepetible en la historia universal.

1. La *paideia* socrática y el origen del humanismo clásico

La exigencia ateniense de una *areté* (excelencia) fundada en el conocimiento ya había dado lugar en el siglo V a.C. al movimiento educador más importante del mundo antiguo, la sofística, que tendría «una importancia incalculable para la posteridad»³.

Los sofistas griegos enseñaban, a cambio de dinero, además de la oratoria y la dialéctica, un gran elenco de saberes prácticos, pero no educaban para la virtud en su dimensión ética, ya que consideraban que 'lo bueno', το *αγαθόν*, era todo aquello que significaba poder, belleza, riqueza o heroísmo, mientras que 'lo malo' era la pobreza, la debilidad o la fealdad. La dimensión ética de una bondad apoyada en la debilidad o la humildad no había hecho aún aparición en la Antigua Grecia. Su enseñanza, imbuida de un cínico pragmatismo y de un



cierto humanismo relativista, era completamente amoral.

Con esta enseñanza mercantilizada y pragmática rompió la figura gigantesca de Sócrates, «una de las figuras imperecederas de la historia que se han convertido en símbolos»⁴. Su muerte en defensa de sus convicciones hizo que la posteridad medieval y renacentista le tributara la corona de mártir precristiano (*anima naturaliter christiana*) en tanto que primer apóstol de la virtud. De hecho, las figuras de Sócrates y Cristo han sido comparadas por no pocos filósofos debido a la similitud en la forma heroica en que ambos murieron *in testimonium veritatis*⁵.

Por citar solo un nombre, Joseph Ratzinger, pocos meses antes de ser elevado al solio pontificio, planteaba el papel fundante de Sócrates para el *logos* cristiano en un importante discurso ante el Senado Italiano (27 de octubre de 2004):

Hay dos cosas que debemos defender como gran herencia europea. La primera es la racionalidad, que es un don de Europa al mundo, también querida por el Cristianismo. Los Padres de la Iglesia han visto la prehistoria de la Iglesia no en las religiones, sino en la filosofía. Estaban convencidos de que los *semina verbi* no eran las religiones, sino el movimiento de la razón comenzado con Sócrates⁶.

Sócrates se enfrentó a los sofistas con la palabra y con su propia forma de vida marcada por la ejemplaridad, la austeridad, la sencillez y la entrega desinteresada a educar a todo aquel que lo pidiera. Ciertamente, la educación sofística para formar en una *techné*, en una técnica para ejercer una profesión, no podía compararse

³W. JAEGER, *Paideia. Los ideales de la cultura griega*, FCE, Madrid 1957, 263.

⁴W. JAEGER, *Paideia*, 389.

⁵Entre ellos, sin duda, Erasmo de Rotterdam es el más importante. Entre los filósofos españoles que han hecho esta comparación cabe destacar a Salvador de Madariaga, quien en su discurso al recibir el Premio Carlomagno (año 1973) proclamó a Europa hija de ambos: «Sócrates enseñó a Europa la libertad de pensamiento; Jesucristo, el respeto a la persona humana».

⁶*Il Foglio*, 27 Ottobre, 2004. Cf. P. BLANCO SARTO, «Logos. Joseph Ratzinger y la historia de una palabra», *Límite. Revista de Filosofía y Psicología* 14 (2006), 80.



con la educación total en espíritu y cuerpo postulada por Sócrates y sus continuadores, fundada en una concepción universalista del Hombre.

Ni su linaje, ni su clase social, ni su aspecto exterior, predestinaban a este hombre feo a congregarse en torno suyo a los jóvenes de una Atenas hedonista entonces obsesionada con la belleza juvenil de los atletas y con la excelencia aristocrática. Por si ello fuera poco, Sócrates era un ser humano paradójico. Antiguo combatiente distinguido en el campo de batalla parecía aborrecer la violencia; hombre del pueblo, parecía ser adversario de la democracia ateniense; amigo de los hombres más ricos de la Ciudad, vivía en la pobreza manteniendo a duras penas a su familia; gran orador, rehuía las grandes asambleas y los tribunales de justicia, prefiriendo la conversación dialogada en grupos reducidos.

A pesar de ello, lo más escogido de la juventud ateniense, entre los que se cuentan nombres tan famosos como Alcibiades, Platón o Jenofonte, terminó abandonando los gimnasios para congregarse a su alrededor, fascinada con su carismática figura. Al final de su vida era tan famoso en Atenas como Pericles.

Pero corremos aquí el peligro de enfocar su figura a través del medio que nosotros llamamos *filosofía*. Lo que él llamaba φιλοσοφία iba mucho más allá de un método o un cuerpo de doctrinas: era toda una forma de vida. Como sucede con los profetas, no es posible separar la doctrina socrática de la propia vida de Sócrates⁷.

Ante la asamblea de Atenas que le condenó a muerte, Sócrates hizo una auténtica profesión de fe filosófica: «Jamás, mientras viva, dejaré de filosofar». ¿Y qué era *filosofar* para Sócrates? Filosofar consistía en buscar, enseñar y practicar la virtud, la *areté*. No se trataba de hacer dinero enseñando a los ricos como hacían los sofistas o indagar oscuras doctrinas como hacían entonces otras escuelas filosóficas. Se trataba, en definitiva, de convertir a la sabiduría en una forma de vida virtuosa y no en un intelectualismo.

Leemos en la *Apología de Sócrates*: Sabed que así me lo ha ordenado Dios: «todos mis desvelos se reducen a moverme por ahí, persuadiendo a jóvenes y a viejos de que no se preocupen tanto ni en primer término por su cuerpo y por su fortuna como por la perfección de su alma»⁸.

En este sentido, se ha señalado que la grandeza de Sócrates no puede medirse con las pautas de los pensadores teóricos, en realidad parece que fue «un maestro de virtud» que creó una nueva actitud vital que podemos llamar *humanismo*, una voluntad ética inquebrantable de hacer el bien de forma desinteresada y a cualquier precio, hasta dar la vida si fuera necesario, y alcanzar así la *αυταρκεια*, el dominio sobre uno mismo.

Esta misión educadora, este ‘cuidado de las almas’ como él lo llamaba, de aquellos a los que formaba en la virtud no era otra cosa para Sócrates que «un

⁷Cf. W. JAEGER, *Paideia*, 413.

⁸PLATÓN, *Apología de Sócrates*, 30a, ed. E. Lledó, *Diálogos de Platón*, Gredos, Madrid 1985; cf. W. JAEGER, *Paideia*, 415.



servicio a Dios (*Theos*)»⁹ que le hablaba a través de un *daimon*, una voz interior, genio o espíritu divino¹⁰. No en vano, uno de sus discípulos, Jenofonte, le describe como «un mensajero de la divinidad»¹¹.

Además de ser percibido por su círculo como un 'mensajero de la divinidad', Sócrates no llevaba la vida acomodada de un pedagogo asalariado o de un sofista, muy al contrario, su austeridad y pobreza voluntarias eran las propias de un asceta o un profeta oriental. En efecto, según Jenofonte, Sócrates era un hombre que, además de lo que ya se ha dicho, era en primer lugar el más austero del mundo para los placeres del amor y de la comida [...] nunca fomentaba la codicia en sus discípulos, pues además de liberarles de otras apetencias no intentó cobrar dinero a los que deseaban su compañía. Rodeándose de esta abstención pensaba que aseguraba su libertad. En cambio, a los que aceptaban un salario por su conversación les acusaba de venderse como esclavos, porque se obligaban a conversar con aquellos de quienes recibían dinero. Se sorprendía de que hiciera

dinero uno que predicaba la virtud, en vez de pensar que la mayor ganancia era adquirir un buen amigo¹².

En la *Apología* debida a la pluma de Platón, Sócrates también hace suyo este ideal de pobreza ascética que parece ser parte esencial de su misión pedagógica:

Si cuando yo estaba hablando y me ocupaba de mis cosas, alguien, joven o viejo, deseaba escucharme, jamás se lo impedí a nadie. Tampoco dialogo cuando recibo dinero y dejo de dialogar si no lo recibo, antes bien me ofrezco, para que me pregunten, tanto al rico como al pobre, y lo mismo si alguien prefiere responder y escuchar mis preguntas [...] ¿Qué merezco sufrir o pagar porque en mi vida no he tenido sosiego, y he abandonado las cosas de las que la mayoría se preocupa, los negocios, la hacienda familiar...?¹³.

Esta forma de vida ascética le merecía el desprecio de los sofistas. Uno de ellos, Antifonte, se lo reprocha en una diatriba que reproduce Jenofonte: Sócrates, yo creía que los que se dedican a la filosofía llegan a ser más felices, pero lo que me parece es que tú has conseguido de la filosofía el fruto contrario. Al menos estás viviendo de una manera que ni un esclavo le aguantaría a su amo un régimen como éste: comes los manjares y bebes las bebidas más pobres, y la ropa que llevas no solo es miserable, sino que te sirve lo mismo para invierno que para el verano, no llevas calzado ni usas túnica¹⁴.



⁹W. JAEGER habla aquí de 'servicio a Dios' con mayúscula intuyendo un henoteísmo filosófico en el pensamiento socrático (*Paideia*, 416). No en vano, a ojos de Jaeger, Sócrates es el auténtico padre de la metafísica occidental (*Ibid.*, 402). A diferencia de Platón, Jenofonte utiliza en sus Recuerdos de Sócrates la expresión neutra 'la divinidad' (*to daimonion*) en lugar del masculino 'el dios' (*ho daimon*) para denotar la procedencia de las señales a las que obedecía Sócrates.

¹⁰Cf. PLATÓN, *Apología de Sócrates*, 40a.

¹¹JENOFONTE, *Recuerdos de Sócrates*, I, 1, 5, ed. J. Zaragoza, Gredos, Madrid 1993, 20.

¹²JENOFONTE, *Recuerdos de Sócrates*, I, 2, 2-7, ed. cit., 25-26.

¹³PLATÓN, *Apología de Sócrates*, 33a-33b y 36b-36c.

¹⁴JENOFONTE, *Recuerdos de Sócrates*, I, 6, 2-3, 53.



En definitiva, estamos ante un personaje con un perfil marcadamente espiritual o religioso, antes que ante un intelectual 'secular'. Como destaca Jaeger, el concepto griego de 'servicio divino' (το θεω υπηρεσία) es similar al *deos colere* latino y tiene implicaciones cúlticas, lo que significa que a fin de cuentas Sócrates «consideraba su acción de educador como una especie de culto»¹⁵. Yendo aún más allá, Jaeger concluye que «el discurso de Sócrates en que dice que se debe obedecer a Dios más que al Hombre encierra, indudablemente una nueva religión»¹⁶.

¿En qué consistiría esta nueva 'religión' socrática, si es que podemos llamarla así? Parece plausible afirmar que estamos ante una ética espiritual marcada por la compasión y el rechazo de la violencia. La piedad socrática, marcada por la filantropía y la renuncia a toda venganza, tienen mucho en común con el legado moral de los profetas del Antiguo Israel. De hecho, lo que Gregory Vlastos ha catalogado como 'piedad socrática' (*Socratic piety*)¹⁷ supone el comienzo en Occidente de una moral de la compasión que, a través de las escuelas estoica y cínica, desembocaría en el Cristianismo, donde se fusionaría con la tradición de la misericordia bíblica (*hesed*).

El Cristianismo, no obstante, superó el legado socrático debido a su universalidad. La ética socrática y platónica rechazaba al bárbaro y al esclavo como 'otra humanidad' y se centraba exclusivamente en la *polis*. En palabras de Werner Jaeger «solo bajo el Cristianismo se logró lo que el Sócrates platónico había predicado en balde a los griegos. No fue el estado antiguo, ni fue tampoco la idea nacional helénica del siglo IV, sino la comunidad de fe de una religión universal, de ámbito extensivo a todos los pueblos, la que sentó las bases que hicieron posible realizar en parte los postulados de Sócrates y Platón»¹⁸.

2. El ideal sapiencial cristiano

En su *Historia Eclesiástica*, Eusebio de Cesarea, el primer historiador cristiano, describía de ésta algo sorprendente que forma parte de los primeros tiempos de la predicación de los Apóstoles: «Efectivamente, muchos de los discípulos de entonces, heridos en sus almas por la Palabra divina con un amor muy fuerte a la filosofía, primeramente cumplían el mandato salvador repartiendo entre los indigentes sus bienes, y luego emprendían viaje y realizaban obra de evangelistas»¹⁹.

Ciertamente, resultará cuanto menos chocante al lector avisado esta mención de «un fuerte amor a la filosofía» como aquello que habría *herido* las almas de los Apóstoles. Desde luego, Eusebio de Cesarea no era un hereje gnóstico. Por tanto, cabe preguntarse si realmente en la tradición paleocristiana encajaría esta afirmación implícita de Eusebio: Jesucristo en tanto que *Logos* habría inculcado el amor a la filosofía entre sus discípulos, traducándose este filosofar en la asistencia a los necesitados propia de la *caritas* y en la labor evangelizadora propia de la *veritas*.



¹⁵W. JAEGER, *Paideia*, 416, n. 64.

¹⁶W. JAEGER, *Paideia*, 457: Dios con mayúscula en la edición original.

¹⁷Cf. G. VLASTOS, *Socrates. Ironist and Moral Philosopher*, Cambridge University Press, Cambridge 1991, 157-178.

¹⁸W. JAEGER, *Paideia*, 655.

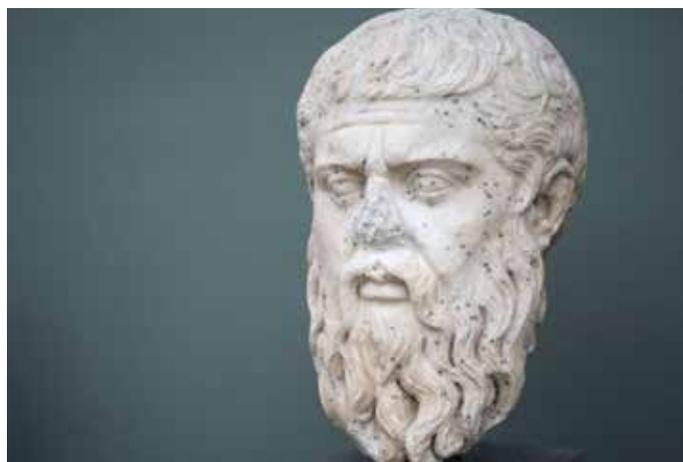
¹⁹EUSEBIO DE CESAREA, *Historia Eclesiástica*, III, 37, 2, ed. A. Velasco-Delgado, BAC, Madrid 2001, 187.



Obviamente, si tomáramos esta afirmación en el sentido de un *filosofar* de corte aristotélico y no socrático, sin duda chocaría con la realidad sociológica del Colegio Apostólico, formado en su mayoría por gente sencilla, cuando no pescadores analfabetos (*agrammatoi*). Sin embargo, lo cierto es que Eusebio de Cesarea estaba bebiendo en fuentes genuinamente bíblicas y patrísticas a la hora de elaborar esta extraña construcción de unos Apóstoles-filósofos.

En realidad, la compleja concepción cristiana de la Sabiduría, tal como quedó definida en la Patrística latina, integraba plenamente, *more socratico*, una forma de vida marcada por la compasión, la humildad y la pobreza, junto con una doctrina ética y espiritual. Y es que era deudora de dos fecundas tradiciones culturales que se fusionaron: por una parte, el ideal didáctico antropocéntrico de la Antigüedad Clásica, resumido en el lema *nosce te ipsum*: «conócete a ti mismo», y, por la otra, el espíritu humanista de los libros sapienciales del Antiguo Testamento, que combinaban una ética de la compasión con una rotunda fundamentación teocéntrica. Tal y como escribió un Padre de la Iglesia, San Justino Mártir, Moisés y Platón se daban la mano en este ideario sapiencial, aportando uno la *hebraica veritas* de los profetas y el otro la *graeca veritas* de los filósofos. De hecho, San Justino no dudó en proclamar a Platón «el Moisés del Ática» (*Moses attikon*).

Charles Cochrane, en este sentido, llegó a calificar como «la primera filosofía católica» el pensamiento idealista de Platón²⁰. En efecto, la Iglesia habría construido un hogar duradero para el espíritu y la filosofía ante el fracaso del neoplatonismo a la hora de edificar para el Imperio tardorromano una religión mística apoyada en el paganismo helénico. De esta matriz a un tiempo platónica y bíblica, que alcanzó su cenit en la obra de la Escolástica del siglo XII (antes de



que la recepción del Aristóteles latino modificara el enfoque de la cuestión), nacería el primer humanismo cristiano, muy anterior al de Renacimiento italiano.

Lo cierto es que el papel de los obispos cristianos, líderes del mundo romano de la Antigüedad Tardía ante el derrumbamiento progresivo del Imperio, fue el de una auténtica aristocracia intelectual, cabezas de una sociedad espiritual, de custodios de la Verdad que encajaría a la perfección en el esquema de la *República* platónica, donde se habla de «los filósofos guardianes del Estado». No en vano, las escuelas episcopales y claustrales fueron las únicas que resistieron el hundimiento del sistema educativo romano tras las Invasiones bárbaras, y los concilios eclesiásticos funcionaron en ocasiones como auténticos «parlamentos de sabios» que, en medio de un mundo en ruinas, custodiaban e interpretaban la sabiduría filosófica, ética y teológica²¹.

No andaba errado el profesor Piganiol cuando calificó de forma gráfica como «el triunfo de Platón» la fundación del Imperio Cristiano por Constantino el Grande, ya que «su metafísica alegorizadora, su moralidad clerical, su arte litúrgico [...] y su instrucción por medio de un Catecismo, rasgos todos ellos que anunciaban el acercamiento de los gloriosos siglos de

²⁰Cf. C.N. COCHRANE, *Cristianismo y cultura clásica*, FCE, México 1982, 352.

²¹Cf. C.N. COCHRANE, *Cristianismo y cultura clásica*, 191.



la Edad Media»²², suponían, en su conjunto, aspectos con los que el filósofo ateniense hubiera comulgado sin reservas²³.

Ahora bien, como veíamos anteriormente, este Ideal sapiencial cristiano no solo era socrático-platónico. De hecho, podemos decir que tuvo su principal punto de apoyo en los llamados *libros sapienciales* del Antiguo Testamento, gestados en el seno de la comunidad judía de Alejandría, fuertemente helenizada.

Por consiguiente, cuando en la Edad Media un Boecio, un Casiodoro, un Alcuino o un Dante combinarán en su defensa de un humanismo cristiano los libros sapienciales de la Sagrada Escritura con pasajes de los diálogos socráticos de Platón o las obras de Cicerón y Séneca, en realidad lo que hacían no era sino reunir de nuevo lo que la historia ya había unido anteriormente en la Alejandría helenística: la Razón filosófica griega y la Fe revelada hebrea.



Sin duda, el más importante de estos libros sapienciales fue el *Libro de los Proverbios* (en hebreo *Meshâlim*), una colección de máximas en verso (*mâshâl*) parte de las cuales fueron atribuidas por la tradición al rey Salomón, si bien esta atribución resulta ser genérica. En la primera parte del *Libro de los Proverbios* (IIX), presentada como exhortaciones al saber de Salomón a su hijo, aparece la alegoría sapiencial más importante para la historia del pensamiento judeocristiano. En efecto, en su interior encontramos las palabras de una Sabiduría *hipostática*, esto es, revestida del carácter de *ser personal*, individualizada en una suerte de personificación de carácter femenino de la Divinidad²⁴.

En los *Proverbios*, la Sabiduría hipostática (*Hokhmá* en hebreo) proclama que Dios la engendró al principio de todas las cosas para que detentara un principado eterno y dispusiera la Creación junto a Él:

El Señor me engendró al principio de sus obras, desde el principio, antes de que crease cosa alguna. Desde la eternidad tengo yo el principado, desde antes de los siglos, primero que fuese hecha la Tierra. Todavía no existían los abismos y yo había nacido; aún no habían brotado las fuentes de las aguas, no estaba asentada la grandiosa mole de los montes, ni aún había collados, cuando yo había nacido [...] Con Él estaba yo disponiendo todas las cosas (Pr 8,22-30)²⁵.

Fundamental para el pensamiento medieval iba a ser otro pasaje de esta primera parte de los *Proverbios*:

²²A. PIGANIOL, *L'Empire Chrétien*, PUF, Paris 1947, 401.

²³Cf. F.W. WALBANK, *La pavorosa revolución. La decadencia del Imperio Romano de Occidente*, Alianza, Madrid 1978, 137.

²⁴Hokhmá en hebreo pertenece al género femenino de igual modo que la *Hagia Sophia* griega, o la *Sancta Sapiencia* latina.

²⁵«Dominus possedit me in initio viarum suarum. Antequam quidquam faceret a principio. Ab aeterno ordinata sum, et ex antiquis antequam terra fieret. Nondum erant abyssi, et ego iam concepta eram. Necdum fontes aquarum eruperant; necdum montes gravi mole constiterant; ante colles ego parturiebar... Cum eo eram, cuncta componens». Utilizamos para este pasaje y todos los siguientes la edición de la *Biblia Vulgata* de A. Colunga, O.P., y L. Turrado (Biblia Sacra iuxta Vulgata Clementinam, BAC, Madrid 1999¹⁰).



Yo, la Sabiduría, habito en el consejo y en las cavilaciones de los eruditos. Detesto la soberbia, la arrogancia, el camino de la iniquidad y toda doblez en el hablar. A mí me pertenece el consejo, y la equidad; mía es la prudencia, mía la fortaleza. Por mí reinan los reyes, y los magistrados administran justicia. Por mí los príncipes imperan y los poderosos disciernen lo que es justo. Yo amo a los que me aman; y los que me buscan me encuentran (Pr 8,14 -18)²⁶.

¿En qué consistía la sabiduría humana con minúsculas que concedía como un don la Sabiduría divina con mayúsculas? No debe pasarse aquí por alto que hay un saber entendido como virtud moral del hombre (la *prudencia* latina, la *phronesis* griega o la *tushiyah* hebrea), un saber que es un conocimiento intelectual entendido como erudición (la *scientia* latina o la *episteme* griega), y un saber técnico y profesional, la *techné*.

Pero todas estas acepciones no agotan el significado último de la sabiduría bíblica, que las incluye todas, pero las supera. Cuando en el *Libro de la Sabiduría* (8, 17) se afirma que en «la unión con la sabiduría reside la inmortalidad» no se está refiriendo a un saber concreto sino a una forma de vida *sabia*, que Sócrates y Platón llamaron *filosofía* y los judíos 'rectitud' (*sedaka*). Esta forma de vida conducía a una comunión espiritual con la Sabiduría en tanto que persona divina, es decir, con Dios. Si se tiene en cuenta que el Verbo de Dios, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, será identificado por San Pablo tanto con el *Logos* platónico como con esa Sabiduría divina cocreadora del Cosmos de los Proverbios, se entiende perfectamente que, para la tradición cristiana, es la misma comunión con Cristo lo que se está denotando aquí.



No en vano se aseguraba en los mismos *Proverbios* (2, 6) que «la Sabiduría la da Dios, y de Su boca procede la prudencia y la ciencia» (*Quia Dominus dat sapientiam, et ex ore eius prudentia et scientia*). Por consiguiente, el hombre sabio, como ocurriera con Salomón, podía ser presentado como «amado por el Señor», lo cual era una forma segura de contarse entre los justos de Israel.

¿Mera retórica bíblica? Si se tiene en cuenta que la Biblia Vulgata fue tenida con reverencia por la civilización cristiana de la Antigüedad Tardía y la Edad Media como *Verbum Domini*, se será muy cuidadoso a la hora de minusvalorar la gigantesca influencia que estos libros sapienciales que divinizaban a la Sabiduría tuvieron en el surgimiento en Occidente del humanismo cristiano. El que en el Occidente medieval, que rechazó de plano el racionalismo, el conocimiento intelectual 'moralizado' llegara en cambio a ser tan valorado como la *pietas* o la propia *caritas*, principios más obviamente cristianos, se debió en buena parte precisamente a la autoridad de la Biblia, que vino en apoyo de los filósofos grecorromanos.

²⁶«Ego Sapientia, habito in consilio, et eruditus intersum cogitationibus. Timor Domini odit malum. Arrogantia et superbiam, et viam pravam, et os bilingue detestor. Meum est consilium et aequitas, mea prudentia, mea est fortitudo; per me reges regnant et conditores legum iusta decernunt, per me principes imperant et potentes decernunt iustitiam».



3. El renacimiento del siglo XII, el verdadero Renacimiento

Sin duda, la Edad Media fue una Edad de la Fe, una época teocéntrica dominada por el sentimiento religioso. A pesar de que este hecho en sí mismo no tiene porqué merecernos un juicio desfavorable, más bien al contrario, lo cierto es que esta definición no hace del todo justicia al Medievo. La civilización del Occidente medieval produjo una conciliación entre fe religiosa y cultura como ninguna otra antes o después.

Esto fue particularmente cierto durante los llamados *renacimientos medievales*, breves pero intensos fogonazos de ciencia y cultura a la luz de la fe cristiana. Numerosos estudios han demostrado cómo la *renovatio* de la perdida cultura clásica animó estos renacimientos medievales, siendo una tendencia de fondo del conjunto del periodo 800-1300, antes que fenómenos históricos localizados y aislados²⁷. En concreto, el último de estos renacimientos, el del siglo XII, hizo posible no solo la recuperación de los clásicos latinos, sino que también posibilitó la definitiva *translatio studii* del saber científico del Islam al Occidente latino y la consiguiente hegemonía

planetaria de la Europa posterior.

En el siglo XII se produjo un nuevo contexto social que hizo posible un despegue intelectual sin precedentes desde la Atenas de la Academia, el Liceo y la Stoa. Este nuevo contexto social fue el resurgimiento de las ciudades europeas tras siglos de profunda ruralización y economía de subsistencia en Occidente, un resurgimiento que trajo consigo no solo una nueva prosperidad sino también la eclosión de las instituciones educativas urbanas. Fue solo entonces cuando las escuelas catedrales asumieron el liderazgo frente a las escuelas claustrales, centros de la vida intelectual europea desde el siglo VII.

Fue en estas ciudades resucitadas del siglo XII, nacidas de entre las ruinas de las antiguas *civitates* romanas, donde surgieron dos figuras nuevas que habrían de cambiar la historia de Europa: el intelectual escolástico y la Universidad. La escuela claustral, el *scriptorium* y el monje copista, tipos propios de una sociedad feudal de castillos y aldeas, fueron sustituidos por los maestros universitarios, creadores de una red con nexos en todo el Continente, una auténtica comunidad internacional de sabios escribiendo y debatiendo en la misma lengua, el latín. Fueron ellos, los intelectuales escolásticos, los verdaderos protagonistas de un renacimiento que unificó culturalmente a Europa y la puso de nuevo a la cabeza del orbe en ciencia y técnica tras siglos de estar a la zaga del Islam.

Sin embargo, este nuevo contexto social y económico no explica por sí solo el renacimiento del siglo XII y el subsiguiente florecimiento de las universidades, que habrían de multiplicarse a lo largo y ancho de Europa durante los siglos posteriores. La clave hay que

²⁷En torno a los renacimientos medievales, cf. W. TREADGOLD, ed., *Renaissances before the Renaissance. Cultural revivals of Late Antiquity and the Middle Ages*, Stanford University Press, Stanford 1986; A. SAPORI, «Moyen Age et Renaissance vus d'Italie: por un remaniement des périodes historiques», *Annales E. S. C.* 11 (1956), 434-457; y F. HEER, «Die Renaissance Ideologie im frühen Mittelalter», *Mitteilungen des Institut für Österreichische Geschichtsforschung* 57/1-2 (1949), 23-81. En estos trabajos se comprueba cómo los renacimientos medievales fueron una tendencia de fondo del periodo antes que fenómenos históricos localizados y aislados.



buscarla tanto en el vigoroso movimiento asociativo de tipo corporativo que caracterizó todo el periodo²⁸ como en una actitud intelectual muy particular: el amor a la sabiduría propio del humanismo escolástico y la clara voluntad de difundirla a todos los bautizados.

En efecto, la sed de aprender, una urgencia de conocimiento *per se*, ha sido presentada como la auténtica «fuerza motriz» de este renacimiento²⁹. Registrar, conservar y transmitir la tradición cultural y espiritual precedente, era una exigencia para el hombre medieval. Por ello la función de difundir altruistamente los saberes, en tanto que *donum Dei*, es propia del sabio cristiano. Este imperativo de difundir el conocimiento atesorado por los sabios de la Antigüedad fue el verdadero espíritu de este renacimiento del siglo XII, un espíritu sapiencial abierto y nada dogmático, previo a la posterior burocratización universitaria propia de la Edad Moderna³⁰.

Un espíritu que fue sintetizado brillantemente en la famosa sentencia del maestro francés Bernardo de Chartres (m. 1130), quien afirmó en relación a la labor gigantesca de recuperación del saber de la Antigüedad que estaban realizando en esa época sus contemporáneos: «los modernos son enanos que caminan a hombros de gigantes. De esta manera vemos más y más lejos que ellos, no porque nuestra vista sea más aguda sino porque ellos nos sostienen en el aire y nos elevan con toda su altura gigantesca»³¹.

Fue entonces precisamente, por paradojas de la historia, cuando se acuñó la expresión *moderni* para designar a los escolásticos del siglo XII cuando hoy día se suele considerar que no hay nada menos moderno y más

medieval que la Escolástica. Con todo, los escolásticos del siglo XII fueron conscientes de su 'modernidad' al tiempo que buscaron protagonizar una *renovatio christiana*, otra más, de la sabiduría perdida de la Antigüedad. Por su influencia social más allá de los claustros y las aulas fueron, según ha señalado Jacques Le Goff, los primeros verdaderos *intelectuales* de Occidente³².

A estos intelectuales del siglo XII, los *moderni*, se les identificaba por su amor a los clásicos de la Antigüedad, un amor que compartieron con los renacentistas del *Quattrocento* de los que son directos antecesores. Pedro de Blois escribía, en este sentido: «no se pasa de las tinieblas de la ignorancia a la luz de la ciencia si no se releen con amor cada vez más vivo las obras de los antiguos. ¡Que ladren los perros y que gruñan los cerdos! No por eso dejaré de dedicar todos mis cuidados a los antiguos y cada día el amanecer me encontrará estudiándolos».

Por su parte, el obispo inglés Juan de Salisbury, estudiante en París y gran escolástico, aconsejaba a los



²⁸Cf. D. GERHARD, *La vieja Europa. Factores de continuidad en la historia europea*, Alianza, Madrid 1991, 49.

²⁹Cf. D. GERHARD, *La vieja Europa*, 49-50.

³⁰D. GERHARD, *La vieja Europa*, 50.

³¹«Dicebat Bernardus Carnotensis nos esse quasi nanos, gigantium humeris insidentes, ut possimus plura eis et remotiora videre, non utique proprii visus acumine, aut eminentia corporis, sed quia in altum subvenimur et extollimur magnitudine gigantea» (JUAN DE SALISBURY, *Metalogicon*, III, 4).

³²Cf. J. LE GOFF, *Los Intelectuales en la Edad Media*, Gedisa, Barcelona 1996.



estudiantes que estudiaran «atentamente a Virgilio y a Lucano, cualquiera que sea la filosofía que profeses, comprobarás que puedes acomodarla a ellos. En esta acomodación consiste la capacidad del maestro y la habilidad y celo del alumno, de forma que se obtenga el mayor provecho de la lectura de los autores antiguos».

Pero esta lectura de los Clásicos latinos no cayó nunca en la imitación, ya que el renacimiento del siglo XII se distingue del Renacimiento italiano en que rehuyó siempre el servilismo hacia la Antigüedad grecorromana, combinando siempre el legado de San Agustín con el de Cicerón y el de Virgilio con el Eclesiastés. Y es que, cuando los escolásticos pensaban en los *antiguos*, esos 'gigantes' a los que aludía Bernardo de Chartres, incluían entre ellos a los Profetas de Israel y a los Santos Padres de la Iglesia.

La Escolástica, paradójicamente, bajo su apariencia tradicionalista y dogmática, fue un momento de tremenda renovación cultural e innovación intelectual. Si bien los pensadores del siglo XII practicaron el recurso a la *auctoritas*, fingiendo siempre no haber inventado nada, en realidad fueron muy creativos y audaces a la hora de dar un paso más allá de los antiguos. Su fidelidad a la tradición nunca supuso inmovilismo.

De este modo, en el siglo XII asistimos, en expresión ya consagrada de Charles Homer Haskins³³, a un verdadero *renacimiento* del Occidente cristiano alimentado por el amor a la sabiduría de algunos y el amor a Dios de casi todos. En todos los rincones de Europa surgen bellas catedrales, se organizan ferias mercantiles y se fundan las primeras universidades (un legado del Medioevo cristiano a nuestra época). Nació entonces un espacio cultural europeo sin fronteras en torno al humanismo cristiano y articulado en torno a una lengua (el latín), un sistema escolar homogéneo (la *licentia ubique docendi* permitía aprender y enseñar en cualquier lugar de la Cristiandad) y una floreciente



comunidad académica cuyos miembros intercambiaban ideas y escritos desde París a Toledo, de Oxford a Bolonia.

Frutos destacados de este extraordinario impulso fueron la recuperación del Derecho Romano, las traducciones del *corpus* aristotélico y los tratados de la ciencia árabe (el álgebra y el número cero entraban entonces en Europa), y el impresionante edificio filosófico que fue la Escolástica, llevado a su culmen por el Tomismo. Pero la ciencia así obtenida no constituía un saber puramente especulativo, sino que conducía a la práctica de virtudes morales, necesarias a la vida del hombre. La sabiduría era no solo un atributo de la inteligencia, sobre todo era una virtud moral.

Este Ideal sapiencial lo podemos ver plasmado en las vívidas descripciones del ambiente de la primera y más grande de las universidades medievales: París. Juan de Salisbury nos ha dejado un vívido retrato de cómo era la atmósfera parisina en el año 1164: «me he dado una vuelta por París. Cuando vi la abundancia de los víveres, la alegría de las gentes, la consideración de que gozan los escolásticos, la majestad y gloria de toda la Iglesia, las diversas actividades de los filósofos, me pareció ver, lleno de admiración, la escala de Jacob cuyo extremo superior llegaba al cielo y era recorrida por ángeles que

³³Cf. C.H. HASKINS, *The Renaissance of the Twelfth Century*, Harvard University Press, Harvard, Ma. 1927.



subían y bajaban por ella».

La misma impresión causó en el abad cisterciense Felipe de Harvengt: «empujado por el amor a la ciencia he venido a París y encontrado esa nueva Jerusalén que tantos desean. Esta es la morada de David y del sabio Salomón. Hay una muchedumbre tal de escolásticos y clérigos que éstos están a punto de sobrepasar en número a la población laica. ¡Feliz ciudad en la que los santos libros se leen con tanto celo, en la que sus complicados misterios son resueltos gracias a los dones del Espíritu Santo, en la que hay tantos profesores eminentes!»

Este Ideal sapiencial cristiano que animó el renacimiento del siglo XII no solo abrió un nuevo capítulo en la historia de Occidente al convertir la transmisión institucionalizada del conocimiento «en una parte fundamental de la civilización europea»³⁴. También dio lugar a una verdadera edad de oro que no terminó hasta la crisis del siglo XIV, una «época radiante» entre períodos más oscuros que Jacques Le Goff ha calificado como «la hermosa Edad Media».

Ciertamente, la afortunada expresión de Le Goff, la *hermosa Edad Media*, hace justicia a una de las épocas más luminosas de la historia, una época de incomparable eclosión artística e intelectual, una época de unidad espiritual y cultural que configuró Europa. En cierto sentido, según llega a afirmar el mismo Jacques Le Goff, la hermosa Edad Media fue «la prefiguración de la salvación en la Tierra»³⁵. No se nos ocurre mejor forma de rendir tributo a una *Edad de Oro* que, más allá de las miserias humanas propias de todo tiempo y lugar, fue católica en el fondo y la forma.

4. Los orígenes de la Universidad en la Europa del siglo XII

Para comprender el sentido de esta afirmación

debemos bucear en los orígenes de la Universidad y hacer un viaje en el tiempo al siglo XII. Lo primero es preguntarse: ¿por qué nació la Universidad? La respuesta a esta pregunta resulta compleja, pero creo que podemos comenzar a contestarla enunciando otra pregunta: ¿cuándo y por qué nacieron los *intelectuales*?

Porque, sin duda, no hay Universidad sin intelectuales. A pesar de que una de las definiciones más bellas de las universidades medievales es aquella que las define como *las catedrales de la sabiduría*, lo cierto es que no hubo universidades en el sentido físico y arquitectónico de la palabra hasta finales de la Edad Media cuando la Universidad llevaba funcionando ya dos siglos³⁶. Y los primeros edificios universitarios propiamente dichos no fueron edificios de aulas (‘facultades’ diríamos hoy), sino lo que hoy llamaríamos “colegios mayores”, instituciones benéficas fundadas para alojar estudiantes sin recursos, siendo el creado por Robert de Sorbon el Colegio de la Sorbona de París, el más antiguo de los hoy supervivientes. Resulta significativo, en este sentido, que con el tiempo diera nombre al conjunto de la Universidad de París.

Hay que recordar que el hecho de identificar el



³⁴D. GERHARD, *La vieja Europa*, 49.

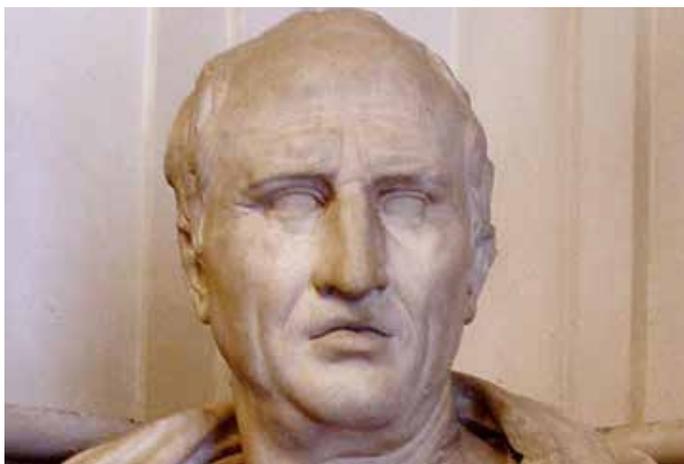
³⁵J. LE GOFF, *Una larga Edad Media*, Paidós, Barcelona 2004, 47.

³⁶Cf. J.-P. GENET, *La Mutation de l'éducation et de la culture médiévales*. Occident Chrétien (XIe siècle-milieu du XVe siècle), Seli Arslan, Paris 1999.



aulario con las facultades y, en general, con la Universidad, es algo muy reciente, fruto de la organización napoleónica de la Universidad. En el modelo pre-revolucionario se daba mucha más importancia a los *colleges* que a las *faculties*, dentro de una dinámica que ponía más el acento en la relación personal entre profesor y alumno, es decir el vínculo sapiencial maestro-discípulo, que en el armazón institucional impersonal.

Con todo, no hay que idealizar en exceso el mundo universitario medieval. Las actuales tensiones entre la genuina vocación filosófica de amor al saber y la más prosaica obtención de un título que ofrezca ventajas profesionales, ya se dieron en la universidad medieval. En una frase que se haría célebre de su *Historia Calamitatum*, el primer gran maestro universitario de París, Pedro Abelardo, expresaba su primer móvil: el afán de lucro y la ambición de fama (*pecunia et laudis cupiditas*). Ciertamente junto a casos como el suyo, que terminó por cierto con su conversión y profesión monástica, hubo también muchos genuinos buscadores de la verdad, *amatores sapientiae*. El arribista, el sabio y el goliardo (el estudiante pendenciero y vago), son tres figuras universitarias actuales que ya nos encontramos en el siglo XII. Al que no vemos por ningún sitio es al burócrata académico, figura de tardía aparición.



Hemos abordado el papel de los maestros y de los espacios de conocimiento en la universidad medieval. Pero aún falta un tercer pilar del renacimiento del siglo XII que hizo posible el nacimiento de la institución universitaria: el universalismo de los saberes, un universalismo sapiencial y humanístico apoyado en un determinado concepto de la sabiduría. La idea de universalidad del saber no era nueva, ciertamente. Procedía directamente de la tradición sapiencial cristiana construida por la Patrística a partir de la síntesis del legado de la *paideia* grecorromana y la Biblia judeocristiana.

En efecto, las obras de Platón, Aristóteles, Cicerón y Séneca, junto con los libros sapienciales del Antiguo Testamento, transmitieron a la Edad Media cristiana el ideal enciclopédico de raigambre socrática de acumular todo el saber del cielo y de la tierra, del macrocosmos y el microcosmos, en el corazón y la mente del sabio³⁷.

El renacimiento del siglo XII completaría este enciclopedismo de una manera más creativa y fecunda. Sir Richard Southern acuñó en este sentido el concepto de *humanismo escolástico* para describir la enriquecedora perspectiva humanística de las nacientes universidades que pusieron en valor tanto el bien, la verdad y la belleza de la Creación a través del redescubrimiento de la naturaleza como la propia dignidad de la persona humana³⁸.

En este sentido, la progresiva reivindicación por los maestros universitarios de la razón humana como complemento de la fe cristiana iba a encontrar en el devenir de los siglos XII y XIII uno de sus periodos más fecundos y emblemáticos. Mucho tuvo que ver en ello la recuperación de la lógica aristotélica y del humanismo platónico por parte de dos genios medievales, Pedro Abelardo y Bernardo Silvestre, junto con la recuperación por los traductores de Palermo y Toledo de la ciencia

³⁷Cf. P. GRIMAL, «Encyclopédies antiques», Cahiers d'Histoire Mondiale 9/3 (1966), 459-483.

³⁸Cf. R. SOUTHERN, Scholastic Humanism, 18-21.



griega a través de las traducciones de los autores árabes (que la habían incluso superado en muchos aspectos).

Al genio de Pedro Abelardo, una figura icónica de su tiempo, se debe también la maduración definitiva del denominado método escolástico, esto es, la clase magistral diurna en torno a un texto de un autor clásico (la llamada *lectio*), seguida de un estudio vespertino mediante *quaestiones*, para terminar con un debate entre maestro y alumnos en torno a la cuestión (*disputatio*)³⁹.

Guillermo de Conches, en el primer capítulo de su influyente *Philosophía Mundi* (año 1141), exponía del siguiente modo el *ordo discendi*, el orden del aprendizaje:

Ya que toda enseñanza utiliza la elocuencia, primero debemos ser instruidos en la elocuencia. Pero hay tres partes en ella: escribir correctamente y pronunciar correctamente lo que se ha escrito; probar lo que necesita ser probado, lo cual se enseña en la dialéctica; adornar palabras y frases, y esto lo enseña la retórica. Por lo tanto, se nos debe enseñar primero la gramática, después la dialéctica, y después la retórica. Armados con éstas, debemos proceder al estudio de la filosofía. El orden que ha de ser seguido aquí es tal que primero debemos ser instruidos en el *Quadrivium*, y, en él, primero en aritmética, en segundo lugar, en música, tercero, en geometría, y finalmente, en astronomía, y entonces en Sagrada Escritura de tal forma que podamos, desde el conocimiento de las criaturas, llegar al conocimiento del Creador.

Javier Vergara ha señalado, a propósito de esto, que el *ordo discendi* escolástico hizo posible

una teoría gnoseológica de vocación enciclopédica y abiertamente convergente;



una teoría gnoseológica que, a la vez que entendía la naturaleza como reflejo de la voluntad divina, también la entendía como realidad entitativa y singular que por su propia potencialidad colaboraba en la explicación y sentido de la existencia. Fe y razón, teología y ciencia se presentaban ahora como elementos complementarios de un entendimiento que seguía teniendo como fin último la sabiduría o contemplación divina⁴⁰.

En otro orden de cosas, resulta preciso comprender que las primeras universidades no se crearon merced a un acto jurídico, sino que simplemente 'surgieron' por un proceso de lenta institucionalización tras un largo periodo de actividad intelectual en una escuela determinada, una actividad las más de las veces espontánea y no controlada por autoridad política o eclesiástica alguna. La fundación 'oficial' de las universidades, fueran estas pontificias como París o imperiales como Bolonia, podría generar la equívoca idea de un comienzo reglado y puntual de éstas. Las más de las veces esto no es exacto.

En efecto, las cartas fundacionales de Bolonia y París, concedidas respectivamente por el emperador

³⁹VILLA PRIETO, «La enseñanza en la universidad medieval. Centros, métodos, lecturas», *Tiempo y sociedad* 26 (2017), 67.

⁴⁰J. VERGARA, «El sentido del saber en la escolástica medieval», *Espacio, Tiempo y Forma* 13 (2000), 423.



Federico Barbarroja (año 1155) y el papa Alejandro III (año 1179), en realidad no hicieron más que reconocer una tradición escolástica pre-existente, que en el caso de la primera nos llevaría a las enseñanzas de Pepo e Irnerio desde hacía medio siglo y en el de la segunda al magisterio de Pedro Abelardo setenta años antes⁴¹.

En general, los documentos a los cuales se suele atribuir la “fundación” de una universidad son, en realidad, los instrumentos por los cuales se conceden los privilegios específicos (*libertates e immunitates*) de que gozarían las corporaciones ya existentes de maestros y estudiantes. Unos privilegios que, sobre todo, tenían que ver con la concesión de una particular protección jurídica frente a las autoridades municipales y con la llamada *licentia ubique docendi*, es decir la validez universal de los grados obtenidos.

En realidad, la corporación universitaria era, desde mucho tiempo antes del documento oficial de erección canónica o civil, una entidad asociativa plenamente autónoma en tanto que *societas* o *universitas*. Solo los privilegios legales de sus miembros y la *licentia ubique docendi* requerían de un otorgamiento por parte de la autoridad pública de emperadores, pontífices y reyes⁴².

En los siglos XII y XIII se aludía indistintamente a la Universidad en ciernes con las expresiones *universitas scholarium* y *studium generalis*. Sin embargo, no son términos intercambiables. El término *studium* indicaba la institución docente en sí misma, un espacio (no físico, sino simbólico-jurídico) habitado por una comunidad humana unida por lazos fraternos y consagrada al estudio.

En cambio, términos como *universitas magistrorum* o *universitas scholarium* designaban al conjunto de maestros y estudiantes, el ente corporativo que daba vida al *studium*. De hecho, la palabra ‘Universidad’ viene de *universitas scholarum* (corporación de académicos) y no de *universal*, como algunos piensan. Esta *universitas* se superponía al *studium* y constituía el elemento esencial de la vida universitaria, y es que, como es evidente, sin profesores y estudiantes no hay universidad más allá de edificios, decretos fundacionales y entramados jurídicos⁴³.

Por decirlo en un lenguaje medieval, la Universidad consistía entonces en *almas* y no en *piedras*, en maestros y no en aularios. En realidad, durante los siglos XII y XIII la Universidad estaba allí donde residían y enseñaban sus profesores y ese lugar variaba según la época del año, pudiendo ser un claustro catedralicio, una abadía o simplemente una plaza al aire libre. *Ubi scholastici ibi Universitas*, se decía entonces.

En definitiva, durante los dos primeros siglos



⁴¹Cf. J. VERGER, *L'essor des Universités au XIIIe siècle*, Cerf, París, 1997.

⁴²Cf. P. DELHAYE, «L'organisation scolaire au XIIIe siècle», *Traditio* 5 (1947), 211-268; y G. POST, «Alexander III, the *Licentia Docendi* and the Rise of Universities», *C.H. Haskins Anniversary. Essays in Medieval History*, ed. C. H. Taylor y J. L. Lamonte, Boston 1929, 255-277.

⁴³Cf. P. MICHAUD-QUANTIN, *Universitas. Expressions du mouvement communautaire dans le Moyen Age latin*, J. Vrin, Paris 1970.



de vida de la Universidad no había Universidad física propiamente hablando. De forma que una universidad era un cuerpo imaginario (*corpus fictum*), una ficción jurídica intemporal y no un aulario y mucho menos una empresa. Según la definición del canonista Bartolo de Sassoferrato, una determinada universidad comprendería en tanto que corporación a todos sus estudiantes y profesores desde el momento de su fundación hasta su extinción en lo que representaría una suerte de vinculación *quasi mystica* entre la institución y sus miembros *in aeternum*.

5. El fin del modelo tradicional

Esta tradición, con todas sus luces y sus sombras, fue demolida brutalmente por las drásticas reformas universitarias emprendidas por los ilustrados europeos en la segunda mitad del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX. La justificación, casi la excusa, para ello fue terminar con la tendencia cada vez más endogámica de la Universidad dieciochesca, que por ejemplo había cerrado las puertas de los colegios mayores a los más humildes. Las medidas de presunta modernización de la Universidad supusieron la supresión de los colegios mayores y de casi todas las universidades dependientes de la Iglesia, imponiendo en Francia y España una centralización administrativa absoluta que implicaba el control férreo desde París y Madrid de actividades docentes y programas de enseñanza, así como el inicio de un proceso de profunda secularización⁴⁴.

Más allá de las reformas universitarias previas de los ilustrados al servicio de los Borbones a ambos lados de los Pirineos, sería el nuevo clima ideológico que había creado la Revolución Francesa el factor más decisivo a la hora de establecer en Francia y España un sistema nacional centralizado de educación universitaria cuya finalidad última no era otra que la formación de buenos ciudadanos. El adoctrinamiento estatal sustituía así a la dimensión teológica propia de las universidades



eclesiásticas.

En julio de 1793 la Convención Nacional revolucionaria había suprimido las veintidós universidades de Francia, todas de origen medieval y eclesiástico, entre ellas la Sorbona. En su lugar se erigieron cuatro escuelas centrales (Normal Superior, Politécnica, Artes y Oficios, y Lenguas y Civilizaciones), además del sistema de Liceos. El último paso en este proceso lo dará en 1806 Napoleón cuando funde la Universidad Imperial de París, primera universidad estatista que será modelo de muchas universidades públicas europeas del siglo XIX.

Mientras tanto, en clara imitación de Francia, se produjo en 1798 la disolución de todos los Colegios Mayores de los reinos de España por decreto de Carlos IV, dentro de la mal llamada *Desamortización de Godoy* (ejecutada en realidad por Urquijo). Los siete que aún sobrevivían (cuatro en Salamanca, uno en Alcalá de Henares, uno en Valladolid, y uno en Granada) fueron clausurados y sus venerables edificios y bienes desamortizados. El sistema colegial, base de la Universidad medieval, era suprimido en España de raíz, no siendo recuperado (aunque solo a medias) hasta después de la Guerra Civil. Inglaterra mantuvo el sistema colegial en Oxford y Cambridge y, a la vista del

⁴⁴Cf. J.M. HERNÁNDEZ DÍAZ, «La Universidad en España del Antiguo Régimen a la LRU (1983). Hitos y cuestiones destacadas», *Aula* 9 (1997), 22.



prestigio de ambas y el inmenso número de premios Nobel obtenido, parece que el vetusto modelo medieval del *college* universitario no era tan deficiente como pensaban ilustrados y revolucionarios.

En España sucesivas reformas fallidas en la primera mitad del siglo XIX (muy singularmente *el Plan Caballero* del año 1807) intentarán socavar los últimos restos del Antiguo Régimen en el ámbito universitario hasta que, finalmente, el Plan General de Estudios del año 1845 (conocido como *el Plan Pidal*) termine por darle el golpe de gracia. Había muerto la gran Universidad medieval y renacentista hispánica, que tanto había aportado a la historia intelectual de Occidente.

6. **A modo de conclusión: algunos apuntes sobre la situación actual**

En la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (8 de diciembre de 1975), Pablo VI denunció que «la ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo». Esta ruptura resulta particularmente llamativa y por ello, dolorosa, en las universidades católicas de todo el mundo, que se cuentan por millares. Esta “crisis de sentido” de la misión universitaria de la *academia* católica en parte tiene su explicación en dinámicas internas propias de la Iglesia

postconiliar, pero por otro lado también entroncan con una problemática general de las universidades postmodernas en general.

Creemos que esta reflexión de Pablo VI se puede conectar con lo que hemos venido analizando sobre el origen y la esencia de la Universidad y el humanismo. Hoy día muchas instituciones e incluso algunos estados perviven realizando todo tipo de tareas sin preguntarse cuál es su razón de ser. Incluso podríamos afirmar que su continuidad tiene que ver con la no formulación de esa pregunta. Los que ahora quieren hacer de la Universidad una mera ‘factoría del conocimiento’ en el marco de la sociedad de la información, esta sociedad *noocrática* en la que *knowledge is money*, olvidan que esta institución milenaria no puede ser transformada en una empresa productora de patentes y títulos profesionales sin que desaparezca. Seguirá quizá llamándose *Universidad* pero, en propiedad, ya no será una Universidad. Será otra cosa.

Tal y como nos advierte Alejandro Llano en una lúcida reflexión que ha pasado demasiado inadvertida:

la Universidad actual se encuentra en el filo de la navaja [...] Aparentemente su posición es más notoria y brillante que nunca, porque estamos cruzando el dintel de la sociedad del conocimiento [...] Mas, de otra parte, las propias instituciones académicas están sufriendo un proceso de vaciamiento interno, ya que en ellas decaen los ideales que las vienen alentando desde hace ocho siglos [...] Lo que en el fondo siempre ha impulsado hacia el descubrimiento de lo inédito es el amor a la verdad, pasión central de los universitarios. Y resulta que, desde hace más de un siglo, la idea misma de *Verdad* se ha visto sometida a una implacable sospecha⁴⁵.

⁴⁵A. LLANO, «Repensar la Universidad», *Humanitas* 33 (2004), 33.



DIMENSIÓN INTELECTUAL

Ciertamente, el estatismo y el nihilismo contemporáneos han impulsado cuando no directamente impuesto a golpe de legislación una progresiva deshumanización de la Universidad, consistente en la paulatina tecnificación, uniformización y burocratización de la inmensa mayoría de las universidades⁴⁶. Esta fría burocratización uniformizadora ha supuesto la progresiva extinción de la educación clásica propia de la tradición occidental, centrada en la figura de un *maestro* y consistente en educar la voluntad, el entendimiento y la memoria, para así desarrollar el carácter y personalidad del alumno.

En parte debido al acceso de las masas a la Universidad, originalmente concebida para miles, no para millones, en parte debido a las nuevas necesidades de una sociedad post-industrial, pero, sobre todo, debido a la profunda crisis cultural que supuso Mayo del 68, la *educación* humanística ha sido sustituida en Occidente a lo largo del último medio siglo por la *docencia*, una docencia de tinte 'industrial' en aulas masificadas, con lo que ha retrocedido la formación del carácter en la Universidad, centrada exclusivamente ahora en el *logos*, en la enseñanza de la razón.

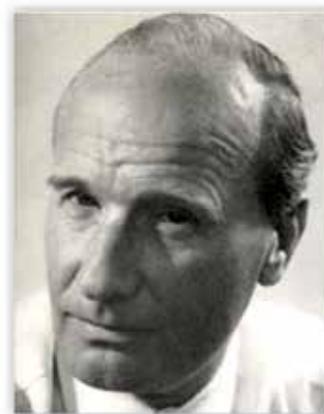
Además, hay que subrayar que este *logos* no es humanístico, ya que no se apoya en una sabiduría (*sophia*), un saber universal, sino que es más bien una *techné*, es decir, es una razón técnica y especializada, un saber fragmentario. Es una instrucción pública para la profesionalización, en el contexto de la transformación de la cultura *cualitativa* tradicional en una cultura *cuantitativa* de masas propia de una sociedad de consumo⁴⁷.

La crisis del tradicional vínculo de *auctoritas* sapiencial entre maestros y alumnos en las universidades actuales, convertidas en muchos casos en factorías sin

alma de titulados, está directamente relacionada con la herencia de la universidad medieval hoy perdida. Y es que hoy día nos encontramos con una notable ausencia de verdaderos maestros en la Universidad.

Entiéndaseme bien, cuando hablo de 'maestros' hablo de *maestros* en el pleno sentido de la palabra. No hablo de probos y esforzados funcionarios docentes ni de eruditos investigadores. Hablo de personas con la capacidad y el entusiasmo necesarios para proponer a los estudiantes un amor a su rama del conocimiento, la rama que sea, detrás del que se encierra una opción de vida, una manera de vivir como buscadores de la Verdad al estilo de los antiguos filósofos griegos. Personas que no se limitan a transmitir información, sino que comunican virtudes, valores, ideales.

Josef Pieper llamó la atención en su día sobre el hecho de que toda actividad profesional vivida con rigor, vocación y entusiasmo encierra una dimensión filosófica, sin la cual pierde su capacidad creativa y se ve abocada a la mera rutina⁴⁸. En efecto, la rutina ha invadido no pocos de los actuales campus universitarios que en ocasiones no solo parecen polígonos industriales, sino que además lo son en cierto sentido.



⁴⁶D. NEGRO, *Lo que Europa debe al Cristianismo*, Unión Editorial, Madrid 2004, 131.

⁴⁷D. NEGRO, *Lo que Europa debe al Cristianismo*, 131.

⁴⁸Cf. J. PIEPER, *El ocio y la vida intelectual*, Rialp, Madrid 1998.



Pero esta paulatina e imparable transformación (o más bien, *degeneración*) de una universidad humanística educadora en una universidad burocrática docente, está siendo ahora también revisada y removida desde sus cimientos. Desgraciadamente no para regresar a los orígenes, lo cual sería revolucionario en el sentido prístino de la palabra *revolutio*: "volver al comienzo". No. Más bien al contrario.

La nueva sociedad del conocimiento y el auge de internet y las redes sociales están produciendo un cataclismo que la pandemia que sufrimos ha acelerado al proporcionar cobertura legitimadora a una nueva reinención de la Universidad. Y es que en toda universidad hay burócratas más pendientes de ser *agentes del cambio social* que de la misión educadora de la institución.

Ahora bien, cuando se dice 'agentes del cambio social' lo que se está en realidad diciendo es que la Universidad debería sumarse, integrándolas en su seno, aunque eso suponga violentar su esencia, todas las modas, tendencias y dinámicas ya presentes en la sociedad, impulsándolas y legitimándolas. Estos agentes del cambio ven a la Universidad como una institución que debe inculcar en los alumnos aquellos valores que el consenso social asume: la ven como un instrumento de la *instrucción pública*. Esta herencia de la Revolución Francesa, la Universidad como adoctrinadora o como altavoz de la *communis opinio*, no es el espíritu que animó a las universidades desde su fundación.

De hecho, la Universidad nació para ser la vanguardia intelectual en la búsqueda de la Verdad y del sentido de la vida, para enseñar y guiar luego a la sociedad dándole criterios. Unos criterios que eran comúnmente aceptados debido a lo que entonces era una indiscutible superioridad moral e intelectual de los universitarios sobre el conjunto de la sociedad. La Universidad no nació para ir a rebufo de la coyuntura, y menos aún de las ideologías que el Estado, la clase política o las masas abrazan en cada momento.

El que la sociedad o el mismo Estado puedan ir en un determinado momento en una dirección 'equivocada', el que la Universidad, imbuida de su misión fundacional, pueda tener algo que decir al respecto, es decir, ir contracorriente, algunos universitarios actuales ni se lo plantean. Aunque sea caer en la *reductio ad hitlerum*, no puedo evitar invocar el precedente de la universidad nacionalsocialista o la universidad soviética, donde tantos premios Nobel y eminentes científicos y profesores incurrieron en la más abyecta de las sumisiones a regímenes totalitarios, avalando con su *auctoritas* académica todo tipo de doctrinas aberrantes. La servidumbre voluntaria al pensamiento único de nuestras universidades no por ello deja de ser servidumbre.

No se le oculta a ningún universitario que esta servidumbre tiene consecuencias de todo orden. Por desgracia, la nueva *sociedad del conocimiento* no parece que sea una sociedad de la sabiduría, ni siquiera una sociedad de la ciencia, más bien todos los indicios apuntan a que, en realidad, es una *sociedad de la información* liderada por una auténtica *noocracia* de empresarios de la comunicación, editores, 'intelectuales', periodistas, opinadores, *influencers* y artistas mediáticos, la mayor parte de los cuales no encajaría en la definición más laxa de *humanista*. Esta influyente noocracia marca la pauta: para ellos, la información es poder, el conocimiento sobra («ya está todo en la web»), la ética y los valores apestan a 'prejuicios', y la sabiduría es un 'arcaísmo moralizante'





con olor a naftalina.

Todo esto está provocando ante nuestros ojos una mutación de gran importancia. Al igual que anteriormente, en los años 60 y 70, se sustituyó la *educación* por la *docencia*, ahora se está sustituyendo la *docencia* por la *información*. En efecto, el docente burócrata de los años 70 se transforma ahora en un *guía* digital, en un experto que orienta al alumno a la hora de identificar e interpretar, en el auténtico *maremágnum* que es el actual océano digital de datos, los fragmentos de información valiosos de cara a obtener una *expertise* que le permita ser competitivo en el mercado de trabajo.

Por supuesto, como ha señalado Dalmacio Negro, «los fragmentos de información nada tienen que ver con la cultura»⁴⁹. Bien es cierto que algunos de estos guías digitales, acometiendo una empresa con ciertos ribetes de heroísmo académico, intentarán darle *un sentido* a ese filtrado e interpretación de piezas de información, unificando así ese saber fragmentario. Con todo, nos parece dudoso que la actual pedagogía imperante, todavía anclada en los presupuestos antropológicamente erróneos del *yo fragmentado* y cada vez más adaptada al deshumanizador medio digital, permita conseguir

grandes resultados.

A esto hay que añadir una última consideración: el cansancio del profesor. Si el entonces Cardenal Ratzinger hablaba en 2002 de una “Iglesia cansada” en el ámbito de “zonas culturales enteras”⁵⁰, cabría hacerlo ahora de una “Universidad cansada”. Cansada de no poder ser lo que debería de ser. Cansada, hastiada, por la ausencia de sentido de sus tareas diarias. Su silencio no debe interpretarse como aquiescencia. *Cum tacent clamant*.

Palabras clave: Universidad, Paideia, sabiduría, Edad Media, mundo moderno, Iglesia católica.

Agradecemos a la revista Ecclesia y sus autores, el permitirnos publicar este artículo.

⁴⁹D. NEGRO, *Lo que Europa debe al Cristianismo*, 131.

⁵⁰Cf. J. RATZINGER – P. SEEWALD, *Dios y el mundo. Creer y vivir en nuestra época*, Círculo de Lectores, Barcelona 2002, 342-343.



‘El futuro de la humanidad pasa a través de la familia’: San Juan Pablo II y su defensa permanente, audaz y valiente de lo esencial: la sacralidad de la vida humana, la santidad del matrimonio y la irrenunciabilidad a la única familia.



P. Alfonso López Muñoz, L.C.
 Doctor en Filosofía
 Licenciado en Teología Dogmática

En la fiesta de la Sagrada familia del año 1999, el 26 de diciembre, en vísperas del inicio del segundo milenio de la era cristiana, san Juan Pablo II daba un importante mensaje durante el rezo del Ángelus en la plaza San Pedro. El Papa polaco aprovechaba esa ocasión como “propicia para renovar un llamado a los derechos de la familia, de la vida y de la infancia”, mismos que, como recordaba también el pontífice, “estaban reconocidos por la Declaración Universal de los Derechos del hombre”. E inmediatamente anotará que “para promover los derechos humanos es, de hecho, necesario tutelar los de la familia, ya que es a partir de ésta que se puede dar una respuesta integral a los desafíos del presente y del futuro”.

Por tanto, el punto es claro: no se pueden promover, es más ni siquiera se pueden comprender en toda su profundidad y extensión los “derechos humanos”, si no se pone a la base de aquellos, como su fundamento, a la familia los derechos de la misma. Sin embargo, dicha relación intrínseca que señalaba con toda claridad y firmeza Juan Pablo II, se entiende únicamente desde una

perspectiva realmente integral de la persona humana. Y ése es precisamente el problema del pensamiento en boga hoy día, el cual es ciertamente, como tanto se viene repitiendo en sede tanto filosófica como literaria, “fragmentado”. En efecto, hoy la comprensión de las verdades fundamentales sobre el hombre, incluso aquellas más evidentes, se ha tornado difícil, complicada, cuando no de suyo, así pareciera, ‘imposible’. Por supuesto que todo ello no es gratuito y espontáneo, dado que, en realidad, contradice la capacidad natural de la inteligencia humana; claro, siempre y cuando ésta se encuentre suficientemente “sana”, por así decirlo, es decir no ‘ideologizada’ o de plano ‘enferma’ debido precisamente a las ideologías del momento, las cuales no sólo obnubilan la razón, sino que realmente como que le ‘arrancan’ su capacidad propia y específica de conocer la verdad en base a la realidad objetiva que le rodea y que ella misma es.

Por ello es un hecho que cada vez es más difícil exponer las verdades evidentes y poder dialogar sobre las mismas con muchos de nuestros contemporáneos,



DIMENSIÓN INTELECTUAL

sobre todo si se trata de gente joven, pero no sólo. En efecto, ya a las generaciones posteriores a la revolución del '68, les cuesta mucho, en general, ver con claridad la verdad objetiva de muchos de los temas humanos contemporáneos más debatidos y objeto de apasionamiento. Dicha "revolución", aun y cuando es verdad que, al menos en su origen, era también una reacción al sistema educativo mismo de entonces, en ciertos aspectos desgastado e insuficiente, más bien se trataba de un evento preparado y empujado por una ideología, o mejor por la confluencia de una serie de ideologías que apuntaban a deshacerse de un sistema según eso anticuado y obsoleto, 'retrógada' según ellos, el cual ya no respondía a los pretendidos anhelos legítimos, y por tanto también "derechos", de las nuevas generaciones. Esto lo mencionamos porque nos parece que una de las causas de este oscurecimiento progresivo de la razón en los últimos decenios, encuentra una de sus causas principales precisamente en esa por así decirlo 'teledirigida' "revolución sexual" de los años sesentas, aunque bien sabemos que ésta se venía fraguando mucho antes, con la publicación de varios textos emblemáticos de diversos autores –entre los cuales sin duda destaca "El segundo sexo" de Simone de Beauvoir, del 1949-, y de manera especial echaba raíces, en buena medida, en las teorías psicoanalistas de Freud, en especial en su de sobra conocida teoría sobre el "complejo de Edipo".

Ahora bien, tal "revolución" no sólo es causa de esa pérdida de claridad y objetividad de la razón, en el sentido de que como ideología implanta una cierta visión de las cosas humanas en la cultura y en la sociedad, sino en el sentido más humano, personal e individual de que el pansexualismo –esta ideología que pone al centro de la vida humana y como omnipresente justamente la sexualidad, o para decirlo con el mismo Freud: "la pulsión sexual", descontextualizándola de la totalidad del hombre, o mejor del hombre en cuanto una 'totalidad'-afecta directamente a la persona y a su capacidad de ver a la persona humana, tanto a los demás como a sí misma, en su integralidad en cuanto que realmente afecta directamente a la inteligencia individual en esa su capacidad de abrirse no sólo a la totalidad de los hombres sino a la totalidad del hombre, al hombre en su totalidad, al hombre como pluridimensional. En ese sentido, la visión pansexualista o hipersexualizante del hombre no es capaz de 'ver' al hombre como lo que realmente



es. Es una verdadera des-virtualización la que en esta visión se opera, por medio de la mente precisamente obnubilada o ya enferma. Se trata no ya sólo de una falta de capacidad de visión integral e integradora, sino de que la fuerza de la inteligencia ha sido dirigida –o mejor, 'teledirigida'- a una auténtica desintegración del hombre. Este tema de la "revolución sexual" preparada y 'hecha explotar', por así decirlo, en esas décadas pasadas, ha jugado un papel tan importante en lo que ha sido el camino y el desenlace de la cultura antropológica en el presente, que el mismo Papa Emérito Benedicto XVI, en el escrito que compone junto con el del Cardenal Robert Sarah, el libro "Desde lo más profundo de nuestros corazones", publicado en enero del 2020 y que aborda el tema del celibato sacerdotal pero también afronta el del escándalo de los abusos sexuales a menores de parte de los sacerdotes y personas consagradas en la Iglesia, apunta como a la gran causa de toda esa problemática precisamente a susodicha "revolución sexual" y a la cultura que ésta generó desde entonces en la atmósfera cultural psico-social y que, con el paso del tiempo, progresivamente se ha afirmado, tanto fuera como dentro de la Iglesia, alcanzando –por desgracia- a los mismos ministros ordenados y personas consagradas. Aun así, habiendo apuntado a la causa, el Papa no deja de externar su asombro ante tal desgracia, es decir, precisamente ante tal "obnubilación" y "ceguera", ante tal "desorientación", "desviación", "desquicio" de la mente humana, y más si se trata de la mente de los sacerdotes y personas entregadas en cuerpo y alma al amor de Dios y del prójimo por medio de la acción evangelizadora entre niños, adolescentes y jóvenes.



Ahora bien, esto que venimos diciendo, en cierto sentido, no es muy difícil de comprobar, no sólo por lo que advertimos fácilmente a nuestro alrededor, sino incluso científicamente, según los estudios serios llevados a cabo por una sana y correcta psicología, la cual se fundamenta en una también sana y adecuada antropología, sobre todo y muy en concreto los que abordan el tema específico de la sexualidad humana y sus desorientaciones. En ese sentido, arrojan una luz muy particular sobre todo aquellas investigaciones que se refieren a los daños no sólo morales sino a nivel mental –es decir en la inteligencia-, que ocasiona la adicción a la pornografía. Estos comprueban ampliamente esos perjuicios a nivel de la mera razón a los que nos referimos: obnubilación, incapacidad de ver, pérdida del sentido de la realidad específica de la sexualidad objetiva, integral e integradora. Y sólo desde una visión “integral” del hombre, de la persona humana, se puede dar una “respuesta integral a los desafíos del presente y del futuro” que no sólo se le presentan a la Humanidad, sino que ésta misma ahora presenta a la Iglesia, a todo cristiano cuya mente sea todavía cristiana, al menos en lo fundamental y esencial, y a todo hombre de buena voluntad, sí, pero también de razón todavía santa. Ése es el gran reto. Se trata de un reto que tiene que ver con la verdad misma, con la verdad del hombre, de la persona humana, con la verdad no sólo de su actuar, sino de su mismos ser. Pero volvamos al discurso el Santo Padre.

Después de dejar bien asentado ese principio al inicio de su discurso, el Papa pasa a una segunda afirmación, la cual de suyo también es un principio antropológico



fundamental, cuando dirá: “La familia es una comunidad de amor y de vida, que se realiza cuando un hombre una mujer se donan el uno a la otra totalmente en el matrimonio, dispuestos a acoger el don de los hijos”. A lo que añadirá: “El derecho fundamental a la vida inserta [a la vida misma] al hombre desde su concepción, y eso pertenece a la esencia de la ley natural y a las tradiciones de las grandes religiones, como también al espíritu del Artículo tres de la Declaración Universal de los Derechos del hombre”. Como vemos, por segunda vez Juan Pablo II insiste en hacer ver cómo la vida humana y sus derechos están amparados por la misma Constitución que, se supone, vela sobre ellos y los debiera defender. Ahora bien, si así son las cosas, ¿cómo entender que, de un tiempo para acá, sea la misma Organización de las Naciones Unidas (ONU) –apoyándose de sus sub-organismos- la que ahora promueva la cultura de la muerte, y ésta en todas sus formas, como son la anticoncepción, el aborto, el divorcio, la homosexualidad, y en los últimos años la ideología de género, todos ellos auténticos ataques a los derechos del hombre, “los derechos de la familia, de la vida y de la infancia”? ¿No se supone que es la ONU la que debiera defender precisamente esos derechos supuestamente inalienables de la persona humana y concretados en los derechos de la familia, de la vida y de la infancia? Es precisamente a esa “obnubilación de la mente” a la que nos referíamos antes, la cual ha penetrado y permeado más y más, durante años, a la misma institución mundial que supuestamente existe, sobre todo, para velar sobre los derechos de los hombres y de las naciones; se supone.

Por lo demás, el Papa, ya desde el inicio de sus palabras, une “los derechos de la familia, de la vida y de la infancia”, reconocidos por la Declaración Universal de los Derechos del hombre; y los une porque están necesaria y esencialmente unidos, es decir son inseparables en su misma esencia. De hecho, se autoimplican y autocondicionan por su misma naturaleza, pues la familia está para la vida, dado que es uno de sus bienes, de sus “significados” o “sentidos”, según una terminología más actual y acorde a la sensibilidad contemporánea, lo cual se expresaba en el léxico más clásico y tradicional, así como también de raigambre más metafísico, de “fines”. En efecto, los padres están para los niños, sobre todo, es decir para los hijos en su etapa de vida y crecimiento más necesitados, pues es cuando son más frágiles



y vulnerables. Asimismo, la vida es para la familia, y de manera especial para los padres, no sólo porque representan –y sobre todo son- el fruto de su amor, sino también el premio, su recompensa, lo que justifica toda su entrega mutua y al hijo, lo que acredita toda su generosidad, toda su lucha, sus sacrificios por el bien de la prole, la cual *está para ellos* y sus hermanos, como para el resto de la familia. Esa es la dinámica interna de la familia, de la verdadera y única familia según el plan del Creador. La única pensada, amada, constituida y bendecida por Dios en cuanto familia, en cuanto su propia naturaleza.

Y vale la pena insistir con el Papa en que la familia “es una comunidad de amor y de vida”, y “que se realiza cuando un hombre y una mujer se donan el uno a la otra totalmente en el matrimonio”, y que, dados los fines naturales del matrimonio –es decir los esposos, que no pueden ser sino hombre y mujer-, están “dispuestos a acoger el don de los hijos”. “Un hombre y una mujer”: he ahí otra estructura antropológica natural esencial que desde hace ya varios años es objeto de un ataque sumamente destructivo por parte de quienes propugnan el así mal llamado “matrimonio homosexual”. Así es, se trata de otro de los ámbitos en que la obnubilación, la ceguera absoluta de la que venimos hablando es más patente y más grave, ya que se trata de la aniquilación de esos principios fundantes de la naturaleza humana a los que también nos hemos referido: la vida, el matrimonio y la familia, siendo las tres realidades sagradas porque creadas, instituidas por Dios mismo, Creador y Señor de la vida. Proponer y defender un matrimonio tal, que no se puede llamar “matrimonio” porque simplemente no lo es, dado que ni responde al significado mismo del término ni mucho menos corresponde a la realidad que éste indica. En realidad, se trata, como decimos, de una verdadera aberración, y el que se pretenda presentarlo como algo normal y natural, e incluso como algo bueno, no digamos ya como un “derecho”, no muestra sino un gran extravío de la razón, de la razón simple y llanamente natural, aun y cuando no pretenda llamar “matrimonio” a dicha “unión”. El hecho es que ésta en sí misma es contraria a la ley natural, es decir a la misma naturaleza humana, y, por ende, es contraria a su bien integral.

Por ello, el Papa continuará su discurso subrayando, con su poderoso enfoque, tan suyo, metafísico-



fenomenológico de su pensamiento, que “la unión entre la madre y el concebido y la función insustituible del padre, requieren que el hijo sea acogido en una familia que le garantice, lo más posible, la presencia de ambos padres [padre y madre]. La contribución específica que éstos ofrecen a la familia y, a través de ésta, a la sociedad, es digna de la más alta consideración”. En efecto, no es algo sin importancia, secundario ni mucho menos periférico la aportación que la familia natural, la familia verdadera, esa familia pensada, querida y única bendecida por Dios a través de la misma naturaleza –la cual guarda en sí la ley natural, expresión de la Ley Eterna de Dios, a la que ya nos referíamos antes- a la sociedad y al mundo entero. Es por eso que, continúa el Papa diciendo, “Hoy la familia necesita de una especial tutela por parte de los poderes públicos, los cuales no rara vez están sometidos a las presiones de grupos interesados a hacer pasar por derecho lo que en realidad es fruto de una mentalidad individualista y subjetivista”. Con ello, el Papa santo hacía ver cómo, al final de cuentas, una ideología como la que propone la unión (sea definida como matrimonio o no) entre personas del mismo sexo, en realidad es un ataque contra la misma sociedad en sus raíces, de donde ésta se nutre para formar y conformar una comunidad humana que realmente se basa, promueve y asegura el bien común de la misma. Así es, en dicha ideología no hay lugar para el “bien común”, que es el bien de todos y para todos, sino una visión “individualista” –al fin de cuentas tremendamente egoísta- “subjetiva” –es decir sin ninguna relación a la objetividad, ni individual ni social, sin relación verdadera y objetiva a la realidad de la naturaleza del ser humano



y de la sociedad-. Por tanto, en resumidas cuentas, se trata, como ya decíamos, de un auténtico "extravío" de la razón en contra del hombre y de su dignidad como persona. Se trata realmente de una "razón enferma". En ese sentido, nos viene a la memoria aquél título del psiquiatra y filósofo de la existencia alemán Karl Jaspers: "La razón y sus enemigos en nuestro tiempo". Pues bien, este ataque mortal al hombre, al matrimonio y a la familia, representa, sin lugar a dudas, hoy por hoy, uno de los grandes "enemigos" ya no sólo contra el mismo Dios en su plan creador para el hombre, sino contra la misma razón natural, como venimos diciendo.

En fin, queda claro que para el santo Papa polaco, y con él para toda la Iglesia –y en realidad para todo cristiano y todo hombre con conciencia verdadera y de buena voluntad, y, sobre todo con recta razón-, el tema de la vida, el matrimonio y la familia son esenciales para la vida de cada persona y para la vida realmente *vida*, es decir digna, armoniosa y fecunda de la sociedad y del mundo entero. Y siendo un bien no sólo individual sino social, supranacional o 'global', es la sociedad misma –y ya no sólo la familia, cada familia-, por medio de sus instituciones de autoridad y de acción y servicio público, la que debe velar sobre estas instituciones naturales esenciales que generan, hacen crecer y protegen el verdadero bien esencial del hombre. Por ende, esa necesidad a la que apuntaba el Papa de que "los poderes públicos" ejerzan de verdad esa "especial tutela" de la cual está urgentemente necesitada la familia. De hecho, más allá de una necesidad, en realidad de parte del Estado y sus instituciones se trata de una obligación. Mas hemos de confesar que ello no es ciertamente

fácil, y cada vez menos, para quienes componen los "poderes públicos" ante el ambiente rarefacto que se ha ido construyendo también en los ámbitos tanto de gobierno como tal como en el campo jurídico, sea por falta de formación o de convicciones, sea debido a tantas presiones por organismos que, tanto a nivel nacional y local en cada país, como –y, quizás, sobre todo- a nivel internacional, como comentábamos más arriba. Por eso el Papa poco después expresará el deseo-oración para que "Dios ilumine a los legisladores, los gobernantes y a cada persona de buena voluntad para que promuevan la efectiva tutela de los derechos de la familia, de la vida y de los niños".

Ahora bien, todo esto es –como se suele decir hoy con términos en Inglés- un "*must*", no un simple "*should be good*". No se trata de un mero "*wishful thinking*", sino de algo que no sólo podemos, sino que hemos de exigir. De hecho, es la "exigencia esencial" que la sociedad ha de demandar al Estado, al gobierno, en cada nación. Porque al Estado o gobierno se le confía, antes que nada, el "bien común" de la sociedad, el cual no sólo es la suma del "bien" de cada individuo –al cual incluye aquél, por supuesto-, sino que es el bien verdadero y auténtico que, precisamente promovido y tutelado por el Estado o gobierno, coadyuva y genera las condiciones para que cada individuo que conforma la nación a la cual aquél sirve pueda vivir una vida conforme a su más alta dignidad como persona humana –la cual, en última instancia, radica en el hecho de que el hombre ha sido creado, como lo afirma la misma Palabra de Dios, "a imagen y semejanza de Dios" (Gn 1, 26-27), y al mismo tiempo alcanzar su plena realización en este mundo. Y eso, por supuesto, tiene que ver con esas tres realidades sagradas que encierran de alguna manera todo lo que tiene que ver con la persona humana y su dignidad: la vida, el matrimonio y la familia. Por eso san Juan Pablo II, antes de concluir sus palabras en aquel memorable Ángelus en la plaza san Pedro, traía a colación una cita proveniente de la Exhortación postsinodal sobre la misión de la familia en el mundo actual, que él mismo había firmado y hecho publicar en 1981, en la que decía que "el futuro de la humanidad pasa a través de la familia" ("*Familiaris consortio*", n 86)", para inmediatamente después añadir: "y la gran familia de las naciones se construye a partir de su más pequeña pero fundamental célula", es decir precisamente la familia.



Esa familia fundada en el matrimonio entre un hombre y una mujer, que son *las dos únicas formas de ser* del ser humano, complementarios entre sí para “completarse” y completar el ser humano, y para poder dar vida a otros seres humanos, y así colaborar con Dios con la creación de nuevos hijos de Él y de sus padres, de nuevas personas cuya dignidad encuentra su fundamento último y trascendente justamente en el hecho de que todos los hombres somos hijos de Dios e invitados todos a ser, además y definitivamente, como enseña san Pablo, “hijos en el Hijo” por el bautismo, lo cual significa y es la verdadera plenitud y realización de todo ser humano, la cual se da sólo en Cristo.

Como colofón de este artículo, presento a continuación algunos extractos de un documento de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, la cual ya en el año 2003 se pronunciaba claramente sobre estos temas de los que venimos hablando. Dicho documento tiene por título: “Algunas consideraciones sobre los proyectos de reconocimiento legal de las uniones entre personas homosexuales”, firmado por el entonces prefecto cardenal Joseph Ratzinger, y aprobado por san Juan Pablo II.

Como premisa, el documento aclara que, de hecho, no hace sino recordar la doctrina de siempre respecto al tema de las uniones homosexuales, y, por otra parte, deja en claro que se trata de un campo de simple “ley moral natural”, por lo que el tema es de interés general y no sólo para los creyentes o cristianos:

“Las presentes Consideraciones no contienen nuevos elementos doctrinales, sino que pretenden recordar los puntos esenciales inherentes al problema y presentar algunas argumentaciones de carácter racional, útiles para la elaboración de pronunciamientos más específicos por parte de los Obispos, según las situaciones particulares en las diferentes regiones del mundo, para proteger y promover la dignidad del matrimonio, fundamento de la familia, y la solidez de la sociedad, de la cual esta institución es parte constitutiva”. Y añadirá: “Puesto que es una materia que atañe a la ley moral natural, las siguientes Consideraciones se proponen no solamente a los creyentes sino también a todas las personas comprometidas en la promoción y la defensa del bien común de la sociedad”.

Aun y habiendo dicho, es decir que “la enseñanza de la Iglesia sobre el matrimonio y la complementariedad de los sexos propone una verdad puesta en evidencia por la recta razón y reconocida como tal por todas las grandes culturas del mundo”, se insistirá en la plena coincidencia y congruencia entre los argumentos de razón y los fundamentos bíblicos, es decir lo que la misma Revelación enseña al respecto:

“El matrimonio no es una unión cualquiera entre personas humanas. Ha sido fundado por el Creador, que lo ha dotado de una naturaleza propia, propiedades esenciales y finalidades. Ninguna ideología puede cancelar del espíritu humano la certeza de que el matrimonio en realidad existe únicamente entre dos personas de sexo opuesto, que por medio de la recíproca donación personal, propia y exclusiva de ellos, tienden a la comunión de sus personas. Así se perfeccionan mutuamente para colaborar con Dios en la generación y educación de nuevas vidas. La verdad natural sobre el matrimonio ha sido confirmada por la Revelación contenida en las narraciones bíblicas de la creación, expresión también de la sabiduría humana originaria, en la que se deja escuchar la voz de la naturaleza misma. Según el libro del Génesis, tres son los datos fundamentales del diseño del Creador sobre el matrimonio. En primer lugar, el hombre, imagen de Dios, ha sido creado «varón y hembra» (Gn 1, 27)”.

Y en esa misma tónica, y dejando en claro la igualdad en dignidad de los dos sexos, masculino y femenino, se insistirá en la dimensión de complementariedad de los mismos, tanto en el orden natural como netamente





espiritual, ordenados a la generación y cuidado de la vida humana:

“El hombre y la mujer son iguales en cuanto personas y complementarios en cuanto varón y hembra. Por un lado, la sexualidad forma parte de la esfera biológica y, por el otro, ha sido elevada en la criatura humana a un nuevo nivel, personal, donde se unen cuerpo y espíritu. El matrimonio, además, ha sido instituido por el Creador como una forma de vida en la que se realiza aquella comunión de personas que implica el ejercicio de la facultad sexual. «Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y se harán una sola carne» (Gn 2, 24). En fin, Dios ha querido donar a la unión del hombre y la mujer una participación especial en su obra creadora. Por eso ha bendecido al hombre y la mujer con las palabras: «Sed fecundos y multiplicaos» (Gn 1, 28)”.

Por todo ello, el documento, refiriéndose al Catecismo de la Iglesia Católica (n. 2358), también dejará en claro lo que la Biblia misma enseña sobre las relaciones homosexuales, distinguiendo claramente entre padecen dicha “anomalía” como tendencia y los actos homosexuales propiamente dichos:

“En la Sagrada Escritura las relaciones homosexuales «están condenadas como graves depravaciones... (cf. Rm 1, 24-27; 1 Cor 6, 10; 1 Tim 1, 10). Este juicio de la Escritura no permite concluir que todos los que padecen esta anomalía sean personalmente responsables de ella; pero atestigua que los actos homosexuales son intrínsecamente desordenados». El mismo juicio moral se encuentra en muchos escritores eclesiósticos de los primeros siglos, y ha sido unánimemente aceptado por la Tradición católica”.

Ahora bien, dicho esto, haciendo referencia a la “*Evangelium vitae*” de Juan Pablo II (n. 71), se hace la debida distinción cristiana entre el juicio sobre ese ejercicio anormal e inmoral de la sexualidad y la actitud que como católicos hemos de tener hacia las personas homosexuales, la cual debe ser siempre inspirada y regida por el respeto y la caridad:

“Sin embargo, según la enseñanza de la Iglesia, los hombres y mujeres con tendencias homosexuales «deben ser acogidos con respeto, compasión y delicadeza. Se evitará, respecto a ellos, todo signo de discriminación



injusta»”. Y, siguiendo el hilo de la misma encíclica papal, continúa diciendo que “tales personas están llamadas, como los demás cristianos, a vivir la castidad” (n. 72). Luego añadirá, dejando en claro una vez, esta vez con santo Tomás de Aquino: “Pero la inclinación homosexual es «objetivamente desordenada» (*Summa theologiae*, I-II, p. 95, a. 2). Y finalmente cierra de nuevo con la “*Evangelium vitae*”: “las prácticas homosexuales «son pecados gravemente contrarios a la castidad»” (n. 90).

Y hablando ya más en concreto del reconocimiento legal a las uniones homosexuales, se introduce el tema haciendo ver la gravedad del asunto, tanto por la afectación moral que implica en sí el hecho de dichas uniones para las mismas personas en cuestión, como por la aun más grave e injusta posible consecuencia con respecto a la adopción de niños por parte de dichas parejas, lo cual es, por desgracia, ya un hecho y supuesto “derecho” en varios países del mundo, lo cual ha ido *in crescendo* desde el 2003, fecha de la publicación del documento que nos ocupa:

“Se trata, en efecto, de un fenómeno moral y social inquietante, incluso en aquellos países donde no es relevante desde el punto de vista del ordenamiento jurídico. Pero se hace más preocupante en los Países en los que ya se ha concedido o se tiene la intención de conceder reconocimiento legal a las uniones homosexuales, que, en algunos casos, incluye también la habilitación para la adopción de hijos”. Por lo cual, se subrayará también claramente, siguiendo aquí cuanto ya decía también el Catecismo de la Iglesia Católica en 1997 –también iniciativa de Juan Pablo II y mandado



publicar por él- (n. 2357), que no se debe hacer ninguna relación ni “analogía”, por mínimas que éstas pudieran ser, entre el verdadero matrimonio y dichas uniones de facto, pues no hay nada que lo justifique, sino todo lo contrario, pues en realidad son totalmente opuestos, contradictorios, es decir se contradicen en su misma esencia y sustancia: “No existe ningún fundamento para asimilar o establecer analogías, ni siquiera remotas, entre las uniones homosexuales y el designio de Dios sobre el matrimonio y la familia. El matrimonio es santo, mientras que las relaciones homosexuales contrastan con la ley moral natural. Los actos homosexuales, en efecto, «cierran el acto sexual al don de la vida. No proceden de una verdadera complementariedad afectiva y sexual. No pueden recibir aprobación en ningún caso»”.

Ahora bien, por lo que respecta a lo que señalaba el documento con relación a la posible “habilitación para la adopción de hijos” por parte de dichas leyes inicuas que pretenden equiparar el matrimonio a las uniones homosexuales, nos permitimos anotar o sugerir que el término aquí de “hijos” quizás no es el más preciso, aunque se comprende que para no complicar más el postulado y la explicación del mismo simplemente se utilizó el mismo como ‘equivalente’ a la verdadera y propia noción y definición de “hijo”. Esto lo decimos porque creemos que en realidad dichos niños adoptados por esas parejas no son sus “hijos” ni pueden serlo desde el punto de vista meramente natural; por tanto, no lo son estrictamente hablando, por cuanto venimos diciendo y por lo que el documento mismo ha asentado desde el inicio apelando precisamente a la naturaleza humana y sus manifestaciones propias y específicas



en la ley moral natural y en la recta razón. En pocas palabras, el concepto no corresponde a la realidad en este caso. Ahora bien, más allá de la adopción en cuanto tal, también está la posibilidad de la ‘reproducción médicamente asistida’, como se le llama, en cuyo caso se trataría ya no de una “adopción” estrictamente hablando, sino de una verdadera ‘generación’ de un hijo, en caso de que uno de los gametos sí provenga de una de las dos personas en unión homosexual (sean varones o mujeres); en ese caso pareciera sí hay una verdadera ‘filiación’, aunque incompleta, lo mismo que una ‘paternidad’ o ‘maternidad’, también éstas incompletas. Por lo demás, quizás habría que preguntarse si se puede en realidad hablar de auténtica “filiación” cuando en estos casos para ello se recurre a gametos (masculinos o femeninos, es decir esperma u óvulos) de terceros, sean donados o comprados, subsanando así a la necesaria “complementariedad”, aunque sólo biológica, misma que se niega desde la unión homosexual misma (¡vaya contradicción total!), para sí lograr, a toda costa, hacer realidad el ‘deseo’ de ‘generar’ un “hijo”. Y esto, insistimos, aun y cuando no sólo el procedimiento para ello sino la misma condición de las personas implicadas y sus intenciones sean gravemente inmorales e injustas hacia la persona del “hijo” que se pretende generar. En fin, no podemos no concluir que en realidad se trata aquí de un círculo vicioso y perverso de mal, una cadena de males nefastos, de perversidades e injusticias, de una espiral de abusos y atropellos contra la dignidad de todas las personas implicadas, tanto víctimas como victimarios.

Por lo demás, y ahondando en la dimensión netamente antropológica del problema con relación a la adopción de niños por parte de las parejas homosexuales, se dirá también categóricamente cuanto sigue:

“En las uniones homosexuales está además completamente ausente la dimensión conyugal, que representa la forma humana y ordenada de las relaciones sexuales. Éstas, en efecto, son humanas cuando y en cuanto expresan y promueven la ayuda mutua de los sexos en el matrimonio y quedan abiertas a la transmisión de la vida. Como demuestra la experiencia, la ausencia de la bipolaridad sexual crea obstáculos al desarrollo normal de los niños eventualmente integrados en estas uniones. A éstos les falta la experiencia de la maternidad



o de la paternidad. La integración de niños en las uniones homosexuales a través de la adopción significa someterlos de hecho a violencias de distintos órdenes, aprovechándose de la débil condición de los pequeños, para introducirlos en ambientes que no favorecen su pleno desarrollo humano. Ciertamente tal práctica sería gravemente inmoral y se pondría en abierta contradicción con el principio, reconocido también por la Convención Internacional de la ONU sobre los Derechos del Niño, según el cual el interés superior que en todo caso hay que proteger es el del infante, la parte más débil e indefensa". Desgraciadamente hemos de reconocer que esto hoy día, en relación al tema que venimos tratando, se ha convertido en letra muerta. Como si no estuviera probado por los estudios de una psicología sana y no ideológica, más allá de la misma evidencia absoluta de las cosas, la cual debiera bastar, el gravísimo daño psíquico –más allá de posibles abusos físicos- inferido al niño cuando, como bien se ha explicado en estos casos. Tristemente se olvida que no son los padres –aunque en este caso de los "padres" homosexuales, repito, de hecho, no se da una verdadera y objetiva paternidad ni maternidad, evidentemente- los que tienen 'derecho al hijo', sino el 'hijo' –y en realidad todo niño-, el que tiene el derecho a unos padres'. Por ende, es verdad que estamos ante una verdadera injusticia.

Y por lo que respecta más específica y propiamente al tema legal, es decir en lo tocante a leyes y legisladores, a la política, a los deberes de los políticos católicos en particular y, en realidad, a los políticos en general, el documento es claro y contundente, ya que las leyes, como

también dijera Juan Pablo II en la "*Evangelium vitae*" (n. 90) –lo cual también es citado aquí-: "desempeñan un papel muy importante y a veces determinante en la promoción de una mentalidad y de unas costumbres".

"Si todos los fieles están obligados a oponerse al reconocimiento legal de las uniones homosexuales, los políticos católicos lo están en modo especial, según la responsabilidad que les es propia". Y después concretará lo siguiente: "Ante proyectos de ley a favor de las uniones homosexuales se deben tener en cuenta las siguientes indicaciones éticas. En el caso de que en una Asamblea legislativa se proponga por primera vez un proyecto de ley a favor de la legalización de las uniones homosexuales, el parlamentario católico tiene el deber moral de expresar clara y públicamente su desacuerdo y votar contra el proyecto de ley. Conceder el sufragio de propio voto a un texto legislativo tan nocivo del bien común de la sociedad es un acto gravemente inmoral". En cambio, con una debida dosis de realismo, y al mismo tiempo con la gran sabiduría, profundidad y finura que caracterizan a la moral católica y refiriéndose una vez más a la encíclica del Papa Wojtyla, afirmará que "en caso de que el parlamentario católico se encuentre en presencia de una ley ya en vigor favorable a las uniones homosexuales, debe oponerse a ella por los medios que le sean posibles, dejando pública constancia de su desacuerdo; se trata de cumplir con el deber de dar testimonio de la verdad. Si no fuese posible abrogar completamente una ley de este tipo, el parlamentario católico, recordando las indicaciones dadas en la Encíclica "*Evangelium Vitæ*" (n. 73), «puede lícitamente ofrecer su apoyo a propuestas encaminadas a limitar los daños de esa ley y disminuir así los efectos negativos en el ámbito de la cultura y de la moralidad pública», con la condición de que sea «clara y notoria a todos» su «personal absoluta oposición» a leyes semejantes y se haya evitado el peligro de escándalo. Eso no significa que en esta materia una ley más restrictiva pueda ser considerada como una ley justa o siquiera aceptable; se trata de una tentativa legítima, impulsada por el deber moral, de abrogar al menos parcialmente una ley injusta cuando la abrogación total no es por el momento posible".

El tema es tan importante y grave para la Iglesia y el mundo, pues, como bien se dice, se trata de algo

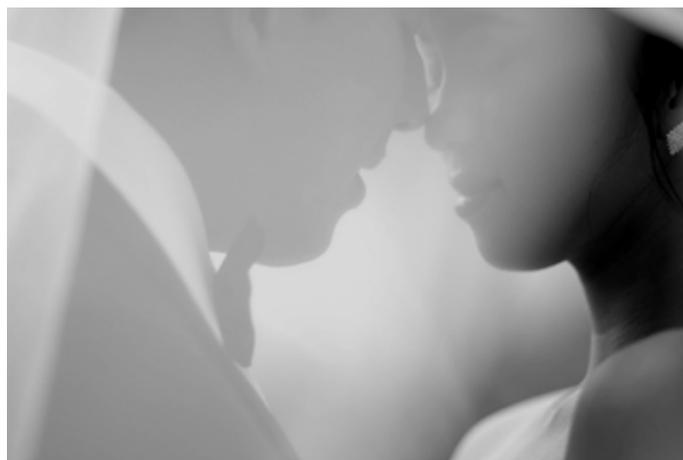


“altamente nocivo”, que es por eso que se insiste tanto en el ámbito del “orden jurídico” y el del “comportamiento de los políticos católicos” –pero, insistimos, en realidad esto vale para los políticos en general, por tratarse aquí de la simple naturaleza humana en cuanto tal y de la ley incita en ella- y gobernantes ante el problema. En efecto, la instrucción persiste en ‘machacar’, por así decir, los principios en este campo con respecto a las leyes que son inmorales:

“Las legislaciones favorables a las uniones homosexuales son contrarias a la recta razón porque confieren garantías jurídicas análogas a las de la institución matrimonial a la unión entre personas del mismo sexo. Considerando los valores en juego, el Estado no puede legalizar estas uniones sin faltar al deber de promover y tutelar una institución esencial para el bien común como es el matrimonio”. Y esto porque, como ya desde el inicio del documento se señalaba, hablando precisamente de las leyes en los Estados, que “las formas de vida y los modelos en ellas expresados no solamente configuran externamente la vida social, sino que tienden a modificar en las nuevas generaciones la comprensión y la valoración de los comportamientos”. Por lo tanto, afirmará sin ninguna reserva: “La legalización de las uniones homosexuales estaría destinada por lo tanto a causar el obscurecimiento de la percepción de algunos valores morales fundamentales y la desvalorización de la institución matrimonial”. Y es precisamente ese “oscurecimiento” al que nos hemos referido en páginas anteriores cuando hablábamos de “obnubilación”, pues es totalmente cierto el hecho de que no hay imagen mejor para expresar lo que ocurre realmente con la inteligencia en estas cosas: ésta, que está hecha para conocer la verdad, cuya función, o mejor misión, es justamente la de ‘hacer ver’ la realidad objetiva cual tal es, se precipita en el abismo de la oscuridad, de la ceguera, de la invidencia, del ofuscamiento en la mentira y en la irrealidad del empecinamiento en una ilusión, pero no una ilusión para nada inofensiva, sino –y conviene decirlo una vez más- de un daño verdaderamente letal para el hombre.

Por cuanto se viene diciendo, en este punto la Iglesia toda, a comenzar por sus Pastores, y con ellos sus colaboradores estrechos que somos los sacerdotes, debe de ser muy clara y no dejar lugar a dudas en relación al

hecho de que, como hemos venido insistiendo, el único y verdadero matrimonio es aquel que se instituye y realiza entre un hombre una mujer. Y por eso el documento sostiene también con absoluta firmeza que, “si desde el punto de vista legal, el casamiento entre dos personas de sexo diferente fuese sólo considerado como uno de los matrimonios posibles, el concepto de matrimonio sufriría un cambio radical, con grave detrimento del bien común. Poniendo la unión homosexual en un plano jurídico análogo al del matrimonio o la familia, el Estado actúa arbitrariamente y entra en contradicción con sus propios deberes. Para sostener la legalización de las uniones homosexuales no puede invocarse el principio del respeto y la no discriminación de las personas. Distinguir entre personas o negarle a alguien un reconocimiento legal o un servicio social es efectivamente inaceptable sólo si se opone a la justicia. No atribuir el estatus social y jurídico de matrimonio a formas de vida que no son ni pueden ser matrimoniales no se opone a la justicia, sino que, por el contrario, es requerido por ésta”. Por ello, ya desde el inicio del documento se decía que “ante el reconocimiento legal de las uniones homosexuales, o la equiparación legal de éstas al matrimonio con acceso a los derechos propios del mismo, es necesario oponerse en forma clara e incisiva”. “De forma clara e incisiva”: es decir, sin dejar lugar a dudas o ambigüedades. Por eso se añadía también lo que sigue, apelando al derecho a la objeción de conciencia: “Hay que abstenerse de cualquier tipo de cooperación formal a la promulgación o aplicación de leyes tan gravemente injustas, y, asimismo, en cuanto sea posible, de la cooperación material en el plano aplicativo. En esta materia cada cual puede





reivindicar el derecho a la objeción de conciencia”.

Finalmente, y a modo de conclusión, el documento adelantará a disolver cualquier equívoco o confusión, o bien falsos dilemas, entre caridad y verdad, entre justicia y misericordia, entre doctrina y pastoral, dando así un criterio claro, nítido y seguro, y sobre todo conforme a la Sagrada Escritura, la Tradición y el Magisterio perenne de la Iglesia, de cara a nuestra misión profética como Obispos y sacerdotes, es decir como Pastores Sucesores de los apóstoles, los primeros, y colaboradores estrechos de éstos, lo segundos, pero al fin de cuentas todos pastores del “gran Pastor de las ovejas, Nuestro Señor Jesús”, a quien el “Dios de la paz resucitó de entre los muertos, con la sangre de su Alianza eterna” (Hb 13, 20). Y pidamos a Dios para nosotros aquello que pide el autor de la Carta a los Hebreos para todos los destinatarios de la misma, a saber todos los cristianos: “que les haga idóneos para todo bien, a fin de que cumplan su voluntad, realizando en nosotros lo que sea agradable a sus ojos por Jesucristo, para quien es la Gloria por los siglos de los siglos. Amén”. Aquí, pues, las palabras finales del documento:

“La Iglesia enseña que el respeto hacia las personas homosexuales no puede en modo alguno llevar a la aprobación del comportamiento homosexual ni a la legalización de las uniones homosexuales. El bien común exige que las leyes reconozcan, favorezcan y protejan la unión matrimonial como base de la familia, célula primaria de la sociedad. Reconocer legalmente las uniones homosexuales o equipararlas al matrimonio, significaría no solamente aprobar un comportamiento

desviado y convertirlo en un modelo para la sociedad actual, sino también ofuscar valores fundamentales que pertenecen al patrimonio común de la humanidad. La Iglesia no puede dejar de defender tales valores, para el bien de los hombres y de toda la sociedad”.

Al final de aquel Ángelus, ya cerca de recibir al año 2000, desde la ventana del apartamento papal, contemplando allá abajo en la plaza san Pedro a esa gran multitud de fieles congregados que le había visto y escuchado con atención haciendo suyas las preocupaciones de ese gran Vicario de Cristo y Pastor Universal de la Iglesia, el gran santo Papa Defensor de la persona humana, de la vida, del matrimonio y de la familia, terminaba con una imploración, que nos sitúa precisamente en este tiempo de Navidad, que estamos viviendo ciertamente “de forma diferente” –dicho que se ha convertido ya casi en *slogan* en estas últimas semanas-. Decía el Papa san Juan Pablo II, como recapitulando todo cuanto había dicho: “Que nos ayude en esto la santa Familia de Nazaret, que ha acogido y ayudado a crecer al Redentor del mundo”. Y pidamos al mismo san Juan Pablo II que nos ayude, a quienes somos ministros del Único Redentor del mundo a que, al igual que él, promovamos con claridad, y defendamos con valentía, la sacralidad de la vida humana, la santidad del matrimonio y la irrenunciabilidad de la única familia.





Renovación del párroco Renovación de la parroquia



P. Antonio Rivero, L.C.
Doctor en Teología Espiritual

Quisiera tratar este tema interesante en varias partes de un mismo artículo. Ojalá dicho tema nos pueda ayudar en nuestra misión pastoral como sacerdotes diocesanos y religiosos con ministerio en parroquias. Fue un curso que compartí con los sacerdotes de Atlacomulco, en enero de 2018, por invitación del obispo del lugar, Monseñor Juan Odilón Martínez García.

El objetivo de este artículo es dar algunos brochazos para ayudar a la conversión y renovación de la parroquia y del párroco. Tuve la gracia de ser vicario parroquial en la parroquia santa María de Betania en Buenos Aires, del año 1994 a 2006. ¡Doce años! Con mis aciertos y fallos.

En la primera parte ofreceré una *lectio divina* de Hechos 2, 42-47; Hechos 4, 32-35, para que meditemos cómo era la primera comunidad cristiana.

En la segunda parte repasaremos el Informe del Departamento de Comunión eclesial y Diálogo del Consejo episcopal latinoamericano, del 18 de diciembre 2010.

La tercera parte está dedicada justamente a la renovación de la parroquia y renovación del párroco.

Y finalmente repasaremos, a modo de apéndices, estos aspectos:

- Los tres "munera": docendi, sanctificandi, regendi.
- Pastoral de los jóvenes.
- El derecho parroquial.

Veamos ahora la primera parte del artículo:

PRIMERA PARTE: LECTIO DIVINA

LEAMOS ESTOS TEXTOS: Hechos 2, 42-47; Hechos 4, 32-35.

Hechos 2, 42-47: *"Y eran fieles en conservar la enseñanza de los apóstoles, en compartir lo que tenían, en reunirse para partir el pan y en la oración. Todos estaban asombrados a causa de los muchos milagros y señales que Dios hacía por medio de los apóstoles. Todos los creyentes estaban muy unidos y compartían sus bienes entre sí; vendían sus propiedades y todo lo que tenían, y repartían el dinero según las necesidades de cada uno. Todos los días se reunían en el templo, y*



en las casas partían el pan y comían juntos con alegría y sencillez de corazón. Alababan a Dios y eran estimados por todos; y cada día el Señor hacía crecer la comunidad con el número de los que él iba llamando a la salvación”.

Hechos 4, 32-35: “Todos los creyentes eran de un solo sentir y pensar. Nadie consideraba suya ninguna de sus posesiones, sino que las compartían. Los apóstoles, a su vez, con gran poder seguían dando testimonio de la resurrección del Señor Jesús. La gracia de Dios se derramaba abundantemente sobre todos ellos, pues no había ningún necesitado en la comunidad. Quienes poseían casas o terrenos los vendían, llevaban el dinero de las ventas y lo entregaban a los apóstoles para que se distribuyera a cada uno según su necesidad”.

I. ¿QUÉ DICEN ESTOS TEXTOS?

Se nos describe la fotografía de la primera comunidad cristiana después de Pentecostés. Ya estaban ahí los aspectos más importantes que hoy nos pide Dios y la Iglesia para nuestro trabajo pastoral en las parroquias, para renovarnos y renovar nuestras comunidades.

Comunión y participación: Juan Pablo II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, 42-50, *Lumen Gentium* del concilio Vaticano II, Documento de

Aparecida, nn. 154-183. La caridad era el motor.

- Vivían unidos, con un solo corazón y una sola alma.
- Compartían lo que tenían, considerándolo todo en común.
- Convivían en un mismo espíritu.
- El Señor hacía que se integraran a la Iglesia en mayor número.

1. **Liturgia y sacramentos (Misión de santificar):** *Sacrosanctum Concilium* del concilio Vaticano II, Código del Derecho Canónico nn. 834 ss. La oración y los sacramentos eran el alimento.

- Oraban y alababan a Dios.
- Participaban en la fracción del pan.

2. **Formación y catequesis (Misión de enseñar):** Código Derecho canónico nn. 773-780, *Dei Verbum* del concilio Vaticano II; *Catechesi tradendae*, de Juan Pablo II, año 1979. La formación era una necesidad para dar respuestas de la propia fe en Cristo.

- Acudían asiduamente al templo con mucho entusiasmo.
- Acudían a la enseñanza de los apóstoles.

3. **Pastoral social y misionera (Misión de caridad y servicio):** *Ad gentes*, Concilio Vaticano II; Código Derecho Canónico nn. 781 ss; *Christifideles laici* de Juan Pablo II; *Redemptoris missio*, de Juan Pablo II; *Centesimus annus*, de Juan Pablo II; Documento de Aparecida, CELAM 2007, nn. 380-430. Era Iglesia en salida, como nos dice el papa Francisco.



- Multiplicaban los prodigios y milagros.
- Repartían de acuerdo con lo que cada uno necesitaba, poniendo el dinero a los pies de los apóstoles, de modo que no había entre ellos ningún necesitado. Se vivía la fraternidad.
- Y salían a evangelizar.

II. ¿QUÉ NOS DICEN ESTOS TEXTOS?

Esta primera comunidad es el ideal para nuestras comunidades parroquiales. El Espíritu Santo ha ido inspirando a la Iglesia nuevos caminos para vivir esos objetivos de la primera comunidad cristiana:

1. Para incrementar esa comunión y participación tenemos en nuestras parroquias:

- Los consejos parroquiales.
- Las asambleas pastorales.
- Los equipos misioneros.
- Los equipos de formación.
- Las pequeñas comunidades de base.
- Los diversos movimientos aprobados por la Iglesia.

2. Para mejorar la oración, la liturgia y los sacramentos tenemos:

- Retiros espirituales que ofrecemos a nuestros fieles.
- La animación litúrgica.
- La adoración eucarística diaria o semanal y Horas Santas.

- Lectores y ministros de la comunión.

3. Para promover la formación y catequesis tenemos:

- Escuelas de monaguillos, que deben ser semilleros de vocaciones.
- Jornadas de vida cristiana.
- La catequesis.
- La pastoral juvenil y familiar.

4. Para incentivar la pastoral social tenemos:

- Los diversos servicios asistenciales en la parroquia para pobres, enfermos, ancianos, alcohólicos anónimos, etc.
- Equipos solidarios.
- Asistente social, psicólogos que atienden gratuitamente.

III. ¿QUÉ LE DECIMOS A DIOS DESDE ESTOS TEXTOS?





- **Señor, gracias** porque nos has hecho tus ministros para llevar a cabo tu obra de salvación, al lado de tantos hermanos sacerdotes, laicos, religiosos y agentes de pastoral.
- **Señor, que conozcamos los elementos básicos imprescindibles** para cumplir adecuadamente con nuestra misión de párrocos y vicarios de nuestras comunidades.
- **Señor, dinos qué nos falta para mejorar y renovar nuestro servicio sacerdotal** en las parroquias: pastoral familiar, pastoral juvenil, pastoral social, la catequesis, la atención a los pobres, pastoral carcelaria, de hospitales, de migrantes, etc.
- **Señor, llena nuestro corazón de tu caridad**, para que la repartamos a nuestros hermanos, especialmente a los más pobres y necesitados.
- **Señor, renueva en nosotros el fervor de nuestro sacerdocio y el deseo de gastarnos**, como san Pablo, por nuestros hermanos, estando disponibles siempre para atender las confesiones, dar consejos, celebrar la santa Misa, ofrecer retiros y conferencias.
- **Señor, que no olvidemos nunca que somos tus ungidos**, tus sacerdotes, servidores de Ti y de nuestros hermanos, las 24 horas del día, los siete días de la semana y los doce meses del año.



V. ¿A QUÉ NOS COMPROMETEN ESTOS TEXTOS?

- Cada uno tiene que reflexionar en la presencia de Dios y sacar conclusiones para su vida sacerdotal.
- Resoluciones concretas para después comentarlas con su propio director espiritual.

Tienen que quedar grabadas en nuestra mente y corazón estas realidades para después vivirlas a nivel personal, comunitario, parroquial y diocesano, y así lograr esa conversión y renovación que queremos y que Dios nos pide:

IV. CONTEMPLAMOS

- Dejémonos invadir por la ternura de Dios para después derramarla por doquier.
 - Dejémonos tocar por las necesidades de nuestros hermanos, con corazón sensible.
 - Que nos ayuden los grandes santos sacerdotes: el santo cura de Ars, san Rafael Guízar y Valencia, el beato Miguel Agustín Pro, san Juan Bosco, san Juan Pablo II, san Juan XXIII, etc.
1. Hombres y mujeres que se han encontrado con Cristo y han hecho la **experiencia profunda de Él**.
 2. Hombres y mujeres que quieren crecer en esa experiencia de Cristo, mediante la **formación** en la doctrina católica impartida en la diócesis, en las parroquias con cursos y seminarios catequísticos.
 3. Hombres y mujeres que quieren **transmitir** esa experiencia a los demás.
 4. Hombres y mujeres que viven en **comunidad y**



caridad dentro de las comunidades parroquiales y diocesanas, cuyo primer servidor es el propio obispo y el párroco.

5. Hombres y mujeres que se alimentan de la **mesa de la Palabra y de la Eucaristía**.
6. Hombres y mujeres lanzados a la **misión evangelizadora**, *ad intra* y *ad extra*, yendo a todas las periferias existenciales, culturales, política, sociales, etc. Con nuevo ardor, nuevos métodos y nueva expresión.

En el próximo número de la revista *Sacerdos* seguiremos con este tema "CONVERSIÓN DEL PÁRROCO, CONVERSIÓN DE LA PARROQUIA".



Revisar y planear la pastoral a la luz del Espíritu Santo



P. José Antonio Larios Suárez

Vicario parroquial
Parroquia Sagrados Corazones de Jesús y María
Zapopan, Jalisco
Pastoral de Educación y Cultura
Arquidiócesis de Guadalajara

Iniciar un año litúrgico y civil es, para quien tiene fe, una gracia de Dios, una nueva oportunidad de volvernos a Dios de todo corazón.

En este contexto nos da por hacer un balance de nuestra vida, balance que abarca diversos aspectos: humano, familiar, espiritual, económico y laboral. A la par de la revisión, se suscita un deseo de hacer reajustes a nuestra vida y resultan luego los propósitos y proyectos a realizar en el calendario aún sin estrenar.

En planos comunitarios, este fenómeno sigue siendo una constante en la coyuntura de un año que fenece y otro que nace. Muchas revisiones y planeaciones surgen en las distintas empresas y asociaciones.

Revisar y planear es una constante en el ser humano que se sabe en continuo proceso de maduración. En todos los niveles eclesiales también se da por gracia de Dios esta moción de revisar y planear.

Es muy común que por estas fechas las comunidades religiosas, seminarios, grupos parroquiales, asociaciones, movimientos laicales, decanatos, vicarías y diócesis completas se someten a este proceso de examen crítico de donde resulten luces y sombras que darán pautas muy concretas para saber por dónde se caminará durante un periodo de tiempo, casi siempre un año. De estos procesos surgen lo que se denomina plan o proyecto pastoral.

Todo plan o proyecto pastoral debe partir de la realidad que se vive, que ha de ser iluminada con el Espíritu Santo, el cual nos permite ver la realidad con objetividad: con luces y sobras, sin una mentalidad pesimista pero tampoco con una visión ilusoria.

Para la realización de las revisiones y planeaciones pastorales se han desarrollado métodos que posibilitan llegar a conclusiones objetivas, desde la realidad y el querer de Dios. Puede haber, sin embargo, una especie de encantamiento por el método de parte de los pastoralistas, al grado de hacer de un medio un fin.

El fin está claro: conocer la voluntad y el proyecto de Dios para ponernos en marcha; el método será el medio que nos auxilie para este cometido y habrá que usar de él lo suficiente, sin enclaustrarnos en una estructura rígida que haga imposible la participación del Espíritu Santo en la realidad que queremos conocer y santificar.

Existen algunas tentaciones recurrentes que surgen a la hora de la realización de un plan pastoral.

La tentación del todo o nada

No revisar ni planear pensando que esto es utópico, teórico y estéril.

La contraparte: planearlo todo sin permitir otra moción que surja en el camino y casados con una metodología



tan rígida que le robe libertad al Espíritu Santo y no haga ver las situaciones tras de un escritorio y no tal cual es en realidad.

Las asambleas pastorales tienen todo un proceso de años anteriores, no se improvisa y siempre se intenta darle continuidad, lo cual habla de un cabal proceso y no una ocurrencia; sin embargo, esto, llevado al extremo, puede robar la espontaneidad del Espíritu, que puede suscitar situaciones no previstas en el plan escrito y que sin embargo forman parte de la realidad que Dios quiere que tomemos en cuenta para buscar su voluntad en el contexto de Iglesia en que nos permite vivir.

Ahora en el contexto de la pandemia que estamos sufriendo sucedió en una comunidad que en la reunión preparatoria hacia la próxima asamblea pastoral se le dio la palabra a los integrantes, los cuales de inmediato empezaron a compartir elementos muy valiosos de la realidad que estaban experimentando y que eran un material muy rico para el análisis de la realidad. Los moderadores de la reunión, después de escuchar algunas ideas, detuvieron ese caudal de aportaciones arguyendo que se estaban desviando del tema y que no concordaba su participación con los lineamientos marcados en las hojas de trabajo, además de que esos temas no estaban en manos de muchos el resolverlos; que mejor se adentraran en lo que la mayoría pudiera solucionar.

Las líneas que estaban marcadas en el documento de trabajo ciertamente provenían del trabajo de años anteriores a manera de proceso, lo cual está muy bien,

pero en los procesos de años anteriores no estaba la pandemia contemplada en la calendarización, sino que fue un acontecimiento que surgió sin que nadie lo llamara, pero que está afectando cuanta realidad humana se encuentra a su paso, sin excluir nuestra realidad pastoral.

Ante tal incapacidad de escuchar heridas y realidades vertebrales que se estaban viviendo, los participantes se limitaron hacer el trabajo según los lineamientos plasmados en el material de trabajo para “cumplir” finalmente con el propósito para el cual fueron convocados.

Planear por planear

Sin duda cada comunidad ya tiene en su mente lo que va “tocando” como cada año, semana con semana, mes con mes; en las asambleas pastorales no es la excepción.

Las comunidades ya están mentalizadas de que en ciertas fechas “toca planear”.

Como en toda actividad humana, si no se pone conciencia en lo que se hace y no se interioriza, las actividades anuales se convierten en el “otra vez hay que hacerlo”, pero sin entusiasmo, sin esperanza; se pone en el calendario por instinto. Esto suele pasar en las asambleas anuales de pastoral.

Más aún, mientras más años pasan, llegamos con más “colmillo” y capacidad para “desocuparnos pronto” de la asamblea y darle salida a ese compromiso anual.

Se respira un desencanto, un no hallarle sentido a esa actividad; no se cree que el Espíritu Santo pueda estar en este momento acompañándonos, iluminándonos. Se piensa que esto no cambiará nada; sin embargo, hay que hacerlo porque nuestras autoridades lo piden.

Tal vez este desencanto no sea gratuito, sino fruto de descuidos graves en los procesos de años anteriores que generan desencanto y fatiga. Dicho desencanto y fatiga se propician cuando las diversas tentaciones que estamos abordando en este texto llegan a hacerse realidad en las distintas experiencias.



Excesivo academicismo, términos rebuscados y conceptos no asimilados por las comunidades

A veces da la impresión, en las metodologías pastorales, de competir por el término más “rimbombante”, el concepto que se escuche más elevado, aunque poco comprensible y creíble para los asambleístas.

Es muy bueno que tengamos pastoralistas muy cultos y preparados, es sin duda un don de Dios; sin embargo, habrá que buscar en diversas ocasiones la manera de hacer asequible los términos y metodología, de manera que desde el obispo hasta el adulto recién bautizado que acaba de vivir su proceso de catecumenado entienda y se sienta impelido a participar y aportar desde el lugar que le toca servir a la Iglesia.

De igual manera, la metodología, que es necesaria, no debe volverse fin, sino medio, camino y no meta.

En el momento que el Espíritu regala una moción, no debe acallarse para nada con el argumento de que nos estamos saliendo de la metodología. No olvidemos que la Iglesia es institución, pero también carisma.

Planear como si estuviéramos entre extraños y no en “mi casa”: la Iglesia

La falta de humildad de algunos miembros de la Iglesia, que por el cargo o la investidura somos incapaces de recibir una crítica, hace que otros miembros de la Iglesia no se sientan con la confianza de hacer señalamientos concretos y necesarios para una interpretación objetiva

de la realidad.

La mentalidad de decir lo que se quiere escuchar para ser considerado un buen elemento de la comunidad y de “confianza”, hace que traicionemos la libertad del Espíritu que nos impele a la búsqueda de la verdad que nos hace libres.

No es poco común que, por falsos respetos humanos, por no incomodar ni ser incomodados, decidimos simplemente no tocar algunos puntos que sabemos nos pondrán en crisis. Es “mejor” para muchos decir lo políticamente correcto; de esta forma avanzamos y nos desocupamos pronto, no nos metemos en problemas, quedamos como colaboradores muy dignos de confianza, y al fin que cada quien se convierta, pues “no porque analicemos estas situaciones las cosas van a cambiar pronto” –se arguye–.

Preguntar según nosotros lo que Dios espera de nosotros, donde hay cosas que nos quedan clarísimas que es la voluntad de Dios, pero preferimos cambiarla por conceptos humanos

En varias ocasiones Jesús fustigó en los dirigentes de la religión judía la actitud de reemplazar los mandamientos de Dios por preceptos humanos. La Iglesia de Cristo no está exenta de esta tentación.

Nos puede suceder como aquél hombre que buscaba su moneda en la calle, y al preguntarle dónde se le cayó aseguró que dos cuadras más adelante, entonces le interpelan diciéndole: “¿Y por qué la buscas aquí?, a lo que él responde: “Porque aquí hay más luz”.

En ocasiones es más cómodo “buscar” en ciertos lugares y evitar conocer la voz de Dios porque tememos que lo que nos pida nos “complique” más el trabajo; es mejor buscarle nosotros por nuestro lado, en el lugar más “seguro”, en el camino ya conocido.

En toda planeación pastoral hay muchas luces que se suscitan y nos sorprenden; sin embargo, hay cuestiones irrenunciables que la misma Palabra de Dios nos indica que no debemos desatender, cuestiones que sabemos -incluso prescindiendo de un método-, con un poco de fe y sentido común, que hay que incluirlas en nuestro plan.



Bastaría pensar por ejemplo en la atención pastoral a los enfermos de Covid, personal de salud, familiares, personas que han perdido a sus seres queridos etc...; para esto no hay que ir al otro lado de la Tierra a investigar el querer de Dios ante una realidad tan devastadora y demandante.

Poner toda nuestra fe en la planeación pastoral al margen de la oración, la conversión personal y pastoral

Podríamos pasarnos la vida en permanente evaluación y planeación, con los mejores métodos pastorales, con los más cualificados pastoralistas y las herramientas más adecuadas para el trabajo pastoral; pero si cada quien no responde personal y responsablemente al plan de Dios trabajando en su conversión personal, haciendo lo que sabemos que por naturaleza debemos hacer (aún sin que un plan pastoral lo marque), perderemos inevitablemente el tiempo.

La conversión personal y la responsabilidad individual irán transformando las estructuras y nunca al revés.

Es necesario, además, que ninguna estructura se sienta sin necesidad de la renovación permanente; debe haber en cada estructura (curia, seminario, casa de formación, secciones diocesanas, vicarías, decanatos, parroquias, grupos y asociaciones) una capacidad de autocrítica, apertura a la corrección fraterna y capacidad de aplicar la norma general a su propio ser y quehacer dentro de la Iglesia.



Conclusión

Planear es propio de personas inteligentes y eficaces; en el contexto de la fe es propio de quien no se conforma con "conservar" lo que se tiene, sino que busca ir más allá en el conocimiento de la realidad y del plan de Dios.

Pero no basta planear, ni tener un método inteligente, sin capacidad de autocrítica, de corrección fraterna dada y recibida, sin humildad y oración. Más ello sin protagonismos y sabiéndose sólo obreros en la viña del Señor, ya que sin ello es imposible ir más allá en la búsqueda de la voluntad de Dios y el deseo de querer realizar sus planes.



Pandemia y post-pandemia que aún no llega: tiempo de renovación de la fe y de la misión sacerdotal



† **Mons. Eduardo Muñoz Ochoa**
Licenciado en Filosofía y Teología Dogmática.

“«Estoy en grande angustia. Pero caigamos en las manos de Yahveh que es grande su misericordia. No caiga yo en manos de los hombres». Y David eligió la peste para sí” (2 Sam 24,14).

Es verdad que este pasaje bíblico está lejos de aplicarse literalmente a la pandemia que estamos aún viviendo, pero puede ofrecernos valiosos elementos para hacer una lectura provechosa de ésta y sacar luces que animen la renovación de nuestro corazón, de nuestra fe y de nuestra misión sacerdotal frente al pueblo amado de Dios.

El acontecimiento de muertes, heridas, tristeza, desolación y demás consecuencias, que podemos suponer pero que no aparecen nombradas en el texto, que padeció el pueblo de Israel tiene una connotación moral, es decir, es consecuencia del extravío de los israelitas (Cf. 2 Sam 24,1), pero también de una falta atribuida al Rey David por la ejecución del censo (Cf. 2 Sam 24,11). La peste, según la fe de los israelitas en un solo Dios y no en varios, es atribuida a Dios mismo; en cambio, en el primer libro de las Crónicas 21,1 es nombrado Satanás como el causante e incitador de David en esta tragedia. La pandemia iniciada en el 2019 -de aquí Covid19- y extendida por todas partes, ha sido objeto de muchas interpretaciones,

de entre ellas: castigo de Dios por los pecados de la humanidad, plan orquestado entre naciones antagónicas, experimento salido de control, plan de control económico y de disminución de población, particularmente de los más vulnerables por su edad y salud, etc. Pudiéramos cansarnos de indagar el verdadero origen de esta pandemia para satisfacer nuestra mente al encontrar una respuesta clara y convincente, como quien resuelve exitosamente un acertijo, un enigma o un problema de rompecabezas. Lo que no podemos negar e ignorar es el hecho y los efectos provocados en la vida concreta, con nombre y rostro, de muchos hombres y mujeres; efectos en todas las dimensiones de su vida: salud física y anímica (es impresionante cuántos casos se han atendido hasta la fecha con tratamiento espiritual, psicológico y psiquiátrico; la recomposición de su vida ha sido realmente laboriosa), laboral, económica, familiar, religiosa, social, etc. Efectos vividos y constatados de primera mano por nosotros mismos en nuestras comunidades parroquiales y en la salud de algunos hermanos sacerdotes, y quizá también en más de alguno de nosotros.

Frente a esta situación es necesario, desde la fe, leer los signos de los tiempos y sentirnos interrogados por la voz de Dios, que habla por medio de ellos. Quererla ver sólo como algo sorpresivo e intempestivo que nos ha llegado, y esperar que pase como pasa una tormenta, para salir



campantemente y volver a la vida cotidiana como si nada pasara, sería una insensatez. Para el hombre de fe todo le habla de Dios e interpreta convenientemente la realidad desde esta luz. La pandemia no ha pasado, seguimos abrazados por ella, la respiramos allá y acá. Desearíamos visualizar con certeza su retirada, pero nada. ¡Quizá todavía no hemos aprendido lo suficiente!

Cuando el rey David ve que el ángel hace su obra de exterminio, no solamente ve un hecho trágico que hiere, sino que ve padecer a su gente, esa gente con la que ha compartido días, meses, años; con quienes ha construido la identidad de un pueblo a través de luchas con triunfos y derrotas, de anhelos y esperanzas; realmente no le resultan desconocidos. El dolor no le es ajeno, le es propio, es suyo. Así, entonces se entiende que el Rey se concentre en su culpa, llegando a disculpar al pueblo: *"Yo fui quien pequé, yo cometí el mal, pero estas ovejas ¿qué han hecho? Caiga, te suplico, tu mano sobre mí y sobre la casa de mi padre"* (2 Sam 24, 17). Es ahora que ha llegado a manifestarse verdaderamente rey y pastor. Será interesante observar nuestro corazón de pastores y verificar si se han manifestado movimientos de preocupación y afecto por el pueblo de Dios o si más bien, hemos permanecidos aislados y despreocupados, como espectadores que ven un espectáculo desde el balcón de la casa. O asomándonos curiosos pegados a la ventana, como quizá alguna vez lo hicimos de pequeños, para ver lo que sucedía afuera mientras llovía

a cántaros, relampagueaba y la gente se movilizaba frenéticamente buscando un lugar para refugiarse. ¿Qué sentimientos inicialmente experimentaste por la gente de tu comunidad, de tu parroquia ante la pandemia? ¿Te sentiste y te has sentido inquietado, dolido por sus males; te provocan a compasión, te mueven a orar por ellos y a resolver algo, lo que sea posible, a favor de ellos? ¿Podrías, sinceramente, reconocer tu corazón en sintonía con el corazón del rey David? ¿Tú, atemorizado e intimidado, teniendo un hermano sacerdote a tu lado como vicario, lo despediste, lo dejaste a la deriva de la tempestad o saliste creativamente a flote con él, no obstante las incertidumbres y retos, consolidándose así como sacerdotes pastores?

Considerando la Escritura, lo realmente importante detrás de esta peste o de esta pandemia no sólo es que cese el mal, lo cual se desea con todo el corazón y con la plegaria a flor de cuello; sino también que se dé la conversión del pueblo, del rey. Parafraseando esto, lo realmente importante es la conversión de la gente, pero también de sus sacerdotes. En varios pasajes de la Sagrada Escritura encontramos que las desdichas que vive el pueblo de Dios mueven a la conversión, a la oración, a la acción comunitaria de entrar en ayuno, de penitencia, de caridad y a volverse al verdadero Dios modificando la conducta. Lo hace el pueblo pero lo hace también el Rey. El rey-pastor no queda exento, así lo verificamos incluso en la llamada que hace Jonás en Nínive: *"La palabra llegó hasta el rey de Nínive, que se levantó de su trono, se quitó su manto, se cubrió de sayal y se sentó en la ceniza"* (Jon 3,6). *"Que cada uno se convierta de su mala conducta y de la violencia que hay en sus manos"* (Jon 3,8). *"Sabemos que de la tribulación y de las experiencias dolorosas no se sale igual"*¹, decía el Papa Francisco a los sacerdotes de Roma frente a la pandemia. No podemos salir y permanecer iguales.

El primer libro de Samuel parece desviar la mirada, como ignorando la culpa del pueblo por la herida que sufre, y centrarse en la del rey. La focalización principal se pone en

¹FRANCISCO, *Carta a los Sacerdotes de la Diócesis de Roma*, 31 de mayo de 2020.



la renovación del corazón del rey. En el arrepentimiento, en la oración y en el sacrificio cúltilo de David se juega la salud y la paz del pueblo. Todo se resuelve en la vuelta a Dios con un corazón contrito y humillado. En un acto de contemplación humilde, centrémonos en lo que Dios espera que suceda en nosotros sacerdotes. Pongamos, por el momento, a uno lado lo que sabemos que toca a la gente, a los poderosos, a los gobiernos y sus estructuras, y fijémonos en nosotros. Es verdad que la pandemia no ha sido provocada por nuestros pecados; pero es cierto que algo tiene que suceder, pues se han puesto al descubierto fragilidades, pecados personales y comunitarios de nosotros y de la manera de vivir y realizar la misión sacerdotal recibida de Nuestro Señor. Hemos sido invitados a renovar nuestra fe, la fe de mucha gente afectada de una u otra manera. Hemos sido movidos, incluso forzados a renovar creativamente el entusiasmo de nuestro ser y quehacer pastoral. El rey-pastor no ha quedado fuera de la conversión, no podemos quedar nosotros fuera de esta misma situación. ¿Qué fragilidades y pecados espera Dios que sean removidos y expiados de sus sacerdotes? Ya lo decía el Vaticano II desde hace años: "La anhelada renovación de toda la Iglesia depende, en gran parte, del ministerio de los sacerdotes"². ¿Qué se espera que ocurra en nosotros? Al menos, en primera instancia, tenemos que admitir que "la necesaria distancia no era sinónimo de repliegue o ensimismamiento que anestesia, adormenta o apaga la misión"³.

En un primer momento, se puede comprender que como efecto de lo sorpresivo y desconocido del comportamiento de la pandemia, se diera una cierta medida cautelar, o también el ensimismamiento, el atrincheramiento paranoico por el golpe emocional de los efectos del virus, o que nos atrapara la tristeza o la incertidumbre, incluso que la fe fuera puesta en crisis como lo experimentaron los discípulos al dispersarse ante la crucifixión de su Señor (Cf. Mt 26,31); como los discípulos que transitaban desconsolados camino a Emaús (Cf. Lc 2417); como la retirada ensombrecida y temerosa a puerta cerrada de los discípulos (Cf. Jn 20,19);

pero permanecer así indefinidamente era impensable, era cuestión de ser reprendidos duramente por la falta de fe, por la insensatez en el proceder paralizante (Cf. Lc 24,25). Es el Señor resucitado, para quien ni la muerte ni las tinieblas tienen victoria, quien tenía necesariamente que presentarse en la vida de sus discípulos; fue necesario disipar el miedo y las sombras de muerte adueñados de la mente y del corazón de cada uno de ellos. Fue necesario, como lo es hoy para nosotros, que Jesús se haga presente para no temer "a los miedos de la noche, ni la flecha que vuela de día, ni la peste que avanza en las tinieblas, ni la epidemia que devasta a medio día" (Sal 91, 5-6). Sólo en el encuentro con Cristo resucitado que nos explica las Escrituras y parte para nosotros el pan, vuelve la alegría, vuelve la esperanza, vuelve el ardor de nuestro corazón. Sólo Él enciende la creatividad y el celo del pastor: "¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros?, ¿la espada?...?" (Rom 8,35). Sólo Él da la gracia de la fortaleza, la gracia de destrabar la puerta de donde nos encontramos arrinconados por el temor: "en todo esto salimos vencedores gracias a aquel que nos amó" (Rom 8,37).

El rey David se ha puesto en las manos de Dios, ha llorado y ha pedido por su perdón y por la salud del pueblo: "Levantó allí David un altar a Yahveh y ofreció holocaustos y sacrificios de comunión. Entonces Yahveh



²Optatam totius, proemio.

³FRANCISCO, Carta a los Sacerdotes de la Diócesis de Roma, 31 de mayo de 2020.



atendió a las súplicas a favor de la tierra y la peste se apartó de Israel" (2 Sam 24,25). Aunque el texto no menciona nada del "post-pandemia", sin duda el rey-pastor estuvo comprometido en remediar los estragos dejados por la peste: fortalecer la fe, sanar heridas, reconstruir casas, nutrir la unidad del pueblo y su adhesión a Dios, promover la conversión de las personas y de las estructuras de la vida social. ¿Qué nos toca a nosotros después de asegurar nuestra conversión a Dios? Ciertamente algo más de lo que hemos realizado y que todavía no visualizamos con claridad.

Habiendo vuelto nuestra vida a Dios, a este estar en Él, se fortalece nuestra esperanza, pero "la esperanza también depende de nosotros y exige que nos ayudemos a mantenerla viva y operante; esa esperanza contagiosa que se nutre y fortalece en el encuentro con los demás y que, como don y tarea, se nos regala para construir esa nueva "normalidad" que tanto deseamos"⁴.

Con una fe renovada, la misión sacerdotal seguramente tiene un horizonte ampliado: ir más allá de donde hemos ido y caminado, y del modo en cómo la hemos realizado y vivido. El mandato misionero de *llevar el Evangelio por todas partes* toma hoy otras dimensiones tanto presenciales como virtuales. En los inicios de la pandemia, ésta ha tenido una evidente e inmediata referencia a la caridad, a la pastoral social; las celebraciones de la eucaristía con su carácter de sacrificio universal han sido alimento para el camino para quien las ha seguido y vivido por las vías telemáticas. Sin embargo, la misión sigue estando retada, bajo la luz del Espíritu, a responder, buscando caminos y formas nuevas en las que fieles y pastores caminemos juntos y que "sepan discernir los signos de los tiempos a la luz de la fe y se consagren plenamente al Servicio del Evangelio"⁵. Los tres oficios sacerdotales (enseñar, santificar y gobernar) tendrán que guiarnos en esta tarea, guiarnos en nuestra vida y ministerio:



"Queridos hermanos sacerdotes, el pueblo cristiano pide escuchar de nuestras enseñanzas la genuina doctrina eclesial, que les permita renovar el encuentro con Cristo que da la alegría, la paz, la salvación"⁶.

"Santificar a una persona significa, por tanto, ponerla en contacto con Dios, con su ser luz, verdad, amor puro [...] Queridos amigos, sed conscientes del gran don que los sacerdotes constituyen para la Iglesia y para el mundo; mediante su ministerio, el Señor sigue salvando a los hombres, haciéndose presente, santificando. Estad agradecidos a Dios, y sobre todo estad cerca de vuestros sacerdotes con la oración y con el apoyo, especialmente en las dificultades, a fin de que sean cada vez más pastores según el corazón de Dios"⁷.

"Queridos sacerdotes, «apacentad la grey de Dios que os está encomendada (...); no por mezquino afán de ganancia, sino de corazón

⁴FRANCISCO, Carta a los Sacerdotes de la Diócesis de Roma, 31 de mayo de 2020.

⁵Misal Romano; *Plegaria eucarística para diversas circunstancias III*.

⁶BENEDICTO XVI, *Munus docendi*, Audiencia general 14 de abril de 2010.

⁷BENEDICTO XVI, *Munus sanctificandi*, Audiencia general 05 de mayo de 2010.



(...), siendo modelos de la grey» (1 P 5, 2-3). Por tanto, no tengáis miedo de llevar a Cristo a cada uno de los hermanos que él os ha encomendado, seguros de que toda palabra y toda actitud, si vienen de la obediencia a la voluntad de Dios, darán fruto”⁸.

y competente de tales medios –adquirido también en el período de formación- con una sólida preparación teológica y una honda espiritualidad sacerdotal, alimentada por su constante diálogo con el Señor»¹⁰.

09 de noviembre de 2020

Dos consideraciones finales para lo presencial como para lo virtual, frente al mundo en que vivimos en el que se desenvolverá la misión:

1. “Estamos en uno de esos momentos en que los cambios no son más lineales, sino de profunda transformación; constituyen elecciones que transforman velozmente el modo de vivir, de interactuar, de comunicar y elaborar el pensamiento, de relacionarse entre las generaciones humanas, y de comprender y vivir la fe y la ciencia. A menudo sucede que se vive el cambio limitándose a usar un nuevo vestuario, y después en realidad se queda como era antes [...] No estamos más en la cristiandad. Hoy no somos los únicos que producen cultura, ni los primeros, ni los más escuchados. Por tanto, necesitamos un cambio de mentalidad pastoral, que no quiere decir pasar a una pastoral relativista. No estamos ya en un régimen de cristianismo, porque la fe —especialmente en Europa, pero incluso en gran parte de Occidente— ya no constituye un presupuesto obvio de la vida común; de hecho, frecuentemente es incluso negada, burlada, marginada y ridiculizada”⁹.

2. Conociendo el peligro del protagonismo que generan las redes sociales y sus mecanismos de alimentarlo, incluso de premiarlo, se ha de reconocer la urgencia de una fuerte espiritualidad que aprenda a no anteponer nada a Cristo. «El sacerdote podrá dar a conocer la vida de la Iglesia mediante estos modernos medios de comunicación, y ayudar a las personas de hoy a descubrir el rostro de Cristo. Para ello, ha de unir el uso oportuno



⁸BENEDICTO XVI, *Munus regendi*, Audiencia general 26 de mayo de 2010.

⁹FRANCISCO, *Discurso a la Curia Romana con motivo de las felicitaciones navideñas* 21 de diciembre de 2019.

¹⁰*Mensaje para la XLIV Jornada de las comunicaciones Sociales*, citado en *El Don de la Vocación Presbiteral Ratio Fundamental Institutionis Sacerdotalis* (2016) n° 97.



P. Alfredo Cremonesi: misionero y mártir



P. Fernando Pascual, L.C.
Doctor en Filosofía
Licenciado en Teología

“Mi obispo os habrá dicho que aquí me llaman ‘el movimiento perpetuo’, porque nunca estoy quieto, ni siquiera cuando me enfermo. Pienso que sí hay que buscar la salud, pero no importa mucho. Años más o años menos, ¿qué son frente a la eternidad? El trabajo que se debe hacer hay que hacerlo ahora, lo que no podrá ser hecho lo harán los que vengan. Y en cuanto al descanso, hay tanto tiempo en el Paraíso...” (carta a los familiares, 25 de junio de 1947).

Las líneas anteriores salen de la mano y del corazón de un misionero italiano, el P. Alfredo Cremonesi, que escribe desde Birmania (hoy Myanmar). Un hombre sencillo, creyente, dinámico, y soñador. Simplemente, un misionero.

Alfredo Cremonesi había nacido en Ripalta Guerina, un pueblecito de las llanuras del norte de Italia, el 16 de mayo de 1902. Su padre era un católico convencido, que tuvo que arriesgar mucho para defender sus principios cristianos ante el avance del fascismo en Italia. Su madre le enseñó a rezar, a amar, a trabajar, a vivir según la fe en Jesucristo.

Alfredo siente desde muy joven que Dios le llama. Es un adolescente cuando empieza sus estudios en el seminario diocesano. Pero su salud muestra señales de fragilidad. ¿Será que Dios no lo quiere sacerdote? Después de leer la “Historia de un alma” de santa Teresa del Niño Jesús, pide a la santa el milagro de la curación.

Los médicos y los familiares creen que la muerte puede llegar en pocos meses. De repente, Alfredo recupera completamente la salud, sin más, sin ningún motivo aparente. Alfredo acoge el “milagro” como una señal de que Dios le pide algo más: quiere que sea misionero.

El año 1922 deja el seminario diocesano y va a Milán para ingresar a un centro dedicado a preparar misioneros. Se ordena sacerdote con 22 años, en 1924. El año siguiente toma un barco que lo lleva lejos, muy lejos: a Birmania, en el Sudeste asiático. Su corazón le dice que nunca volverá a ver a la familia, pero su voluntad se mantiene firme: hay que dejarlo todo para dedicarse, por entero, al trabajo de las misiones.

En Birmania le esperan un sinfín de sorpresas. Un clima tremendamente caluroso le hace recordar los inviernos fríos de su Italia querida. Además, hay que aprender





nuevas lenguas. El obispo le pide diversos trabajos, hasta que, por fin, le manda a zonas donde viven miles de hombres y mujeres que no conocen a Cristo. ¡El P. Alfredo, por fin, puede misionar, puede predicar a Cristo!

Dios sabe lo que son las cosas y por qué no todo sale como uno soñaría. Al pobre misionero le cogen cariño, muy pronto, la malaria, el hambre y el cansancio. En algunos sitios encuentra pequeños poblados que ya son católicos. En otros, la gente vive muy contenta con otras religiones. Los pueblos entre los que trabaja, los karen, están muy desperdigados en medio de la selva y las montañas. Casi no hay caminos, y más de una vez quien le sirve de guía se pierde en medio de algún valle... hasta que algún gallo o alguna señal humana encienden la esperanza y dan la pista de que un poblado está casi al lado, escondido detrás de un muro de vegetación salvaje...

A pesar de tantas dificultades, la misión consigue los primeros frutos, especialmente desde un poblado que se llama Donoku, cerca de las montañas. Algunos grupos aceptan el Evangelio y se convierten. Los catequistas, formados entre los mismos indígenas karen, resultan especialmente eficaces por su fervor.

Después de varios años de trabajo, el P. Alfredo escribe: "Mira a éstos maravillosos cristianos. Han sido bautizados

hace tan sólo dos o tres años, pero son mucho más fervorosos que muchos de nuestros católicos en Europa, que han recibido la fe desde hace muchos siglos. También los catequistas que los han instruido en la fe son jóvenes cristianos. Aun así, en las aldeas donde viven su vida ejemplar muestran la belleza de nuestra fe; mantienen unido al pueblo, resuelven sus problemas cotidianos y conquistan, con su ejemplo, a nuevos paganos para la Iglesia. Pueda el Señor mandarnos siempre más evangelizadores como estos".

En medio de la actividad frenética de la misión, el P. Alfredo pide oraciones. Sabe que el mundo de los corazones no depende de las fuerzas humanas. Cuando tiene 35 años, escribe a una religiosa de clausura: "Ayúdeme a ser monje de clausura de hecho, si no puedo en la apariencia. Alcánceme de Jesús la gracia de una intensa vida interior, de modo que en medio de una vida necesariamente dispersa me sea familiar el encontrar en mi corazón una celda serena y secreta donde sólo sea admitido Jesús".

El mundo pasa por momentos difíciles. En 1939 estalla la Segunda Guerra Mundial. Birmania, hasta entonces gobernada por los británicos, es ocupada por los japoneses en 1943. Muchos misioneros tienen que dejar a sus fieles. El P. Alfredo puede seguir en Birmania, pero no en Donoku, pues le obligan a ir a otras zonas "más seguras". En una ocasión, los japoneses lo arrestan y lo atan a un árbol toda la noche. Sin saber por qué, al día siguiente lo dejan libre.

Tuvo más suerte que su hermano Ernesto, un católico convencido que fue arrestado en Italia por los nazis, y que murió en un campo de concentración. El P. Alfredo, recordando esta muerte, escribirá a sus padres: "Estoy orgulloso de ser su hermano. Creo que si hubiese estado yo en Italia habría muerto de la misma manera [...]. No habría podido haber resistido a la voz de la democracia, palabra que ha sido la alegría de mi juventud, y seguramente me habría sacrificado. Por eso es un gran dolor esta pérdida, pero también una gloria. Ernesto podrá hacer en el paraíso más de lo que habría podido



hacer en la tierra”.

Poco después de finalizar la guerra, Birmania consigue la independencia. Pero en pocos meses estalla la guerra civil entre la mayoría de la población (birmanos) y algunos grupos raciales minoritarios. Especialmente dura es la revuelta de los karen, que se prolonga desde 1948 hasta 1952 ó 1953.

El P. Alfredo ve difícil volver a la zona donde había desgastado tanto su vida, pero insiste una y otra vez: le esperan “sus” cristianos. Al final el obispo le da permiso. La guerrilla domina todavía amplias zonas de los karen, y el misionero tiene que negociar primero con los soldados del gobierno y luego con los jefes de la guerrilla. Por fin, llega a su zona preferida de misiones, el poblado de Donoku. ¡Hay que empezar de cero! Todo estaba destruido: la iglesia, la casa del misionero, la casa para las religiosas, el orfanato. La gente ha huido a las montañas por miedo a la guerrilla y al ejército del gobierno.

El P. Alfredo Cremonesi empieza a trabajar. Es el año 1952. Reconstruye aquí y allá alguna que otra casa. Apenas si tiene algo qué comer, pero no importa. La enfermedad le hiere profundamente, pero no le quita el deseo de seguir en pie. Sus cabellos emblanquecidos dan a sus 50 años un tinte de venerable. Así, débil y pobre, va a visitar a los grupos de católicos dispersos por las montañas.

El obispo es consciente del peligro que corre el P. Cremonesi. Pero su misionero está dispuesto a no escapar, aunque la situación empeore. No quiere dejar a su gente. En una carta escribe: “Mientras mi alma esté tan decidida como ahora, no escaparé nunca, suceda lo que suceda. Como máximo podrán asesinarme, lo cual no es un gran daño, puesto que al puesto de un misionero asesinado dejarán venir un misionero nuevo, lleno de salud, de empuje, de entusiasmo, que hará ciertamente las cosas mil veces mejor que yo...”

Algunos benefactores, desde Italia y desde Estados Unidos, empiezan a mandarle algo de ayuda. Todo es esperanza. Pero la situación militar se hace tensa por momentos. Parece que el gobierno birmano quiere lanzar una ofensiva contra los guerrilleros karen de la zona. Un día inicia una batalla. Los rebeldes resisten, y los soldados del gobierno tienen que retirarse. Llegan a la misión, y quieren castigar al jefe de los catequistas. El P. Alfredo lo defiende, y entonces los soldados disparan contra el sacerdote. Cae al suelo y muere en pocos momentos. Junto a él también son asesinadas dos huérfanas a las que ofrecía asistencia en la misión. Era el día 7 de febrero de 1953.

Apenas se retiran los soldados, los católicos karen se acercan a rendir el último homenaje a su misionero. Le cortan pedazos de la barba y de la ropa para enviárselos a la familia que vive en Italia. Consideran que es un verdadero mártir, pues ha muerto por querer estar con ellos, por su amor al Evangelio. Lo entierran de prisa, con afecto, en medio de la pobreza que rodea su vida.

La muerte del P. Alfredo Cremonesi fue el último acto de una vida de entrega. Años atrás, en 1929, después de un mes de fiebres y de dolores continuos, había escrito: “No me importa nada de mí. Paupérrimo e inútil instrumento en las manos de Dios, no cuento nada de nada. Pero lo que sí me causa un dolor mayor es ver tanta mies madura y sentirme absolutamente impotente para recogerla [...]. Dicen al misionero que cuide la salud y que no se agote.





Pero el misionero no hace caso de esta recomendación [...]. ¡Que avance la causa incluso al precio de su vida!”

La vida del P. Alfredo Cremonesi fue dada en testimonio; en martirio, por amor. Su tumba sigue allí, en Donoku, como señal de su sacrificio. Su espíritu goza de Dios, y, desde el cielo, bendice a sus queridos karen y a tantos hombres y mujeres que, con sencillez, acogen el Evangelio y descubren la verdad que salva.

Seguramente otro misionero habrá llegado a ocupar su lugar. Pero la mies sigue siendo mucha. Hay que pedir, nuevamente, al dueño de la mies que mande obreros a su mies. Quizá hoy algún joven dirá que sí, y en unos años otro rincón de la tierra escuchará, a través de una voz tal vez débil pero convencida, que Dios nos ha amado con locura...